

Historia

144

LA HUELLA DE == LA HISTORIA ==

POR

L. A. BORJA

1935



LITOGRAFIA E IMPRENTA LA REFORMA
EDITORIAL JOUVIN-GUAYAQUIL-ECUADOR

EN PREPARACION
POR EL MISMO AUTOR
PALADINES DE HISPANO AMERICA

— Novela —

LA HUELLA DE LA HISTORIA

Es la historia el compendio y la síntesis de los acontecimientos de una época; la narración verídica de los episodios que hánse sucedido; la brochada precisa del ambiente en donde actuaron los personajes; la filosofía que emana del devenir humano; los preliminares y consecuencias del estancamiento, avance o retroceso de las generaciones y de los pueblos; las pasiones, la pugna, la lucha y el estallido; la nivelación, el equilibrio y la uniformidad de usos y costumbres; la pauta de la existencia, las señales de los tiempos.

La vida de cada hombre, el rudo combate con sus semejantes, el anhelo de perdurar, las contiendas individuales, en el medio en que le cupo actuar, es la *huella de la historia*; y de un esfuerzo singular, se deduce el ímpetu común; y si sus aventuras son interesantes, si sus opiniones son libres y acertadas, si sus ideas analizan, resuenan y se imponen, entonces, con mayor razón, el relato que se desprende es doblemente valioso, sirviendo de vestigio y fundamento de la gesta en general.

La realidad de un hecho, la sustancia legítima de la génesis, separa lo auténtico de lo inverosímil o fantástico y constituye el recuerdo del pasado y el cimiento del porvenir.

Y en un rasgo de desprendimiento, en un pequeño acto de magnificencia, vamos a hacer circular unas monedas en la edición de esta obrilla, que contiene lo que creemos digno de que subsista, sin esperar una voz de aliento ni un aplauso, puesto que tal actitud no se acostumbra aquí; sin pretender la venta de un solo ejemplar, que el dinero, en nuestro suelo, todavía no se lo destina a esta clase de inversiones, fomentando el arte, apoyando la literatura, cooperando al engrandecimiento y prestigio nacional.

En esta misma forma altruista, hemos lanzado otros libros a la publicidad y hemos atendido gratuitamente a la frecuente demanda de bibliotecas y consulados, del ministerio de Relaciones Exteriores, que ha querido obsequiar las obras de nuestros autores a las repúblicas hermanas y gobiernos extranjeros.

Se deduce que es menester una libertad económica para producir un opúsculo, un folleto o un libro, cuando no se mendiga la contribución pública o la imprenta del fisco, apelando al servilismo o a la política, abdicando, en una palabra, la decencia y albedrío y poder dar soltura a la pluma y vuelo al pensamiento.

Pero si deseamos hacer un bien al prójimo, presentar un ínfimo servicio a nuestra cuna, nada importa consagrar unas cuantas horas a hilvanar las líneas de un volumen y, en adehala, costear su edición a que se complazcan quienes leen algo o reciben un objeto de balde, o ya sea para tirarlo encima de un escaparate o de una mesa y vanagloriarse de una erudición que no la poseen, de una afición a la lectura que es falsa y vanidosa.

Con sobrada razón hemos sustentado que más que progreso material, más que palacios, cúpulas, monumentos, se requiere ilustración y cultura; amor a las ciencias y a las artes; encumbrar a los espíritus a las regiones de lo sublime, arrancándoles del campo, donde moran, de la maldicencia, la pereza y la ineptitud...

Es preciso que los hombres no sean parias; que sean útiles y provechosos para sí mismos y sus semejantes.

Por lo demás, ningún placer tan noble y refinado como crear algo artístico; embelesarse en la belleza que surge de la mente; abismarse en los misterios del universo; y, por ende, trabar una disputa, contundir al adversario y conquistar un laurel, marcando la impronta del paso por la tierra.

No era posible que antaño aparezcan genios, super-hombres, intelectuales magníficos, artistas múltiples y sibaritas, bajo el cielo del Chimborazo, en donde vimos la luz por vez primera, porque nuestra ciudad brotó de un cataclismo, después que la antigua

Riobamba quedó sepultada en medio de escombros a causa de un terremoto formidable, allá, a muchos kilómetros de distancia, y luego se trasladó a un nuevo regazo, siendo la misión y faena de sus hijos ser constructores materiales, fundadores de una colmena humana, labradores de sus hogares flamantes, fabricantes incansables de muros y techumbres, defendiéndose de la inclemencia y de la adversidad.

No había, durante un siglo y cuarto, tiempo disponible para más: era gigantesca la empresa; pero ya, felizmente, está casi realizada; hay calles espaciosas y rectilíneas, colegios y escuelas, hospitales y asilos; parques, teatros y estadios.

Ahora llega la segunda parte: el perfeccionamiento del legado de nuestros mayores, rodeando de impostergables comodidades a la ciudad brotada como por ensalmo en el corazón de la república, entre montes nevados y llanuras extensas, con caudales de agua en todos sus contornos.

Y en esta etapa ya se vislumbran las generaciones del intelecto, los pobladores actuales, semiconstructores y arquitectos, y que disponen de lugar y espacio para aquilatar el prodigio de la naturaleza y la preponderancia de la ubicación de la sorprendente y joven urbe americana.

Es factible que consagrándose a manifestaciones artísticas, a concepciones espirituales, ya asomen los paladines robustos de la mentalidad; y, en prueba de ello, como una esplendorosa promesa, son nuestros contemporáneos una poetisa diáfana, cristalina y sentimental, Luz Elisa Borja, y un bardo ameno, jocosos y batallador, progenitor nuestro, cuyo renombre nos enaltece, también del mismo apellido, Ricardo Borja León, que nos ofrendó, cual un tesoro, su recopilación abundante, *Al pie del Chimborazo*, que todavía no ha sido justipreciada como merece, honrando el nombre de su esclarecido autor.

De la derruida Riobamba hemos heredado tres glorias que son un triángulo refulgente: don Juan de Velasco, el primer historiador ecuatoriano; don Pedro Vicente Maldonado, el geógrafo de difundida fama; y don José Antonio Lizaraburu, el tenaz y ad-

mirable fundador de la nueva urbe; resucitándola de sus cenizas cual el Fénix de la leyenda.

Sobre esta base sólida y desafiante, de tres paradigmas cumbres y maestros de enseñanza, al cabo del interregno de reconstrucción del trono, es indudable que brotarán los nuevos adelantados y monarcas de la acción y del pensamiento, que señalen, con indicios indelebles, su recorrido por el planeta, disipando brumas y tinieblas, en este regazo virgen y fecundo, donde no se concibe la vaguedad de las ideas, la pobreza de las almas, la inercia del corazón, la pereza del músculo, la carencia de ambiciones, la derrota y el abatimiento.

Y no sólo vendrán pensadores y artistas, sino también sagaces y hábiles gobernantes, conductores de muchedumbres hacia la meta de las reformas y aspiraciones sociales; legisladores elocuentes, cuyo verbo enardezca en el parlamento y agite a las masas; magistrados probos, abnegados pedagogos, sabios catdráticos y pundonorosos militares.

Una pléyade de obreros de la cultura, que contribuyan al esplendor de la patria.

Hombres de carácter, constantes, impetuosos y atinados, que conduzcan al país por rumbo cierto, exentos de lirismos y erudición insípida, porque para dirigir las riendas de un estado no es menester ser un gran charlatán, sino un insigne estadista, y ser de personalidad recia y sobresaliente como los cabecillas del Fascismo y Nacismo y Sovietismo.

Raro, muy raro será el caso de encontrar varios dones y cualidades en un solo individuo, que sea, al propio compás, estupendo gobernante, autor de prestigio, poeta excelso, guerrero denodado y científico profundo.

Es menester resaltar en alguna esfera y no ser medianos en todo; llegar a la cumbre y no amilarse a medio camino, cambiando de diapasón, reformando los pasos, vacilando, inseguros, sin firmeza ni voluntad en la vida.

Así, no se triunfa: no hay abnegación, ni acometividad, ni violencia, nada.

Sólo que, en algunos casos, como para ser escritor y publicista, el ambiente todavía no es pro-

picio y hay que buscar los recursos económicos en manera distinta, o sucumbir humillándose, ante los déspotas y politicastro, que todo lo relajan y corrompen.

Las camarillas adueñadas del poder y las multitudes ignaras repudian a los hombres desinteresados y patriotas; a los que brindan, alguna vez, sus conocimientos y servicios, amargando sus existencias al prestar el eficaz contingente que necesita el bien colectivo; y se retiran a la faena privada decepcionados y perseguidos, en el mare magnun de la intriga, sin resistir los embates de la canalla y sin abdicar, eso sí, la integridad y el honor, cual lo hacen los menesterosos y desaprensivos.

Los escritores y periodistas, especialmente de la capital, se nutren y sustentan de empleos públicos, cobrando irrisorio emolumento por la asidua y permanente labor literaria.

Es el erario nacional el que sostiene a la caterva de peñolistas, y ellos, en recompensa, abogan por los fueros de la burocracia y la socialización del presupuesto, o sea el reparto proporcional entre todos, afirmando sus posesiones establecidas o mejorándolas.

De este modo, háse perdido la independencia, aunque ficticiamente se ostente lo contrario, apelando a la hojarasca y verborrea oficinesca; con venias automáticas y arqueamiento de la espina dorsal.

Y esta camarilla gobiernista prolonga sus tentáculos por doquiera; y luego prostituir el arte con trabas y cadenas, guía al enorme ejército de sanguijuelas del fisco hacia la política de utilitarismo de clase, que se opone al encumbramiento de todo aquél que no sea de sus filas y amenaza con una leve remoción dentro del personal burocrático.

Esta es una fuerza poderosa y avasalladora, el mayor obstáculo de los reformistas y apóstoles, a cuyo empuje rutinario y entorpecedor sucumben las voluntades y propósitos.

Dicen que la inteligencia, el arte, prosperan con la munificencia de los poderosos; pero este aserto deja de tener valor cuando se sujetan a las piltrafas y limosnas gubernamentales, y se amengua la libertad

y se procrea una cohorte de parásitos y vampiros, víctimas, a la postre, de la abulia e indolencia.

Siquiera por este concepto de emancipación y autonomía, hay mérito en una obra que es rebelde, independiente y audaz; que no acomete por prejuicio ni inmediata conveniencia; que no prodiga ditirambos ni homenajes; que no obedece a consignas y emboscadas de gabinete o proditorias; y que no pulsa la lira ni registra la gama literaria sólo por crearse una reputación de intelectual que le abra las puertas de los cargos públicos y de las prebendas administrativas, o para mantenerse, indefinidamente, en la canongía vegetativa que ya hubo de consolidar, marchando por este pícaro mundo con aire pistonudo y devaneos de profeta.

Ya lo dijimos en nuestro último libro, en *Rebeldía*, que es indispensable emigrar a la Argentina, a México, para ser un escritor notable y vivir exclusivamente del producto del trabajo cerebral, en donde se tiran hasta cien mil ejemplares, como primera edición, de una obra reciente que tenga éxito, y pronto se agotan y hay que reimprimirla enseguida.

Pero en este medio incipiente en el cual la suerte nos arraigó, es un portento producir unas pocas páginas sólo por amor a una inclinación truncada, regalando al prójimo la sustancia de la mente y el costo de publicarla.

No importa; si hay actos redentores y acciones provechosas, nada se iguala a fomentar la cultura, ennoblecer los sentimientos, diseñar una pauta de pujanza y altivez; y si es recomendable la filantropía, nunca mejor que alimentando las almas y rindiendo culto a la infinita belleza.

Días más justicieros y remuneradores llegarán para quienes, en lo futuro, sigan la senda de los artistas del verbo y del argumento, cuando aclaren nuevas auroras y haya placer en conocer la trama de las novelas y el curso de las historias; la clave del pensamiento, la cadencia de los vocablos y la filosofía de la razón.

Y es así como se traza la trayectoria de los pueblos; como hemos descrito y comentado la revolución del 9 de julio de 1925, con sus preliminares, causas

y motivos, sus abusos y atropellos, su fracaso inesperado y rotundo, cuyo vestigio ya lo consignamos anteriormente; y luego sucede la época juliana, atestada de indecisiones y golpes bruscos, caracterizándose como caótica y transitoria; y al fin se vislumbra una nueva era, de tendencias más sólidas y estables, más liberales y humanas, que permita el desenvolvimiento del país, garantice la labor particular y atraiga el crédito internacional.

Todas las pugnas y anhelos generales los hemos ido anotando y definiendo desde un punto de vista propio y sereno, sin pretender complacer y alhagar a nadie, para que no se pierdan en la noche de los tiempos y sirvan de fundamento a la historia contemporánea, cuando alguien quiera desentrañar los síntomas y el corolario de los hechos que hemos contemplado en unas horas que se han eclipsado y que se fueron para ya jamás volver.

De tantas luchas y pasiones, sólo quedará un vago recuerdo apuntado en algunos escritos; de sus actores, dentro de poco, habrá únicamente un puñado de polvo, sacudido por el viento y juguete del olvido.

Lo que no es difícil pronosticar es el constante desarrollo y avance de las ciudades de esta América del Sur, fundadas hace pocos siglos y destinadas a un porvenir inconmensurable y gigantesco; focos rutilantes de concepciones innovadoras; refugio de oprimidos y necesitados; teatro de conmociones y amplios horizontes humanos, cuando ya vayan tornándose populosas y absorbiendo la prestancia de las carcomidas metrópolis del Viejo Continente europeo.

En lo que a Riobamba atañe, todavía no es un siglo y medio de habérsela creado en la vasta planicie que se extiende al pie del Chimborazo, el monte más empinado de los Andes ecuatorianos; y, no obstante, su silueta ciudadana es vigorosa y su gesto es desafiante.

Esta colmena humana se distingue por su modernismo, puesto que casi no le vincula la remembranza del pasado, enterrado para siempre entre escombros sísmicos y apilamiento de indolencia colonial; tiene la fortaleza de la juventud, el orgullo de su rápido crecimiento y la hermosura del suelo donde prospe-

ra, con los panoramas más deslumbradores y monumentales de América.

Envidiada y calumniada por su sorprendente pujanza, ha ido esta ciudad defendiéndose valientemente, imponiendo su criterio y cimentando su valía en los campos de batalla, donde, entreverados con las insurgencias políticas, hánse dilucidado los problemas cívicos y reclamos seccionales.

Por ser pospuesta, repudiada y combatida, hemos proclamado su causa y encomiado sus dones, desesoperando a la difamación y rechazando la impostura; abriendo los ojos de los que rehusan ver el brillo de la luz; acelerando las palpitaciones de los decepcionados corazones de sus propios hijos; conteniendo la emigración hacia lugares menos propicios y prometedores; y siendo los primeros en fustigar los defectos de sus habitantes, que se debaten por evadirse de la lucha material y agobiante, e ingresar en las lides del arte y del pensamiento, al cabo del esfuerzo fecundo que la levantó como por ensalmo, en contra del antagonismo de los hombres y de las convulsiones de la naturaleza, en un sitio adecuado para convertirla en una de las más grandes y mejores del Nuevo Mundo.

Si hay maledicencia, rencor y enemistad en doquiera, estas bajas tendencias y pasiones emanan, generalmente, de los propios allegados y parientes, quienes son los peores enemigos personales, y lanzan una blasfemia al cielo para que les caiga encima de sus rostros altaneros y perversos; quienes propalan la diatriba y la calumnia como armas de venganza, impotentes ante la faena redentora, ciegos de ira, buscando cual víctimas a los seres más cercanos y nobles, cuya culpa estriba en haberles estrechado la mano en un arrebató de generosidad y desprendimiento, sin meditar en el peligro que encierra acariciar a las víboras y unificar elementos disonantes, enfurecidos y malditos.

Hay que apacar el odio sistemático e infundado, predicando el respeto mutuo y a los fueros ajenos, que es la base del amor individual y del aprecio de sí mismo.

Por lo demás, la humanidad es abrumadoramente igual; pero cada persona anhela su libertad y autonomía, repeliendo el embate de sus semejantes, dentro de la confusión de ideales y pareceres, que ostenta la paradoja de una suprema armonía.

Según alguna ocasión opinó Víctor Hugo, nos inclinamos ante el genio y nos postramos reverentes sólo ante la bondad, ya que el resto de facetas humanas todas son equivalentes y uniformes y ninguna mercede mayor aprecio ni estima.

Nosotros desarrollamos las ideas, adornándolas con estilo propio y galas del lenguaje; no nos seduce la mera palabrería por poética que fuere, discrepando, así, del panfletista Vargas Vila, cuya existencia ya se eclipsó, perdurando su memoria en sus incontables volúmenes, atestados de inventos, revueltos y matices literarios; de altisonante vocinglería, que rara ocasión resuelve problemas, sintetiza el pensamiento y condensa la sustancia.

No es menester de utilizar y abusar de los juegos malavares del idioma, sino adoptarlo como arma decorosa en la perenne contienda de la razón, sustentando y defendiendo nuestros principios y enunciados, en pugna con el ambiente, en donde se pretende rehusarlos, y que se resisten y triunfan por su lógica contundente, por la verdad inalterable y la valentía con que se los difunde, enmarcados en la cadencia de las frases y el ritmo de las sentencias.

Y en esta lucha despiadada y cruel, con la sonrisa de nuestros enemigos en los labios, recibiendo de ellos la lisonja envenenada y el abrazo proditorio, es un embeleso, un manjar de dioses, el forjar, sobre el papel, la historia auténtica y el apóstrofe avasallador, que les aturde y confunde y retuerce sobre la propia emboscada y merecida insuficiencia.

Cuando la opinión pública estuvo descarriada, y las pasiones eran violentas y embravecidas, y la época caótica y anormal, nuestro verbo, de costumbre, sonó vibrante y anodino, singular y único, indicando el derrotero cierto y legítimo, no por protesta sistemática, sino por su independencia y altivez, oponiéndose al ofuscamiento común y a la mezquindad pri-

vada de las legiones que merodean alrededor del banquete oficial.

Así, estuvimos con don Neptalí Bonifaz, ensalzando su derecho, en el momento de la descalificación para llegar al solio, cuando sus secuaces y adláteres le clavaron el puñal por la espalda, impulsados por la burocracia tambaleante y la pavora de quienes se adueñaran del poder.

Del mismo modo, reprochamos la insurgencia prematura y violenta del 18 de mayo de 1933, que fué sofocada en los campos de Tapi, porque no emanaba de una exacta comprensión y anhelo del socialismo, sino de aspiraciones bastardas y anárquicas, que desacreditan a una causa incomprendida y que es noble, justa y digna de otra suerte.

Ya irán amainando las tendencias descabelladas y locas, importadas sin reflexión ni fundamento de países exóticos y distantes, cuyos sistemas son contradictorios a los nuestros, por la diversidad de situaciones de cada pueblo; y después de las rudas disputas y dolorosos fracasos, habrá más auténtica socialización y menos socialistas utópicos, bruscos e intemperantes.

Cuando las asperezas desaparezcan y las doctrinas nuevas se vuelvan más humanas y factibles, respondiendo a las modalidades de cada agrupación y país, es lógico, es admisible que penetrarán en todas las almas y serán una necesidad colectiva, habiendo entonces sonado la hora de su imperio, para surgir como partido político y aspiración social.

Mientras tanto, es innegable que ha habido, bajo estos cielos, mucha equivocación y mala fé; una sed de odio y venganza; una ceguera absoluta y una pretensión desmedida, inculcadas erróneamente en planteles de enseñanza, para beneficio de ridículos maestros y falsos profetas, y retardar, entorpecer la marcha republicana en el concierto internacional, con la pereza endiosada sobre escombros e ineptitud.

Hay determinadas dolencias de las sociedades que si no se las diagnostica y remedia, tórnanse de esporádicas en crónicas y fatales; y es el escritor quien debe intervenir, libre de sugerencias, adulo, escrúpulos y convenios, y descorrer el tul que cubre la lлага

y recetar el antidoto que se oponga al tóxico nefasto; y en estos casos nuestra admonición ha sido oportuna, el réspice furibundo y el éxito inmediato, aunque para ello hayamos dejado cendales de nuestra vestidura dispersos en la brega contra follones y mandrincs, cuyo único refugio es el que les presta la lengua viperina, la tramoya y autosugestión de fantástica valía.

Profundizar en el diario trajín de las muchedumbres y devenir de los actuales acontecimientos, no es labor insignificante ni baladí, puesto que es arriesgada la posición de domador de circo o de apóstol, en una cruzada de ideas entre nuestros contemporáneos, que atisban los detalles menores y rehusan penetrar en la médula de lo que ven y palpan, pero con ojos intencionalmente ciegos y con el tacto encallecido.

Hemos llegado, en estas páginas, a la inauguración del período presidencial del doctor José María Velasco Ibarra, con nuestros comentarios y acotaciones, que son, ante el futuro, un vestigio o huella de la historia, fuente surtidora de la génesis de la vida nacional en el tiempo en que cruzamos por el mundo, rodando siempre hacia lo ignoto, con los puños preparados para la lid cotidiana, en un cuadrilátero de constante pugilismo, en donde no hay tregua ni reposo hasta dar con la materia carcomida en las losas de un panteón.

Cual nota inusitada, unas quince naciones amigas han acreditado sus embajadas a la trasmisión del mando, invistiéndola de gran pompa y solemnidad; va a realizarse en el teatro Sucre, de Quito, habiéndose determinado este sitio tras acaloradas y largas discusiones en el congreso, no faltando, por tal motivo, el discurso incisivo de algún diputado exaltado y el alfilerazo esgrimido exabrupto.

Háse recalcado en que los ilustres mandatarios García Moreno y Alfaro recibieron la banda del dominio en los salones parlamentarios, en un acto sencillo y natural, exento de un matiz teatral y ostentoso como se lo quiere rodear al ascenso del nuevo magistrado, en un recinto destinado a representarse comedias y melodramas.

Según nuestro criterio, los mismos legisladores hánse apocado, adquiriendo el aspecto de títeres y actores cómicos y bufos, puesto que creen que sus dignidades se menoscaban al perder el respaldo del salón de sesiones, bajo la tutela de los retratos al óleo de la legión presidencial; y que, alejados de sus curules, son simples mequetrefes, ridículos payasos, inferiores a los demás ciudadanos.

Pero si ante ellos mismos, convertidos en el primer tribunal del país, va a ceñirse la banda emblemática el futuro magistrado; y dondequiera que se congregen a cumplir este requisito, infundirán, por prestigio nacional, un trasunto solomno a este suceso espectacular, con la concurrencia de embajadores y ministros extranjeros, damas y caballeros y un público inmenso que sólo puede tener cabida y relativa comodidad en un espacioso coliseo.

Y el hombre elegido para ocupar el solio en esta ocasión, merece estos honores por sus dotes intelectuales y renombre particular, propagados por él mismo, con su cálido verbo y su ideal de unión indoamericana, por nuestro continente, en una jira internacional por la vía aérea, recogiendo aplausos y vítores que han enaltecido a la patria que le cuenta entre sus hijos aventajados.

El Ecuador ha estado sediento de presenciar una verdadera trasmisión de mando dentro de la legalidad y las normas acostumbradas, porque, desde hace un par de lustros, sus mandatarios han sido eventuales y casi intrascendentes, surgidos de improviso, impuestos o interinos, y sus nombres se inician con Isidro Ayora y concluyen con Abelardo Montalvo, teniendo un intermedio de Luis Larrea Alba, Alfredo Baquerizo Moreno, Alberto Guerrero Martínez y Juan de Dios Martínez Mera, sin una estrella refulgente y de primera magnitud, como tal vez hubiera sido, si se le permitía brillar, Neptalí Bonifaz, adalid de muchas prendas y que fué también, como Velasco Ibarra, la cristalización de un sufragio relativamente libre, que señala la reciente etapa de civismo en esta república.

En estos días, por otro lado, háse celebrado, con muestras de regocijo, el cuarto centenario de la fun-

dación de Riobamba y luego de Quito, de cuyo acontecimiento se desprende un error, o sea que Riobamba es la ciudad más vieja del país, por datar su origen el 15 de agosto de 1534, cuando, en realidad, es la más nueva, es flamante, y su punto de comienzo es sólo de ayer, de los albores del siglo pasado.

Es el caso que a unos cuantos chimboracenses residentes en Guayaquil, anhelando rendir un homenaje a la capital de su provincia, a la tierra querida y distante, se les ocurrió pregonar, mediante trompetas y tambores, que se acercaba el centenario de Riobamba!

¿Pero qué centuria era aquella? ¿dónde, cuándo, cómo la habían descubierto? ¿era quizás una broma?...

Al principio nadie les entendió ni hubo de atenderles; pero tanto insistieron en el tema suigeneris, que al fin ellos ganaron la partida, y consiguieron unos carros expresos, brindados por el gobierno, para visitar la urbe de los recuerdos; excitar el espíritu de los conterráneos y hacer que se festeje alborozadamente la efemérides sublime.

Albricias para los vástagos que estuvieron ausentes, los hijos pródigos que regresaban enternecidos al hogar paterno; y tuvieron razón de alegrarse los hermanos y de entonar un salmo de bienvenida, sea cual fuere la causa del retorno y no importa de donde emane.

A ningún joven ni a los viejos mismos les agrada que se les eche en cara su madurez y peor aún su decrepitud: y Riobamba no es ni siquiera joven, sino todavía adolescente, una mocita impúber, un pimpollo primoroso; pero ya la consagraron, en un momento de entusiasmo e irreflexión, como a señorita jamona, entrada en años y regordeta, que necesita novio porque ya se pasa del período casamentero, sin que nadie sepa de su florecimiento juvenil, de su edad exacta y del devaneo de los ayerés.

Son cosas que se ven y se presencian, pareciendo admirables, diáfanas, esplendorosas, mientras no se las analice y desmenuce con perspicacia clínica y pulso firme; cuando el observador no figura en la cohorte de la generalidad, que no vislumbra el enig-

ma de los átomos y todo lo encuentra lógico y plausible.

De la célula germina la planta: la célula es la vida, no obstante que el término es de factura socialista y se lo quiera utilizar para refundirlo en el conjunto, no concediéndole la importancia esencial como factor independiente de creación y prosperidad; y de la célula fecunda del pasado, surge la umbrosidad de hoy, y vamos a refugiarnos, por unos instantes, bajo su sombra protectora y mágica.

Si de la fundación de Riobamba se trata, es a don José Antonio Lizarzaburu a quien le cabe, más que a ninguno, tan preciado mérito, junto a otros esforzados sobrevivientes de la derruida ciudad, de la fundada por Diego de Almagro en el tiempo de la Conquista y cuyos escombros yacen al pie de la colina Culca, en donde ahora moran los pueblos de Cicalpa y Cajabamba, como centinelas hieráticos de los tesoros escondidos y sepultados a consecuencia del formidable terremoto de 1799, y custodiando las ruinas de la colmena colonial, de lo que fué y desapareció para siempre.

Allá, pues, queda enterrada, lejos de la actual Riobamba, la antigua y vieja urbe de cuatro siglos, sucesora de un prehistórico poblado aborigen, la que murió trágicamente, sólo dejándonos un tenue vestigio de su existencia y a unos cuantos naufragos librados de la borrasca para que nos cuenten su memoria y establezcan, ellos sí, la Riobamba presente, bajo cuyo ambiente se ha celebrado el gesto obligado del conquistador español, olvidando el esfuerzo del prominente americano Lizarzaburu, que puso la base firme y permanente de su cuna.

El procedimiento de Almagro no fué sincero y espontáneo, sino obligado como hemos dicho, ya que se apresuró en situar un centro colonial en el reino de Quito, por cuenta y en representación de Francisco Pizarro, anticipándose así a las pretensiones de Pedro de Alvarado, venido a estas regiones con igual propósito de apoderarse de su dominio.

La acción de construir una ciudad obedece a diferentes causas: en Almagro, el impulso de conquista; en Lizarzaburu, perdurar su lar, sentando las lí-

neas de calles anchas y modernas, eligiendo con detenimiento el sitio más adecuado para el éxito de su empresa, que abarca una perspectiva inconmensurable de beneficio humano.

El lugar de la primera fundación española de Riobamba no pudo ser más desacertado, y en prueba de ello fué restablecida varias veces, ya sea por su continua despoblación o por los amedrentadores y nefastos movimientos sísmicos, como lo hizo Sebastián de Benalcázar en 1535, sirviéndose del modesto título de Villa de San Pedro, en honor del Santo Patrono; luego, Martín Aranda y Vildivia, militar chileno, denominándola Villa del Villar don Pardo; y finalmente, en 1623, merced a una cédula real de Felipe IV, calificándola de Muy Noble y Muy Leal ciudad de Ricbamba, y, sólo en esta vez, pronunciando el nombre que tiene al presente, puesto que hasta en su más remoto origen se la fundó como Santiago de Quito, distinguiéndose, por el santo, de la Villa de San Francisco de Quito que a poco se estableció en sus cercanías, siendo enseguida trasladada a las faldas del Pichincha, donde ha surgido y es hoy la capital del país.

Toda esta narración de las múltiples fundaciones de Riobamba pertenecen a la historia de la antigua ciudad, desaparecida en el valle de su propio nombre; en lo relacionado con la nueva, está plantada próxima a los vestigios de la secular Liribamba de los incas, en la planicie que se extiende al pie del Chimborazo, circundada, a la distancia, de altas cimas de nieve sempiterna, que ofrecen un conjunto singular y una vistosidad sorprendente.

Atahualpa, el emperador de los incas, que tuvo el dominio de todo el imperio cuando apareció Pizarro, fué hijo de una princesa de la raza indígena y del reino del Puruhá, que comprendía la provincia del Chimborazo; y era un monarca sobrio y justo, que ambicionaba aprender cuanto sabían los conquistadores, no abdicando nunca su magnanimidad y su realeza; pero, sin embargo, los invasores le traicionaron, decretando su muerte Pizarro, el misionero Fray Vicente Valverde y el fundador de las primeras ciudades ecuatorianas, Diego de Almagro, que pronto pagaron con sus vidas los desmanes de la Conquista.

Fueron aquellos hombres recios, sanguinarios y ambiciosos, aventureros en fin, que encadenaron medio mundo para ofrendarlo a los reyes de España; de ellos se ha escrito mucho y se les ha tributado honores, inmortalizándoles; y, en cambio, están aún postergados prototipos de la raza indoamericana, grandes por su carácter y virtudes, capacidad y acatamiento del deber, como Atahualpa entre los incas y Lizarzaburu entre los criollos de fines de la Colonia, padre de la flamante Riobamba, y que merecen también, talvez más que los anteriores, la remembranza de estos pueblos, esculpiendo sus figuras en el mármol o en el bronce, e irigiéndoles monumentos que pasen a la posteridad, expresando nuestros anhelos, orígenes y pujanza, cual símbolos del Nuevo Mundo.

Y hagamos constar los hechos en el sitio respectivo; y a Riobamba, la más nueva de todas nuestras ciudades, no le infundamos una pátina de vejez que no la posee, suprimiendo su orgullo de ser joven, vigorosa, y, a pesar de su corta edad, más aventajada que las urbes rivales y vetustas, que en breve quedarán postergadas en el camino del progreso, extensión, populosidad y altas manifestaciones de cultura.

Las condiciones étnicas de la raza hispanoamericana, con el principal aporte de otras sangres europeas, son cósmicas todavía; de blancos, indios, asiáticos y negros de procedencia africana, en perpetua mezcla, está formándose la estirpe extraña del porvenir; y los auténticos productos de estas zonas tienen ya conocidas y estudiadas características que los distingue, y así como disponen de virtudes y cualidades recomendables, así también adolecen de perniciosos defectos que es preciso combatirlos y extirparlos.

La indolencia, la pereza y el abandono de nuestra gente, es algo que desespera y aterra; por otro lado, su audacia, egolatría y perspicacia, siendo bien dirigidas, serían alhagüenas condiciones para la fortaleza que se requiere en el predominio mundial, dentro de las tendencias humanas de socialización y fraternidad, que son más rancias que Matusalén, pero que se las presenta con delineamientos novedosos y sugestivos.

Hay que amainar la autosugestión de suficiencia, que precipita en el fracaso y ridiculez, haciendo que un individuo vulgar se juzgue capacitado para descomunales empresas y desempeñar cualquier empleo o cometido, antes de prepararse concienzudamente con un fin determinado, especializándose en una materia y adquiriendo la sólida ilustración, la cultura que es indispensable en la lucha con nuestros semejantes, en el trato social y toda manifestación de la vida.

En los cargos públicos, es natural, es conveniente que se prefieran a los hombres competentes, aptos, que tengan tras sí una prole o una familia menesterosa; pero no por esta causa se va a prescindir de quienes disponen de fortuna y, a la vez, de conocimientos provechosos y facultades extraordinarias para conducir a los pueblos hacia el mejoramiento y evolución.

De la anormalidad actual, sintetizada en una crisis económica y moral, nacerá el equilibrio de mañana, con la base redentora de un término medio y satisfactorio, depuestas las exageraciones de los extremos, pulidas las escabrosidades, acallados los odios infructuosos y nocivos.

No es la primera ocasión, ni será la última, que en el mundo se debatan encarnizadamente las ideas y las armas peligrosas y absurdas de las pasiones que se extralimitan y aniquilan, resultando, de tanta impaciencia y zozobra, el contrapeso indispensable para la normalidad.

Y la normalidad relativa, la pauta conciliadora, la mutua concendencia, llega y se impone, y entonces la humanidad tiene un paréntesis para recobrar la serenidad perdida y proseguir, casi incólume, en el trabajo que es su sino, labrando su propia suerte en un obligado ambiente de paz y concordia.

Y todos estos múltiples sucesos, ya sean generales o particulares, que determinan una época y describen a un pueblo, es la huella indeleble de la historia: es el sendero por donde se marcha, con paso lento o vacilante, hacia la eternidad...

LA CABALGATA DE LAS PASIONES

1931—1932

El congreso ecuatoriano de 1931 fué obra del ministro Julio Moreno, el más alto exponente del gobierno del doctor Isidro Ayora, puesto que hasta aquellas fechas no se admitía ni practicaba la libertad de sufragio, aunque ella ha constado siempre en las cartas fundamentales de la nación.

Pero como lo que más caracteriza a nuestra política es la infidencia, Moreno primero y luego Ayora recibieron la brusca embestida de los congresistas buscados, en su mayor parte, por ellos mismos; y rodaron de sus encumbrados cargos administrativos y se hundieron, por esta vez, en el menosprecio e indiferencia general.

Ayora aprovecha de la fórmula constitucional forjada por su Asamblea ad-hoc, que será el ministro de lo Interior quien, en caso de vacancia, ocupe la Presidencia de la república, y elige su reemplazo interino: el coronel Luis Larrea Alba.

El país estaba fastidiado de la preponderancia del militarismo y de la fuerza bruta.

Fracasó, enseguida, el intento dictatorial de Larrea Alba, que sin conformarse con haber arribado casualmente a la primera magistratura, ambiciona erigirse en árbitro de un sistema imperialista y abusivo, explotado recientemente por Ayora.

Cae Larrea Alba víctima de su ofuscación e intransigencia, sucediéndole el doctor Alfredo Baquerizo Moreno como encargado del mando, para luego conceder, compelido por las circunstancias, un sufragio libre que inclina la mayoría a favor de don Nephtalí Bonifaz.

Tras de esta elección inusitada y extraordinaria, estalla la protesta insurgente del señor Clotario Paz en contra de la administración provisional de Baquerizo Moreno, quien, por su parte, parece que vacila,

arrepintiéndose de su noble acción de haber admitido la libertad de sufragio, adhiriéndose solapadamente a la prematura oposición al electo.

En este estado de cosas se instala el congreso de 1932, compuesto casi en su totalidad de ex-bonifacistas, y que, no obstante, comete el error de anular o descalificar al hombre que compendia el voto de la mayoría, produciendo un verdadero caos, que desprestigia al Ecuador y retarda su evolución, tiéndole de sangre.

La constitución vigente no autoriza para que un congreso pueda descalificar a un presidente legalmente electo, sino que le faculta para investirle del poder, calificándole, en virtud del resultado de los comicios eleccionarios, y acatando así la voluntad de la república.

Estos períodos inestables son los eslabones de nuestra historia política, y con frecuencia abarcan todas las tendencias y rivalidades, cimentando a la postre el triunfo de la razón y de la mayor conveniencia del país.

* * *

De "ciudad de las nieves" la calificó a Riobamba, en su revista ECUADOR, nuestro diplomático-literato Víctor Hugo Escala.

Y tuvo razón, ya que a la cuna de Lizarzaburu, su fundador, y de Velasco, el precursor de la historia patria, le rodean, cual mitológicos centinelas, empinadas y majestuosas crestas volcánicas permanentemente encofriadas de cándidas nieves.

Pero, para orgullo de la época, parece que estas nieves ya no congelan como antaño las almas y los corazones de los habitantes del pie del Chimborazo: al presente arde, anima, agita un fuego de volcán en los pechos de la mayoría de sus moradores, y los levanta, los transforma y los enaltece.

Cansados de una humillación tan prolongada, la rebeldía florece y prospera, y ya se vislumbra, aun-



que parezca imposible, el desplome del carcomido edificio de la farsa y del engaño.

¿Cómo? ¿Cuándo? Sencillamente, cuando nuevas generaciones, jóvenes, robustas y emprendedoras, arrojen a los profanos y fariseos del templo de la República, a aquellos explotadores del erario público que por tantos años han usufructuado su metálica sustancia, siempre amparados con una máscara de falso liberalismo, que ha consistido en ser aparentemente come-curas y come-monjas, sin haber podido, en 36 años de dominio, nacionalizar al clero, ni reducir a los frailes a sus conventos, ni secularizarlos, ni arrancarles el hábito talar, ni amedrentarles, ni vencerlos...

¡Nada! ¡Pura baladronada! ¡Mero sofisma!

Y, mientras maldecían a las religiones, juzgándose ateos, educaban —¡qué sarcasmo!— a sus hijos en escuelas y colegios católicos, apostólicos y *romanos*, y, muchos de ellos, llamaron al sacerdote a que les consuele y perdone al sentirse próximos a la muerte, teniendo que despojarse de la investidura de lentejuelas que adoptaron para medrar de la política y atravesar la vida, alimentados con el dinero del erario.

Y ellos, los apócrifos defensores de todas las libertades, divulgan y sostienen que "lo que se ha ganado en los campos de batalla no se puede perder con papeletas eleccionarias".

¡Valiente mascarada!

Se proclama nada menos que el imperio de la fuerza bruta sobre la razón, el derecho, la autonomía, la honradez y la legalidad, y contra todas las noblezas y privilegios y aspiraciones del hombre racional, pensante y libre.

Se añade, para completar la tramoya, que las últimas elecciones presidenciales fueron fraudulentas, porque "el capitalismo compró el voto; y el cura obligó el sufragio; y la burguesía adinerada llevó a sus subalternos a las urnas".

Son aseveraciones que indignan y sublevan.

Hemos observado el acto electoral de lejos, independientemente, y el deber, la justicia, el patriotismo nos exige a sustentar la verdad, para que se propague y difunda y contrarreste el avance entorpecedor de la falsedad.

¿Capitalismo a estas horas? ¿Capitalismo entre nosotros? Es necesario sobreponerse para sólo sonreír, sonreír con piedad y desdén, por no lanzar una carcajada rotunda y estridente.

Serán talvez capitalistas, dueños de un pequeño e irrisorio capital, dos o tres pobres diablos bien conocidos, que han sido vitaliciamente económicos y avaros, judíos brotados en el pródigo suelo de América, y que no faltan en ninguna parte; los demás, todos, todos nos desesperamos de angustia y necesidad, y no poseemos dinero ni para mantenernos, mucho menos para derrocharlo comprando votos a la manera que diz que suelen hacer los millonarios yanquis.

Y suponiendo que el voto fuera así comprendo, es preferible que se proceda en esta forma, dando valor y aprecio al sufragio, y no al sistema conocido de suplantaciones y canalladas, corrompiendo al soldado y al ejército, con el voto estúpido, repugnante e inconsciente.

Que sufrague el ejército, enhorabuena; pero libremente, por su propia voluntad, cuando no reciba consignas que le deshonren y desprestigien.

La casualidad, las inusitadas circunstancias que precedieron a la elección presidencial, fueron la causa de no haber impuesto un candidato gobiernista, como de costumbre, como siempre.

Nosotros creíamos morir sin presenciar unos comienzos libres en nuestra tierra, decepcionados por la experiencia; pero la suerte ha querido darnos esta grata sorpresa, y no vamos a repudiarla, acostumbrados a ver y censurar el engaño, sino a recibirla con alborozo, cual ciudadanos conscientes, que contemplamos el advenimiento de una nueva era de triunfo, por fin, de la libertad de sufragio, del libre albedrío del hombre.

Talvez este paso grandioso no fué premeditado e intencional. No importa. Es suficiente que se haya realizado para que marque una huella de pundonor y despierte a los hombres decepcionados y abatidos, a quienes hemos sido víctimas, no obstante de ser verdaderos liberales, de los políticos del "95", es decir, de aquellos que nos alejaron de los cargos públicos, de las mercedes nacionales, negándonos la participa-

ción en el banquete preparado por ellos y sólo para disfrutarlo privadamente, en unión de los satélites y adláteres que les han servido de puntales y pernos para sostener tanta mentira y embuste, en mengua de la patria, noble palabra ya olvidada y perdida.

¿Qué habrá una revolución? ¿Qué el presidente electo no ocupará el solio? ¡Ja, ja!...

En verdad, no les queda otro recurso a quienes sienten vacilar la tierra a sus pies.

Es asunto de vida o muerte.

¿Cómo principiar a trabajar, a luchar por la vida, un individuo impotente, holgazán, inepto, que jamás conoció de lucha y privaciones, cuya frente no se humedeció con el sudor cotidiano, cuyas aspiraciones no se extendieron más allá de las cajas nacionales, a toda costa, por cualquier medio, humillándose, calumniando, pero sin un gesto de rebeldía y altivez?

Pero tengan en cuenta que el país ya no es el de antes; por algo ha transcurrido el tiempo; la pólvora de las huestes de Alfaro ya pasó a la historia con su heroísmo; los viejos liberales están decrepitos y entumecidos, y, fatalmente, no han ennoblecido a la ideología partidarística, sino que la han desprestigiado, con el mal ejemplo que nos han legado posteriormente; ya es hora de que nuevos ciudadanos administren el estado, siguiendo derroteros diferentes y adecuados para la época actual.

Y si algunos espectadores imparciales anhelamos una reforma, es, sobre todo, porque ya repugna y fastidia el absurdo dominio de políticos insinceros, que comercian con las santas ideologías de las agrupaciones políticas.

Para ellos, no hay ni hubo otra ideología que la del erario, y quizá por ella, y sólo por ella, pueden acudir hasta el campo de combate, para buscar la muerte, ya que no les será posible rehusar esta bandera mercantil.

Pero ni esto creemos: esperan que otros se sa-crifiquen por ellos...

Y esta es la impresión que hemos recibido en la ciudad de los cóndores y de las nieves, en donde ya prospera un destello de esperanza.

* * *

Hasta se llegó a concertar apuestas de que el señor Bonifaz no subiría al poder...

Conjeturo que se hallaban en los dominios del caudillo Clotario Paz quienes se aventuraban a sustentar tan atrevida afirmación.

Lo que nos interesaría saber es si todavía persisten en tal suposición, después del irrisorio fracaso del periodista revolucionario, del autor de *Crónicas Fugaces*, que se distingue por la fugacidad de sus empresas, siendo, cual su propio dilema, fugaz, fugaz, casi humo, nube, éter...

Todavía creen ustedes, mis queridos amigos, ustedes que son casi viejos, que puede resurgir el tiempo heróico, la contienda clásica, cuando algunos valientes asaltaban a un batallón —se sobrentiende, mientras dormía— como en 1906, cuando proclamaron al general Alfaro, y luego iban por los campos, de loma en loma, por cerros y enercujadas, con la divisa roja en los sombreros, triunfando por doquiera, hasta colocarle al ídolo en el solio.

Son ustedes niños, puesto que les anima el recuerdo de la niñez.

¡Felices quienes se alimentan de ensueños y añoranzas!

Desgraciadamente, este es un alimento demasiado frugal e inconsistente, y no es fácil nutrirse con él.

Ahora nuestra época se caracteriza por el imperio, la supremacía del ejército, después del advenimiento de los Mussolini, los Primos de Rivera y la entronización de la paz armada, aunque sólo sea con pistola en mano como el señor Clotario Paz, reivindicador del histórico liberalismo, enemigo de la exaltación del señor Bonifaz.

¿Del señor Bonifaz? Sí; de don Neptalí, que tuvo la broma de declararse liberal a última hora, a destiempo, cuando ya no hubo lugar a besamanos y adulaciones de los que se adhirieron a otras candidaturas, más que por ser éstas liberales, radicales, socialistas y comunistas, por juzgárselas vencedoras, dignas del apoyo oficial, especialmente la de don Mo-

desto Larrea Jijón, surgida del seno de la famosa "Asamblea de las Izquierdas", es decir, "Asamblea de los Zurdos"...

Don Modesto, el *petímetre socialista*, el "dandy", el aristócrata, el "clubman", quien enarbó el pabellón de vanguardia en el Capitolio y que era ministro de Larrea Alba, del prematuro dictador, de Larrea Alba que vaciló ante la magnitud de su obra, y no fué capaz de dar la voz de ataque al temerario riobambeño Aurelio Baquero, primer jefe del "Carchi", el batallón que dominó al "Regimiento Bolívar", arrancándole el cetro del valor y de la presancia...

Don Modesto, decimos, era el infalible candidato oficial, y a él plegaron sus ilusiones todos los políticos sagaces, todos los empleómanos, todos los arribistas... todos los insinceros, los que confunden las ideologías partidarísticas, los dueños y herederos del erario desde hace muchos lustros...

¿Los bonifacistas? En verdad, fueron los conservadores; pero también los liberales, aquellos que no aceptan la imposición oficial y el fraude electoral, los que aspiran a una reforma del país en el orden administrativo, los que, finalmente, apelan a argumentos y razones para combatir al enemigo, y no confían sólo de la fuerza abrumadora y brutal, que no siempre está dispuesta a sostener un régimen, y, con él, los intereses creados de sus secuaces...

Bonifaz, el hosco, el indefinido, tuvo admiradores por sus manifiestos extraños y novedosos, sinceros y varoniles, que rompían el convencionalismo acostumbrado, y —¿por qué no decirlo?— Bonifaz tuvo partidarios porque ya la nación estaba abrumada, impaciente, iracunda, con el apogeo de tendencias rusas, volcheviques, inadecuadas en un país despoblado como el nuestro.

Un socialismo mal entendido, que consiste en usurpar al prójimo el fruto de su trabajo, y en la holganza, y en poner trabas al espíritu de empresa y en dar pábulo al desorden y la anarquía, era lo que asfixiaba, enturbiando el ambiente: por eso, la mayoría de ecuatorianos encauzaron sus esperanzas hacia Bonifaz, rojos y azules, güelfos y gibelinos, los que

defendían sus fortunas y hogares, los que labran la tierra y buscan el sustento con el sudor de las irentes.

Pero esto es amargo, doloroso, para los aspirantes de los beneficios y prebendas del Estado; para aquellos que no tienen otro modus-vivendi que el banquete nacional; para quienes salidos del polvo y de la nada, se engrandecen alrededor de la administración pública, y por ser meros concejales, congresistas, empleados de gobierno, se creen semidioses, genios y aristócratas: la vanagloria les ofusca y les pierde.

¡Guerra al capitalismo! ¡Guerra a los terratenientes! ¡Guerra a los ricos! Enunciados son estos que desprestigian a una nación casi deshabitada, en donde no existe capital, dinero, ni para las necesidades más apremiantes, y en donde los propietarios de tierras son mártires del trabajo y del deber, y se sienten impotentes en contra de las heladas que arrasan las sementeras, y los impuestos fiscales que eliminan los ahorros, y los envidiosos que labran su ruina.

En el otro grupo político, en el mendocismo, que actúa cerca a su jefe, el comandante Ildelfonso Mendoza, y que predominó en la región costanera, hubo más abnegación y desprendimiento, aunque sí mayor regionalismo sano, bien encaminado, un santo federalismo puede llamarse, que enardeció al litoral ecuatoriano, pero su aspecto fué más noble, ya que nunca contó con el apoyo oficial.

Sus tendencias —las mendocistas— son también enoveladas y confusas en el terreno ideológico: no se comprende cuando dejan de ser liberales para ingresar en la esfera socialista y hasta comunista.

Entre nosotros, todavía no se apasionan las masas por los ideales doctrinarios, sino que van en pos de los hombres, y ellos, según su situación económica, social y política, indican la capacidad y sirven de bandera de lucha, lucha netamente personal con el antifaz de plataforma de polémica y de aspiración ideológica.

Los precursores de las reformas, emancipaciones y evoluciones, son las víctimas propiciatorias de sus propias causas: en lo grande, tenemos como ejemplo a Miranda, el padre de la independencia americana,

apresado por su mismo discípulo, por Bolívar, en La Guaira, después de la capitulación de San Mateo; y en lo pequeño, aquí estamos nosotros, mi buen colega, comandante Mendoza, alejados de la cosa pública y repudiados por nuestros mismos compañeros, luego de la transformación del 9 de julio de 1925, habiendo echado a rodar el imperio del general Leonidas Plaza, para, pocos años después, volver a fojas primera, con el retorno de nuestro actual encargado del mando, el distinguido doctor Alfredo Baquerizo; que nos trae a la memoria tiempos idos y edades muertas, y que vuelve, porque los otros ciudadanos, los demás, los del 1925, fueron desleales e inconsecuentes, y entregaron el triunfo a los Ayora, los Julio Morcno, los Larrea Alba, los "Jurídico-Literaria"...

Casi estamos por suponer que hasta con el señor Bonifaz, aunque fuese conservador, los dirigentes y empleados han de ser los mismos; parece que en nuestros lares ya no hay cabida para otros individuos, y que ellos, los "sabios" políticos, son los insustituibles, los únicos...

* * *

Rueda el mundo y transcurre la vida por el tiplano sin la indolencia y monotonía de antaño, porque sus moradores se entusiasman con el diapason político, los unos aferrados a la ubre del presupuesto y del erario, y los otros, los más, vislumbrando un tiempo de justicia y reparación, con el advenimiento de la libertad de sufragio y de nuevas normas, que despiertan el espíritu cívico, desfallecido por la imposición de la fuerza y el perenne dominio del engaño.

No es hoy cuando vence y ofusca la vil tramoya; fué ayer, durante un período largo, desesperante, al hacerse de la farsa una costumbre, una ley infalible y fatal, al extremo de arraigar el pesimismo y abatir a las generaciones que debieron surgir al escenario público en el primer cuarto de este siglo; y, al presente, sorprende, aturde el inesperado y brusco espectáculo del voto consciente y libre.

Y este voto es calificado de fraudulento por algunos, por aquellos que disfrutaron del oficialismo y confiaron medrar siempre bajo su sombra; y el sufragio anterior, el que denigraba al hombre, es, para los mismos, el puro, el immaculado, el santo, el bueno.

¡Bah! ¡Qué cinismo! ¡Qué audacia!...

Que impere la fuerza, se comprende y dispensa cuando es respaldada por la opinión de la mayoría, y demuele el despotismo y combate la dictadura, en épocas de nefandas oligarquías de caudillos que se juzgan providenciales.

Con la fuerza se destrona reyes, se fundan repúblicas, se emancipan los países, se consolidan las últimas aspiraciones humanas; y entonces a la fuerza se la considera útil y redentora; pero, de otro modo, es repudiada y maldecida, ya que oprime y esclaviza y avergüenza.

Nuestro terruño es pródigo en rebeldías y en altas cumbres.

Hemos admirado a nuestros conterráneos del 5 de junio de 1895, que cimentaron la causa libre y que tuvieron gestos de valor y temeridad.

Son grandes en el fragor de los combates, y, no obstante, son pequeños, insignificantes, en la contienda cívica, cuando se requiere la capacidad intelectual, y es el verbo, y es la pluma y es el talento que desafían a las espadas, triunfando sobre la fuerza.

¡Es la victoria de la razón! ¡Es la humanidad contemplada desde su aspecto más noble!...

Y la fuerza, en estas fechas, reside en el ejército, y su fallo es demoledor e inapelable; y si el ejército apoya la Constitución, ya habrá oportunidad de festejarse, porque, pese a los rabiosos liberales del erario, el señor Bonifaz ascenderá al solio, con el beneplácito de los otros liberales, los postergados, los visionarios, los independientes, los que descansan en la fuerza de las ideas y no en la fuerza de las intrigas, de las proezas guerreras de una época que no les pertenece, exceptuando a pocos veteranos, rezagos de pasadas revoluciones...

Revoluciones diz que antagónicas a los curas, con quienes se abrazaban, bailando al mismo compás, a

merced del dilema de *perdón* y *olvido*, y ya en goce sempiterno de las prebendas del Estado.

* * *

Y es este suelo, para nuestra satisfacción, también el nido de las altas cumbres, de las águilas andinas que no sólo esgrimieron los fusiles sino la péñola, y en frase pulcra nos legaron el arte, la ciencia, la leyenda, el verso y la huella esplendorosa de lo que fué...

La política, ante tan augusta silueta, se humilla y se esconde... y cede el paso a la auténtica supremacía en todos los tiempos, que perdura y gravita, que enorgullece y anima...

Abrese el desfile con el padre Juan de Velasco, investigador de la gesta incaica, cuya personalidad es sostenida por el sólido pedestal de sus obras: *Historia del Reino de Quito*, *Historia Antigua e Historia Moderna*, y *una Crónica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*.

Síguele don Pedro Vicente Maldonado, conocido por *el sabio*, a quien combatimos antes, suponiendo su grandeza legendaria y ficticia, ya que el Municipio Cantonal no guarda ninguna de sus obras; pero gracias a nuestra tesonera investigación, nos place saber que en 1744 se dirigió a Europa y publicó en Madrid su afamado libro *Relación*, todo de asuntos científicos, y, además, levantó el Mapa del Reino de Quito.

Estas son las dos figuras egregias de la época colonial.

Luego, sucede un interregno demasiado largo sin monarcas del talento que ocupen el puesto vacante, porque el arte no prospera en medio de escambros, y a la ciudad de Riobamba sepúltale un terremoto formidable y le arranca de su antigua base, trasladándola al regazo actual, el dilatado valle de las cúspides andinas, que le dan el nombre de *ciudad de las nieves*.

Convulsa aún por la hecatombe terráquea, los supervivientes, con don José Antonio Lizaraburu a

la cabeza, trazan calles y plazas espaciosas y rectilíneas, conciben una colmena modelo, imaginan una futura metrópoli gigantesca, y la fantasía, la ilusión, desafían a los elementos, al clima inclemente, a las arenas de un desierto, a los huracanes de la estepa, y a los hombres, que rehusan el cambio de cuna y de techo, y huyen o se aferran al lugar del cataclismo, junto a los cadáveres de los seres queridos sepultados trágicamente, y a las torres y moradas que ya no existen...

Días después, tercian en las luchas por la Independencia; son perseguidos por el feroz realista el tirano Payol; y, finalmente, facilitan la entrada de las tropas de Sucre y persiguen la derrota de los realistas, consumando la emancipación del terruño, el inolvidable 21 de Abril de 1822, fecha precursora de la batalla de Pichincha que coronó la libertad de la patria.

Y ya libres, independientes, a reconstruir la ciudad, a proseguir el ensueño del fundador, y a sudar durante un siglo levantando muros, formando parques, acopiando materiales de construcción, apaciguando las furias de los vientos con las arboledas de eucaliptos, refrescando la atmósfera con los prados y las flores y el rocío, para que en su seno surjan y moren y triunfen las generaciones presentes y venideras, y se extienda una urbe digna de la América, exuberante y fecunda...

Y en este lapso de tiempo hubieron también luchadores intelectuales, pero sus obras no son fecundas y extensas, obsesionados como estaban en construir el nido.

Y sólo en estos últimos lustros, para gloria riobambeña, han aparecido Miguel Ángel Corral con un anhelo de belleza, bosquejando la novela, con *Voluptuosidad*, y con rimas de amores sibaritas y carnales; Luz Elisa Borja, símbolo de arte y de ternura, que aunque expiró niña hubo de legarnos su *Cofre Romántico*; y Ricardo Borja León, el poeta jocosos, el prototipo de la energía práctica y del humorismo, cuyo contorno se diseña y se marca, en forma indeleble, en su volumen intitulado *Al pie del Chimborazo*.

Pero próximo a nuestros grandes hombres de la pluma, autores de verdaderos libros, no puede dejar

de figurar un nombre que si en verdad no es riobambeno, es de la provincia del Chimborazo, y nos toca y nos pertenece, es nuestro: me refiero al de Miguel Ángel Montalvo, de cuyo numen brotaron estos libros: *Los malhechores de la Justicia*, *Filigranas*, *Reinaldo y María* y, finalmente, *Películas de viaje*.

Tierra nuestra, de altos montes, de crestas encofriadas de nieves permanentes, en donde florece la rebeldía bajo la inmensa bóveda de un cielo azul y diáfano...

¡Riobamba, salud!...

* * *

Era antes un erial.

Culebras se arrastraban por doquiera; chaparrallos; grictas; pedregales.

Nadie quería habitar sobre una superficie inmisericorde, tosca e inclemente.

Hoy, todo ha variado.

Una suntuosa mansión se destaca en el centro de la dehesa; hay arboledas en líneas simétricas; en los prados de hierbas extranjeras retozan las vacadas; la alfalfa nutre a los caballos; los pcones, campochanos y risueños, trajinan sin cesar.

Este prodigio se ha realizado sobre las rocas, breñas y desierto.

El autor de este milagro es aquel hombre caviloso y sano, entusiasta y emprendedor, que siente placer en crear y transformar, y que es, empero, huracán e incomprendido.

A este luchador le persigue la ley, cobrándole los impuestos en medio de las dificultades de la formación; le embiste la calumnia, imaginando que usurpa el suelo ajeno; le odia el holgazán, apocado en su impotencia; le asalta el ladrón, hallando en él la víctima ambicionada.

Este hombre labra la riqueza y el orgullo de la patria; pero es combatido, casi menospreciado.

¡Injusticias político-sociales! ¡Quiebras de la humanidad!...

El furibundo socialista, el comunista caníbal, el anarquista demoleedor, todos los que no profundizan en sus doctrinas, juzgando que su misión es sólo arasar y destruir, sienten indignación y repugnancia por aquel batallador robusto y taciturno, por aquel que se regocijó en su obra, creyendo que su labor era meritoria y que aseguraba el porvenir de su prole.

¡Qué tiempos estos en que vivimos!...

Ya no es un mérito el enriquecerse, engendrar, producir; al presente, quien tiene un pequeño caudal, lo esconde sigilosamente; su dinero —¡qué irrisión!— es su dogal y tormento.

Todos los desocupados, fracasados, viciosos e inep-tos, media humanidad, va en pos de la otra mitad, ciega e iracunda, hambrienta y furiosa, buscando una igualdad absurda, un despojamiento violento, con la divisa de ideologías redentoras que no las definen ni comprenden.

La suprema ideología es el crimen y la holganza; que otros amasen las fortunas para ellos tener esclavos y múltiples concubinas; que llegue la hora de las reparaciones, en que el mundo se convierta en un lago de sangre, y el puñal sea amuleto de dicha.

¡Y se sonríen los linceos, los pícaros redomados, los bandidos de nuestro siglo!...

Y en todos los países, en todos los semblantes, hay algo inusitado e incomprensible, algo que es nuevo y anormal; hay angustia junto a una risa aparente; la carcajada es una mueca de dolor; las lágrimas, la incertidumbre y la desesperación, es lo que florece en las comisuras de los labios.

¡Qué hermosa, como símbolo de amor, la estatua colosal del Cristo de brazos abiertos erigida en el Brasil!

Pero, desgraciadamente, es un monumento extemporáneo que al hombre abisma y aterra, y no le infunde piedad y lástima, cual aquel Cristo coronado de espinas, enjugado su sangre por la Magdalena, que conmovió un día y que, después, por muchos siglos, propagó la caridad entre los mansos de espíritu, y alimentó bajo su égida a la cohorte de secuaces, que extendieron, tergiversada, su bella doctrina, y medraron con la ignorancia y credulidad de los hombres.

¿Convience ser ahora un perverso o un cándido?

Todos eligen, con pocas excepciones, el rumbo de la perversidad y rechazan y explotan a los cándidos y a los probos, de quienes pretenden aprovecharse, ocupando sus puestos, despojándoles de su nombre y sus haberes y hasta de la esposa e hijas, porque ellos son los árbitros y jueces, monstruos del averno, brotados en este preciso momento de brutalidad, de guerra, de salvajismo, para eliminar media humanidad, y, luego, los que perduren, ser más perfectos, más sabios, unos dioses...

¡Estupenda baladronada!...

Es ya hora de que se pospongan rencores; que se destierre el error; que se admita que nuestra nación es extensa y despoblada; que suelo no falta; que lo que se carece es abnegación, constancia, diligencia.

Se debe comprender que nuestros campesinos y agricultores son unos héroes y unos mártires, dignos de mejor suerte, y que trabajan sin remuneración equitativa, sin apoyo oficial alguno, en "una costra frígida, lenta, casi estéril", que es la serranía; en "una zona que no es esencialmente, sino necesariamente agrícola", según lo reconocen quienes han estudiado nuestras condiciones agronómicas.

Y añaden con cierta razón: "la esencia agrícola no está, en verdad, en los páramos; reside en los valles ardientes, con su fructificación noble y rica".

"La agricultura de las esperanzas triunfales se halla en la tierra cálida, y sus frutos se llaman cacao, café, tabaco, algodón, achiote, banano, toquilla y pastos rápidos y jugosos".

"Los productos interandinos carecen de la virtud de formar la riqueza comercial del país, sirven a lo más al comercio interior y a la sustentación de las poblaciones locales".

Si estos son axiomas irrefutables, si el enorme peso de la verdad abrumba, no vayan los ánimos exaltados, el oficialismo sediento de dinero, tras del agricultor del altiplano, que se debate sin enriquecerse, que deja sus ilusiones, su juventud, su vida, en los surcos de la tierra despiadada, alabando resignadamente al cielo, a la naturaleza, que le dió el sustento, pero nunca la riqueza evidente, el lujo, la comodidad...

Los únicos seres a quienes se debe repudiar, son los parásitos, los tahures y holgazanes; a todos aquellos individuos endeblés de la voluntad que abandonan el campo, cobardes ante la contienda, y dejan perderse las hijuelas que heredaron, y buscan empleos gubernamentales o una ganancia veleidosa en las mesas de juego.

Quien puede trabajar y rehusa su cometido, es despreciable y labra la ruina de su descendencia; mas no así quien se ennoblece en la lucha, y lucha siempre, recibiendo como pago, muchas veces, sólo la escarcha que azota su rostro en las cumbres andinas, y el desdén de sus conciudadanos, indolentes y perezosos, que fustigan, que acometen, que ultrajan al varón que no sigue igual ruta de abandono, de derroche y de desastre.

Y este individuo que emprende y labora es un obstáculo en una sociedad de politiqueros y ociosos.

Es un anormal, un raro, que toma en serio los problemas humanos.

Contra él la maledicencia, el rencor, los impuestos: que sufrague en las arcas fiscales, siempre exhaustas, para sostener el enjambre de vampiros que absorben su sustancia.

Y, luego, contra él se descarga el socialismo, el comunismo para arrancarle las tierras que cultiva como un héroe y como un santo; pero se sobrentiende sólo las tierras útiles y sembradas, las que rinden, las que agotaron las energías de sus dueños, porque las otras, las incultas, nada significan ni valen.

Y nadie estimula y encomia al hombre que abandonó la ciudad y despreció la intriga; al que penetró en la selva; al que despojó las breñas y abrió un camino y sembró la simiente del porvenir.

Esto caracteriza la obscuridad del ambiente y el error de los tiempos.

Entre nosotros, fatalmente, sólo aparentan prestigio y grandeza los que explotan la política, los saltimbanquis y bufones; los que sostienen el tablado de la farsa, y son patricios sin ser patriotas, y derrochan caudales ajenos, y medran del erario nacional...

* * *

Es notorio que el congreso de 1931 háse distinguido por la política personalista que ha agitado en su seno.

Sus miembros vacilaron en el primer paso brusco, de plena infidencia, cuando le repudiaron a Julio Moreno, a quien, casi todos, le debían la silla curul que ocupaban.

Si con el protector y amigo y confidente procedían así, no podía esperarse gestos de consecuencia posteriores.

Y no tardó en caer el ídolo, que fué dictador, luego presidente constitucional, el doctor Isidro Ayora.

Y rodó también, en una pendiente de desprestigio, el sucesor de don Isidro, el coronel Luis Larrea Alba.

Conste que todos estos políticos gozaron de inmenso predominio, tuvieron admiradores y secuaces, enardecieron a sus partidarios, y, empero, sucumbieron en medio del desamparo y abandono, sin una alma piadosa que les acompañe camino del calvario.

¿Fuéron ellos tan malos, o fuéron infames sus correligionarios, los antiguos camaradas convertidos en flamantes detractores, o fuéron culpables, a la vez, tanto los unos como los otros?

Es lo cierto que ha habido desorganización, deslealtad, incertidumbre, un caos; y, consecuentemente, mucha vileza y deshonor, al extremo de elegir el procedimiento de "perdón y olvido" para no desacreditar al país.

Los delincuentes son numerosos, una proporción abrumadora, y los jueces son los primeros responsables e instigadores.

¡Son palabras vanas, al presente, las de sanción y justicia!

Es una época que se va con su cortejo de miserias; una época que debió ser de purificación y mejoramiento; una época que se inauguró entre vítores y aplausos, con el concurso de los mejores patriotas, el 9 de julio de 1925.

El 9 de julio, ante el fallo de la historia, significa el término del régimen político que se adueñó del poder a raíz del martirio de Eloy Alfaro y sus tenientes, y luego del crimen en que pereció el general Julio Andrade.

Sus precursores y autores son hombres de fibra intelectual y varonil: entre ellos se cuentan a José María Vargas Vila, con su *Muerte del Cóndor*, y a Roberto Andrade, autor de *Vida y muerte de Eloy Alfaro*.

Hombres de pundonor, estadistas, políticos emprendedores y combativos, ocuparon los principales puestos públicos.

De nada sirvió tan seleccionada concurrencia, el empuje, la buena voluntad...

Los eternos maquinadores del tinglado administrativo laboraban en la fronda: en breve consiguieron introducirse, inspirar los actos, apropiarse nuevamente del poder.

Y persiguieron, calumniaron, despotizaron a los conquistadores del triunfo, a los reivindicadores de la gloria de Eloy Alfaro, y tornaron enseguida al apogeo de las normas establecidas con los mismos políticos de antes y de siempre.

Y en lugar de mejorar la administración del país, empeoró, volviéndose aniquiladora e insostenible, a tal punto que háse recurrido, abrumados por la impotencia, a un antiguo mandatario, el doctor Alfredo Baquerizo Moreno; y, en verdad, con él se considera más estable el gobierno y hay menos zozobra y confusión.

En política ha sido pródiga la presente legislatura, saliéndose de su primordial cometido, de redimir al país con leyes sabias.

La "crisis" económica se agudiza cada día más; la pobreza impera de punta a punta de la república.

Pero los congresistas con sus dietas cuantiosas y prolongadas, parece que no la sienten ni les importa.

No es el odiado latifundio el causante de la ruina: es, según se observa, el latisueldo, el latihonorario, la latidieta, la latipensión, el latiretiro y otros *latis*, co-

mo el *latista* o charlatán, lo que no admite parcelación ni reparto comunista.

Habiendo la mayoría de ecuatorianos comprendido que era funesto el uso y abuso de esas tendencias anárquicas, enveladas con un matiz de ideología, ha sufragado, en un inesperado comicio libre, por el señor Bonifaz, en cuyo programa se ampara a la agricultura, la industria y el comercio, combatiendo de frente, resueltamente, a las "doctrinas" nocivas y perniciosas, que dejan de ser de noble aspiración humana para sembrar el rencor y el pánico, empobreciendo, debilitando y destruyendo.

¿Para qué mezclar y confundir estos propósitos destructores con los sublimes postulados del liberalismo?

¿Por qué los liberales no rehusan unirse con los que pueden desacreditarles y perderles?

¿Ya es el viejo y altivo liberalismo tan impotente que busca la protección de otras agrupaciones e ideologías políticas?

¿O estas agrupaciones aspiran a medrar siempre a la sombra del credo liberal, hasta poderlo maniatar y conducirlo al cadalso?

Este procedimiento es ridículo y nefasto.

Esta amalgama es egoísta y mezquina.

Se denomina e intitula la "Concentración de las Izquierdas", apocando al nombre de "Partido Liberal".

¿Izquierdas?

Sucna mal: inventen otro calificativo; éste será apropiado en Francia, en España, en Rusia, pero en el Ecuador es exótico; su trasplante ultramarino no es adecuado para estos climas, especialmente en una forma brusca e intempestiva.

¿Por qué, en esta bella "ciudad de las nieves", disgregar más a sus habitantes, que por temperamento son altaneros y reacios?

¿Por qué intenta aislarse, embravecido, el núcleo de "unión de las izquierdas", alejando a los demás liberales, a los que no son de "las izquierdas", sino de las filas del clásico y querido liberalismo?

Esto ha sucedido fatalmente en los preparativos de recepción al hijo del "Viejo Luchador", al capitán Colón Eloy Alfaro.

Se pretende hacer, como siempre, política, política o intriga baja y ruin, desuniendo a la familia ecuatoriana.

Y esta desunión se maquina en estos momentos en que se grita, a voz en cuello, paz, paz, paz...

Cuando revive el espíritu de Eloy Alfaro, bandera de amor, de caridad, de gloria del auténtico y extenso liberalismo, sano y noble y grande, sin mezcla de tendencias exóticas y nocivas...

* * *

El máximo argumento del señor Clotario Paz para disculpar su actitud revolucionaria, más teórica que práctica, consiste en negar la nacionalidad ecuatoriana de don Neptalí Bonifaz, el presidente electo.

Parece que este punto está ya discutido y resuelto, y que se aceptaron por convincentes las pruebas y razones presentadas.

En lo que no hay sombra de duda es en que Bonifaz adoptó una plataforma política de defensa a la agricultura e industria, de reforma administrativa, de combate en contra de tendencias nocivas y perniciosas que se esconden tras de un falso socialismo y un comunismo erróneo.

Si cualquier otro ciudadano prominente preconizaba tales enunciados, también hubiese surgido y triunfado, en noble lid, con el beneplácito de la mayoría de ecuatorianos.

Por mucho tiempo háse mantenido imperando una situación incierta, engañosa, contraria a la verdad, que emanaba de los dirigentes de los gobiernos, apoyados en el ejército, el cual prestaba su contingente por afianzar su soberanía e integridad, dentro de un marco de propia conveniencia.

De esta manera, en forma inusitada, con una libertad de sufragio sorprendente, háse cristalizado el anhelo nacional; y, al presente, sabemos las aspiraciones de la generalidad de los habitantes del Ecuador.

En la hora actual, sólo por la imposición de la fuerza, acallando los sentimientos sinceros y espontáneos, dominando a un pueblo laborioso y honrado,

pudiérase implantar los bruscos postulados de la minoría, que tienen que limarse de asperezas antes de ser acogidos con satisfacción unánime.

No es, pues, un mentiroso programa ideológico el que ha enardecido a las masas: no es una poliquilla rastrea y ruín; no es una ambición bastarda y mezquina; nada de bajezas: el ideal es sublime, es nada menos que la defensa individual y del país, en pugna con las furias desencadenadas de la anarquía.

La farsa del conservadorismo, del liberalismo, del radicalismo y de todos los *ismos*, ha quedado, por fin, humillada y vencida ante la importancia de problemas verdaderamente humanos y nacionales.

Se puede ser apolítico en el sentido de no participar en nuestras diferencias partidarísticas, pero jamás en prescindir de las luchas positivas, que afectan al bienestar y prosperidad particular y nacional.

Las ideologías de conciencia, del espíritu, son privadas; son anticuadas y caducas; casi puede afirmarse que los enunciados económicos son los únicos dignos de tomarse en cuenta en una política sabia, decente, fructífera, desconocida hasta hoy entre nosotros.

Pretenden los recalcitrantes seguir usufructuando de la pugna de religiones, del antagonismo hacia los frailes, desatendiendo a las necesidades más urgentes, empobreciendo, arruinando la república.

Decíase que el señor Bonifaz es un exaltado, un loco, de mirada torva y patibularia; con proyectos desmedidos y obras trucas y abandonadas; ensimismado e inconstante; testarudo y apolítico...

Todo puede ser.

Pero, según hemos expuesto, queda en pie, digno y glorioso, su postulado racional de repulsión hacia las tendencias adulteradas y desorganizadoras, de quienes han explotado, con semejante baladronada, las arcas fiscales.

Y ahora, en son de broma, ya no es desequilibrado tan sólo don Neptalí, sino todavía mucho más el comandante Mendoza, otro candidato presidencial, de quien se asegura que está demente, con su chifladura de grandeza; con sus pujos de político; con su vista inexpressiva e indolente; con su semblante inerte y misterioso...

También al coronel Juan Manuel Lasso se le califica de loco, tal vez por haber aspirado a la presidencia; pero éste es loco sabio...

Nos agradaría saber respecto a la salud de don Modesto Larrea Jijón, el candidato de las "izquierdas-oficialistas", porque es probable que se halle indispuesto con la "dolencia" de la libertad de sufragio, y que se encuentre también alienado, aunque don Modesto es loco sabio como don Juan Manuel, ilustres socialistas de lo *chic*, de la aristocracia...

No se sonrían ustedes, señores del congreso, egregios parlamentarios, ustedes que también son apolíticos, puesto que no admiten ninguna política sino todas las políticas...

Subidos a las sillas curules por obra de Julio Moreno —en esa época no se conocían las elecciones libres—, días después lo enviaron a su casa a don Julio; estuvieron con Ayora, y le repudiaron a Ayora; le exaltaron a Larrea Alba, y le abrumaron a Larrea Alba; le rodearon a Alfredo Baquerizo... y todavía no le despiden al doctor Baquerizo...

¿Estamos en una locópolis, sin rumbo fijo, sin horizonte, variando de gobierno como cambiar de camisa?...

¿Y las doctrinas? ¿las ideologías? ¿los principios?...

¡Buenas máscaras son para ocultar los rostros y prostituir las almas!...

Por eso, como un remedio al caos, la mayoría de ciudadanos han sufragado por un hombre exento de estas artimañas, aunque de ellas no pudo sustraerse a última hora, declarándose liberal... quizá para que le dejen ascender al solio.

Pero en él, conste, no seduce su liberalismo desconocido, sino —seamos francos— su defensa a la agricultura y a la industria; su genio endiablado, apropiado para devorar comunistas; su cabello esponjado e hirsuto de dominio; su vocabulario de profeta y reyentor...

Queremos, en verdad, aunque no hemos sufragado por él, que sea de complexión hercúlea, reacio, toscó; que lleve a cabo sus propósitos de encauzar al país por donde ha prometido; que esgrima en vez de espada la escoba, y barra furiosamente...

¿Pero por barrer demasiado no cayó Larrea Alba, según su propia confesión?...

Nuestros presidentes no pudieron ser reformistas violentos; fueron, al contrario, indulgentes, paternales, insípidos...

Pío Jaramillo Alvarado escribía esto: que para el solio se requiere un buen padre de familia, casi viejo, bondadoso y complaciente, talvez parecido al doctor Alfredo Baquerizo...

Y nosotros añadimos: a más de padre cariñoso de todos sus hijos los ecuatorianos, se exige de él una actitud resuelta, un programa definido, no de ideologías utópicas, sino de problemas más simples, más accesibles, más humanos...

Y si nosotros fuésemos presidentes, procederíamos así; esta es nuestra plataforma: la saben quicones sean aficionados al sufragio... para los próximos comicios.

* * *

Una incertidumbre, cual una bruma, obscurece el horizonte político.

El senador Maldonado, del bando socialista, suscita en el congreso *que don Neptalí Bonifaz no llegará al solio, porque es peruano.*

En el público se comenta: quizá una revolución, durante el tiempo que le falta al presidente electo para ocupar su cargo, no sea posible, ya que la fuerza reside en el ejército, y si éste no ampara, toda tentativa fracasa; pero no hay menester de ello, puesto que el próximo congreso le imposibilitará, basándose en la abrumadora prueba que se prepara y que atestigua su nacionalidad extranjera.

Luego, talvez con insidia, se propala el rumor de que el propio señor Bonifaz afirma que no arribará a la cumbre del país, y que ello no le importa; se irá tranquilo a su casa; él no necesita de un sitio tan enojoso, secuestrado por intereses creados y mezquinos.

Es lamentable lo que pasa.

El señor Bonifaz sea de la nacionalidad que fuese, sintetiza la aspiración de la mayoría de ecuatoria-

nos, de quienes, por rara casualidad, depositaron su voto en un sufragio libre.

Que los sufragistas no fueron numerosos, que no representan el sentimiento general del país, es otro de los argumentos de oposición.

¿Pero cómo era posible que concurran a las urnas todos los ciudadanos aptos y conscientes, cuando el espíritu cívico habíase abatido por el consuetudinario fraude electoral, y ya nadie quería participar en una vil tramoya?

¿Quién iba a adivinar que las circunstancias gubernativas se juntaron de tal modo que permitieron la libertad de sufragio por una vez?

Al haberse vislumbrado esta libertad, no cabe duda que se hubieran aumentado miles de votos a favor del presidente electo.

Los votos de los que sólo van en pos del candidato más probable; los votos de todos los fieles cristianos, comprendiendo las mujeres, que representaban las tres terceras partes de habitantes del Ecuador.

¿Por qué mantener perennemente la intriga, la mentira, y no ver la realidad con claridad, definiéndola por la imprenta?

De la verdad emana la luz, y la luz debe ser meridiana y alumbrar en público.

No rehuíamos jamás de afrontar los problemas difíciles para contribuir al mejoramiento y progreso

Sólo se comprende una vida anormal y falsa cuando las tinieblas cubren las mentes, y por conveniencia individual se busca la protección del engaño y de la fuerza, con un dominio ilimitado y humillante que corrompe a los hombres y desprestigia a los gobiernos.

La democracia es un dilema antiguo y noble; acrisolado a través de las épocas, y significa la participación directa y eficaz de la opinión pública en los destinos nacionales.

¿Pero cómo va a imponerse el criterio nacional si se renuncia al voto libre, y se aplaude la imposición, y se apela siempre a la fuerza oprobiosa y brutal?

No vamos a sostener que el señor Bonifaz sea ecuatoriano o no.

La política, según parece, se encargará de explotar su nacionalidad.

Allá, entre ellos, quiones acarician esta tesis como última tabla de salvación.

A lo que nosotros deseamos converger es a conclusiones concretas y verídicas, provenientes de la situación política actual.

No atañe que don Neptalí sea peruano, chileno, argentino, de cualquier nacionalidad indoamericana: por un momento, no examinemos su nacimiento ni su patria propia o adoptiva.

Su nombre, su persona, son detalles superfluos en este instante.

Lo que él simboliza, sin refutación alguna, es el resultado de un sufragio libre, único en la historia contemporánea de la nación; y la victoria, por tanto, de su plataforma política, cuyos relieves son: *libertad de pensamiento; ningún abanderamiento partidarístico y respeto a la propiedad.*

Combatiéndole a él, es evidente que se lucha en contra de estos postulados.

Es indudable que se anhela oponer la fuerza y la intriga a la aspiración de la mayoría.

Bonifaz, desde este punto de vista, es un simple incidente: es su programa lo importante.

Sentado este principio, reconocemos que sus tendencias aparecen revolucionarias y violentas, y que soliviantan los ánimos de los políticos que sienten vacilar sus influencias y prerrogativas.

Es irrisorio que un postulado tan sencillo y tan humano conmueva así a todo un país.

Son los intereses creados los que jamás se rinden ante el ideal de la mayoría ciudadana.

La aspiración más alta del liberalismo, la libertad de sufragio, ha sido conculcada por quienes militan a la sombra del glorioso partido que preconiza todas las emancipaciones; y, para una minoría que domina a la nación, los últimos comicios, por ser libres, son abominables, fraudulentos y perversos.

Así, retárdase medio siglo la evolución de un pueblo, rehusando acatar los dictados de la cultura, del civismo, de la honradez y de la democracia.

Ciertamente, en nuestra Constitución no se reconoce como ciudadanos ecuatorianos a todos los latinoamericanos, eslabón de la verdadera amalgama y defensa de nuestros países en contra de imperialismos exóticos.

Así debiera ser; pero ya que esto no sucede aún, por lo menos acariciemos la esperanza de que las luchas políticas no sean esencialmente personalistas, sino que sinteticen los sentimientos nacionales.

Por otro lado, es carencia de sagacidad y tino el amenazar con un total cambio del personal administrativo

Cien mil individuos que componen la clase burocrática de este país, y que contempla el hambre y desesperación en un día no muy distante, es imposible que se muestren inermes e indiferentes.

Ellos son los que manejan la comedia de la política.

Marchen serenos, ecuanímicos y despacio, señores bonifacistas, que no es fácil provocar a un avispero y a una jauría de fieras... fieras humanas.

Despacio se camina lejos.

De otro modo, se corre peligro de sucumbir antes de principiar.

Y toda esta perspectiva es angustiosa y triste para esta querida tierra ecuatoriana, digna de mejor suerte.

Suceda cualquier acontecimiento, queda en pie, incólume, la voluntad de la mayoría, el triunfo de los postulados prácticos, humanos y sencillos.

Y en medio del caos, sólo ambicionamos la buena reputación y prosperidad de la patria.

* * *

Aunque las cartas fundamentales de los países indoamericanos todavía no facultan que sus solios sean ocupados por cualquier ciudadano de las naciones hermanas o de la propia, indiferentemente; empero que aún se obsesionan los políticos por desentrañar el misterio de la cuna de los gobernantes; no obstante de trabas y requisitos, hay numerosos mandatarios de ciudadanía incierta y discutible.

Mucho se comentó respecto al general Leonidas Plaza, aseverando su procedencia colombiana, y, sin embargo, por dos ocasiones, fué presidente del Ecuador.

Evocamos este recuerdo por ser reciente y para no remontarnos a épocas anteriores y a diferentes países.

Al presente, se murmura de que el coronel Luis Sánchez Cerro, presidente electo del Perú, es ecuatoriano, de Cariamanga, conterráneo de nuestro periodista revolucionario Clotario Paz.

De ser verdad, hubiese una compensación, un intercambio de gobernantes de nacionalidad dudosa entre estas dos repúblicas limítrofes: don Neptalí Bonifaz, presidente electo del Ecuador, peruano; y el coronel Sánchez Cerro, ecuatoriano, siendo el futuro mandatario del Perú.

En el terreno de los equivalentes, queda subsanado el problema que tanto nos afecta, y ya sólo cabe el dilucidar supremacías, a fin de comprobar cuál de los dos ciudadanos es mejor y más apto, Bonifaz o Sánchez Cerro, para que sus nombres honren, más tarde, a sus patrias propias o adoptivas.

El Perú proporciona un presidente al Ecuador, y este último país, a su vez, le paga en igual moneda al primero, devolviéndole su servicio con otro equitativo, correcto y justo.

Y ojalá con este pequeño cambio o permuta ya pudiéramos poner término a esta enojosa y difícil polémica; pero es probable que no suceda así, porque no es factible que en el Perú se conformen los partidarios de Haya de la Torre, y en el Ecuador los de Larrea Jijón, Mendoza y Ruíz. (*)

Este tópico de la nacionalidad es el supremo recurso de los descontentos, y es profundo e inagotable.

Entre nosotros, se destaca como bandera de combate para la oposición al señor Bonifaz, después que se declaró liberal, y *más liberal que ninguno*, y su ideología salió de la incertidumbre.

(*) Ruíz, apellido de un peluquero, candidato comunista al solio presidencial.

Es insignia de lucha para quienes no desmayan y se rinden, pasándose pronto a las filas del éxito y enemigas; para quienes sufrieron una deplorable equivocación en los últimos comicios, luego de haber agudizado el olfato político durante treinta y seis años de régimen vencedor, y creyendo con sobrado fundamento que la libertad de sufragio era fantástica y lírica y que jamás se implantaría por estos barrios de América.

Pero, también se repudia el liberalismo de don Neptalí, no obstante que asegura haberse educado en el *colegio más liberal del mundo*, porque parece que sus contendores han obtenido patente de liberalismo, que les faculta ser los únicos y los inimitables.

En cuanto a lo de inimitables, es así, es evidente, ya que son originales y genuinos, y es imposible que hallen rivales que los aventajen.

Por eso talvez en la *ciudad de las nieves*, estrecharon las filas, apretaron el círculo, se concentraron y redujeron al arribo del capitán Colón Eloy Alfaro; y sólo a última hora, a destiempo, cuando ya estaba sembrado el rencor y antagonismo, intentaron borrar los desatinos y juntar a los liberales repudiados y dispersos.

Un acontecimiento que debió servir de lazo de conciliación, ahondó más la enemistad, en mengua del prestigio de quienes nacieron y habitan bajo un mismo cielo y el destino les señaló idéntico perímetro de actividades, no para odiarse y aborrecerse, sino para formar causa común ante los comunes peligros y las generales alegrías, y siempre unidos ser fuertes y grandes y prósperos.

El capitán Alfaro vino aureolado con el esplendor de la diplomacia: trajo como tarjeta de introducción la gloria de su padre, hombre eminente de fama continental; no iba a escoger a sus encontrados, seleccionándolos prolijamente, ya que, en este caso, quizás hubiese desechado a quienes acompañaron a los campos de Huigra, Naranjito y Yaguachi a los émulos de su padre, quienes poco después le condujeron a las piras humanas del Ejido, en donde expiró como un mártir de la libertad, purgando el pecado de ser valiente, desinteresado y patriota.

Mejor no tratemos, caros lectores, de estas cosas que encolerizan, ofuscan y entristecen.

Somos de una época posterior y podíamos estrechar la mano del hijo de la víctima sin remordimiento alguno, siempre que nos lo permitan los que acaparan el derecho de acercarse a él, aquellos políticos que en sus discursos de bienvenida lloriquean y suspiran cual Magdalenas por el fracaso electoral reciente, por el malestar que impera, por la falta de un caudillo, por el arribo oportuno, por la salvación de *los liberales de patente*, insustituibles y únicos.

En tanto, los otros liberales, los que no asistieron a la llegada, diz que van a agasajarle a la partida, y le ofrecieron un suntuoso téailable a su regreso, *con música y señoritas...*

Todo esto es censurable y ridículo: lo único digno y magnífico sería la amalgama, la fraternidad, el amor entre todos los moradores de un mismo suelo, deponiendo intrigas y venganzas, imitando el ejemplo de solidaridad de la ciudad vecina, de Ambato la pequeña y la grande...

Conjeturamos que con el diplomático Alfaro no se corre peligro de equivocarse rotundamente al aquilatar sus aptitudes, como sucede con frecuencia al suponer que son hombres eminentes quienes se alejaron del terruño y vuelven después de algunos años, adornados con virtudes desconocidas, llenos de un acervo de maravillosos conocimientos, con una perspicacia adquirida de improviso, cuando por lo común se deja el cuerpo y el alma hechos jirones durante la peregrinación por el mundo...

Alfaro, como diplomático, es sobresaliente; como gobernante y político, es todavía una incógnita; en lo que no cabe temor es en su apellido ilustre, que rememora una época pasada, y que tal vez no resucitará, de combate y de triunfo, que concluyó en una espeluznante tragedia...

Alfaro, el precursor, fué el imán de concordia entre los rebeldes y luchadores de estos arrabales de América; y Alfaro, el hijo, el recién venido, el nuevo, anhelamos que sea no sólo el talismán de unión de quienes se precian de liberales, sino de toda la fa-

milia ecuatoriana, de todos los que corremos igual suerte nacional en este rincón querido del Nuevo Mundo...

* * *

¡Bonifaz, peruano!

¡Sánchez Cerro, ecuatoriano!

¡Estupendas ironías de la suerte!

Pero se rumorea que Sánchez Cerro no es panegirista del Ecuador y que nos guarda cierto recelo y repulsión.

Con Bonifaz talvez suceda lo propio, que no simpatice con el Perú.

¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio; tu propio pariente y amigo; tu correligionario y tu paisano.

Puede suceder que estos gobernantes hagan gala de odiar a sus supuestas patrias de nacimiento en el afán de atestiguar el afecto y decisión por los países cuya administración háseles confiado.

Y en último recurso, si el Ecuador y el Perú no están satisfechos con ellos respectivamente, puede efectuarse una cordial permuta, yéndose don Neptalí al Perú y viniendo el coronel Sánchez Cerro al Ecuador, en donde se estima a los mandatarios que ostentan un grado militar, que son valerosos y que surgen de un movimiento popular, guerrero y romántico...

Aunque para confirmar la aureola de valentía que circunda a Sánchez Cerro, todavía le falta la prueba máxima que todo el mundo espera: el lance de honor con el no menos valeroso general Pedro Pablo Martínez, quien no perdona ofensas y ha viajado desde Chile en hidroavión sólo con el objeto de enfrentarse con el primero en el campo de las supremas reparaciones.

Es sensible que el cable no nos haya seguido informando sobre este encuentro sensacional y serio, que emociona en esta época de apatía y servilismo, cuando las personas ultrajadas se baten con cápsulas sin proyectil o con espadas romas, si no prefieren lanzarse al terreno de la diatriba y el pasquín para luego disculparse, resultando inocentes y limpios co-

mo Pilatos después de dictar una sentencia de martirio y de haberse lavado las manos...

Quizás el civilismo de don Neptalí Bonifaz, quien no es ni capitán, ni comandante, influya en el ánimo de sus opositores más que otros motivos que parecen poderosos siendo insignificantes.

Nuestro presidente clecto ni siquiera es doctor en medicina, cual un Isidro Ayora, o doctor en leyes, a semejanza de Alfredo Baquerizo Moreno, quien todavía dura de Encargado del Poder merced al pulso firme de su ministro de Guerra, Leonardo Sotomayor, que sin ser tampoco ni militar ni académico, no vaciló en suscribir el decreto más aguerrido y ejemplarizador de estos días, dando de baja, no obstante la amnistía concedida por el congreso, a un grupo considerable de jefes y oficiales comprometidos en el proyecto dictatorial del también coronel Larrea Alba.

Se requería bastante audacia y rectitud de parte de don Leonardo al acometer tan descomunal empresa, escogiendo los que debían ser sacrificados en aras de la sanción, a fin de robustecer la moral y la disciplina y asegurar el orden en la república.

El ministro de Guerra, que no es ni militar ni doctor y que no antepone ningún título a su nombre, no obstante, ya se va tornando expresivo y rotundo, ha elevado la categoría de los que sólo son señores y simples ciudadanos, y ya no es un demérito para Bonifaz el que le calificuemos únicamente de don Neptalí, que suena bien, lo mismo que don Leonardo...

El señor Bonifaz, saliéndose de la rutina de plataformas ideológicas y fantásticas, pretende, si le permiten, hacer "*política agraria y económica*", la cual es la ideal según una reciente crónica de Manuel Bustamante, el infatigable soñador de la prosperidad nacional y que siempre nos ve de lejos, ya sea desde la Argentina o Europa, sin atreverse a convivir con nosotros esta mísera existencia; don Manuel, decimos porque tampoco es militar ni académico, don Manuel, el cronista lejano, amonesta rotundamente:

"Levantemos en el Ecuador el gran partido agrario que se sobreponga a todos los existentes; habidos

y por haber. Que se plasmen todos en uno, dejando las ideas, las doctrinas, para el yo individual nada más, pero no para el sentir general de la patria”.

Este pensamiento lo hemos desarrollado en todos los diapasones y con frecuencia; pero no nos escuchan, no lo aprecian, señor Bustamante, a los unos por tener la reputación, que ya se ha vuelto hasta denigrante, de terratenientes, y a los otros, como usted, distinguido escritor y consejero, por juzgársele descentrado y exótico después de su larga ausencia; y en el fondo, en realidad, se desoye por conveniencia política, puesto que élla gravita alrededor de banderas abstractas y líricas, que enmascaran la ambición. disipan el tiempo, anonadan a los hombres y desorientan a los gobiernos.

Por rara casualidad contamos con un presidente electo que encarna la voluntad de algunos agricultores...

Si el doctor Ayora, elegido de primer magistrado por unos pocos militares, hubiera continuado en su cargo hasta su término, es evidente que haciendo como de costumbre una farsa del sufragio, nos legaba a Manuel Navarro, íntimo amigo suyo, de sucesor en el mando supremo.

Luego, intempestivamente, se encargó del solio el coronel Larrea Alba, y siguiendo el hábito establecido, iba a patrocinar la candidatura de su ministro Modesto Larrea Jijón; pero vaciló ante su propósito, tentado por la vanagloria de dominio propio, e intentó, en medio de la incertidumbre, proclamarse dictador...

La historia es de ayer.

En el momento de desconcierto, en vísperas ya de los comicios electorales, llegó a la cumbre de la nación el viejo mandatario doctor Baquerizo, quien empujado por la premura del tiempo, no pudo detener la marcha de los acontecimientos, auspiciando, a última hora, una nueva candidatura o a la de Modesto Larrea Jijón, que estaba comprometida con el gobierno de Larrea Alba que acababa de sucumbir.

Ni Navarro ni Larrea Jijón fueron protegidos, empero de estar próximos a la presidencia.



En este estado de cosas, se efectúa el sufragio en una forma relativamente libre que honra al país y que señala una nueva era en nuestros anales políticos.

No se le aplaude al doctor Baquerizo sin reservas, puesto que no se verificó la libertad de sufragio durante su primera administración, y en esta segunda vez la permitió por circunstancias imprevistas y anormales que han llegado para prestigio de su nombre y evolución de la patria.

De esta manera fué electo futuro mandatario el señor Bonifaz, candidato de los agricultores no políticos, que son pocos, ya que la mayoría de los terratenientes abandonan sus campos, posponiéndolos al ansia de figuración y de fáciles y crecidos emolumentos, que brinda la política en detrimento de otras aspiraciones humanas que enriquecen a las naciones en vez de precipitarlas en una bancarrota.

Por esta causa, muchos individuos de la clase agraria son adversos del presidente electo, porque se sienten más políticos que agricultores, peritos en explotar al erario e impotentes en el trabajo que requiere constancia, abnegación y esfuerzo.

No podemos ser escuchados, señor Bustamante, y nuestras palabras y consejos se los lleva el viento.

Sin embargo, se cumple un sagrado deber y se siembra la simiente que prosperará más tarde...

* * *

¿Quién aseveró que Neptalí Bonifaz era un mediano, un cualquiera, un vulgar?...

No ha leído sus manifiestos y opiniones quien sustente tan falsa conjetura.

A Bonifaz no le hemos tratado personalmente; pero su efigie nos pareció vigorosa y distinguida, y sus conceptos, cada vez que los expone, nos seducen.

Es un hombre nuevo, original, que se eleva por encima de los demás.

Sus rivales en la lid eleccionaria, Mendoza, Larrea, Carrera y Ruíz, no son expresivos y hondos; siguen la senda trillada de la política ordinaria y personal; representan la ambición absurda de un enjambre de correligionarios que, bajo pretexto de ideo-

logías mal entendidas, aspiran al dominio, sin señales de individual supremacía.

Bonifaz rompió la pauta establecida; lanza ideas luminosas y propias; define sus postulados, sencillos y humanos.

Parece que penetra en el fondo de nuestros problemas nacionales y conoce a nuestros hombres.

Para prueba, escuchadle:

"Crean que soy conservador, pero soy *más liberal que cualquiera*, porque me eduqué en el colegio más liberal del mundo. Lo que sucede es que hay aquí tantas creencias cuantos círculos existen: Larrea Jijón y Peralta, Clotario Paz y Pablo Hannibal Vela, Jijón Caamaño y Sotomayor y Luna, Larrea Alba y sus jefes, como si con estas camarillas se pudiera salvar al país".

¡Bravo, señor Bonifaz!...

Así se habla: en ello hay acierto, hidalguía y valor; eso se llama ser clarividente; a las cosas se las define por su nombre, exentos de recelos y tapujos.

Basta ya dé "poetas" modernistas, inventores de términos inusitados, de vocablos extrafalarios.

Se habla claro, puleramente, para que se nos conozca y comprenda.

Sí, señor: cada canáculo de cuatro patriotereros pretende descubrir extrañas ideologías, tendientes a fomentar el derroche y la holganza, y preconiza hasta el comunismo en su afán de repartirse y apropiarse de todo.

Un país no puede ser fuerte, respetado y grande si no se trabaja y hay garantías y seriedad y paz, si no se elimina la vocinglería consuetudinaria.

Sin aptitudes ni preparación, todos pretenden ser dictadores.

Y nunca exponen ideas justas y apropiadas, comprensibles y redentoras; y rara ocasión que hablan o escriben, usan de frases de campanario, desgastadas por el uso, utópicas, anormales, que suenan a vacío y fofa, sofisticadas y complicadas, cual jeroglíficos y cábalas.

Otras veces, ofuscan a los infelices ciudadanos con declamaciones violentas de temas metafísicos y abstractos, aspiraciones sobrenaturales de todo matiz

y tamaño, que diz que son banderas políticas en la Rusia y en la China...

Por eso, sin haber antes sido del número de sus anónimos admiradores, porque no le conocíamos, ahora nos entusiasman sus declaraciones, don Neptali.

Pero hacemos votos porque llegado al poder sus proyectos se tornen en realidades, sin suceder lo de siempre, que después del triunfo los héroes se duermen sobre sus laureles y ceden la victoria a los adversarios.

Y sus cnemigos, ya se le acercan, no de frente, con caballerosidad, felicitándole por haber obtenido el éxito en un sufragio inesperadamente libre: se le aproximan por detrás, aprovechando la primera oportunidad, valiéndose del arribo de su futuro ministro, del hijo de Eloy Alfaro.

No aconsejamos rencor y antagonismo contra ellos; pero siempre debe imperar la corrección, el carácter, la valentía, y no se estrecha la mano cuando se desafía a la contienda sangrienta y fratricida; y luego cuando no se sabe ser generoso en la victoria y digno en la derrota...

Lo que la generalidad rehusa en los postulados de Bonifaz, no es su dudosa nacionalidad, no es su protección a la agricultura, no es su tendencia anti-comunista, nada de esto: lo que no acepta es su cambio administrativo, su escoba fantástica de limpieza de la legión burocrática.

Algunos se figuran haber adquirido las prebendas públicas en subasta, y lejos de los empleos no conciben la vida y se sienten desfallecer, si se les priva de un sustento fácil, único factible.

Los músculos hánse debilitado con la pereza, y sólo se ha redoblado en compensación la flexibilidad de las lenguas, que son devoradoras y viperinas.

Y con la charla insustancial, calumniadora y anónima se pretende vanamente redimir a la acción, saciando venganzas y ensalzando los mutuos egoísmos.

Para ello también se aleja al conciudadano independiente y altivo, que no comparte de antiguos procedimientos que desdoran y avergüenzan.

Y más aún, se rehuye el compañerismo de escritores y periodistas, considerados como seres ano-

dinos y peligrosos, desprovistos de pasividad y transigencia.

Tampoco se encuentra mérito alguno en una labor artística y literaria: no se la comprende.

Un verdadero artista, según ellos, no tiene cabida en ninguna parte.

Su retrato, ni después de muerto, es admitido entre los de las eminencias políticas de una galería municipal, porque la literatura, el arte, es cosa irrisoria y baladí; sólo es apreciable, en algunos lugares, el hombre de intriga, el adalid de credos políticos y utópicos, el que se adorna de falsos brillos y se destaca en pedestal de arcilla.

¡Ah, la política!...

Política: el mal genuino de nuestra tierra, en donde nadie se conforma con no figurar en primera fila, y en no hacerle devolver al Estado, cien veces aumentada, la contribución que en alguna forma háse abonado forzosamente.

"El Estado para todos y nadie para el Estado", he aquí el dilema que nos abruma.

Acepten los ecuatorianos la certeza de que la administración pública no alcanza para todos; que los dirigentes deben ser los mejor preparados, con antecedentes honrosos y limpios; y que para los demás empleados debe crearse la carrera administrativa, para que sean idóneos y no se les reemplace sin motivo.

Hágase patria, después de un siglo y pico de nuestra independencia...

* * *

En el centro de la república ya no se habla de partido liberal: otras agrupaciones políticas, auspiciadas por jóvenes intelectuales —escritores en la prensa—, vinieron a empañar el histórico emblema de las rebeldías, pretendiendo desprestigiarlo y destruirlo.

Las minorías parlamentarios y de oposición han sido definidas, especialmente en España, como el contrapeso de izquierda, contrapuesto a la mayoría de derecha, destacándose en las lides oratorias y polemistas y equilibrando la balanza gubernativa.

Este término —bastante sospechoso y discutible— fué luego trasplantado a América: sin duda les agradó a los mozos de “vanguardia”, de “avanzada”, juzgándolo sonoro y apropiado para la conquista de sus ambiciones.

Considerándole al izquierdismo desde este punto de vista, no puede comprenderse en sus dominios el partido liberal, el cual, desde 1895, se halla en el poder y representa el sistema político triunfante, es decir, las huestes gobiernistas de derecha.

El liberalismo, pues, ha constituido el derechismo político desde hace muchos años hasta la presente fecha.

Más acertadamente, al grupo conservador y opuesto de nuestros congresos, durante el dominio liberal, debía habersele calificado de izquierdista.

Pero la juventud ecuatoriana extremista y combativa —sedicnta de innovaciones bruscas y desusadas— ha adoptado el vocablo izquierdista en la acepción, también castiza, de radical; y para manifestar que son netamente radicales se llaman izquierdistas.

¡La moda de 1932!

¡Al variar de métodos también se quiere introducir otros vocablos!

¡Por algo nuestros noveles plumarios son revoltosos, no rebeldes, y parlanchines, no espadachines, y anhelan transformar el mundo con versos de avanzada, futuristas, de matices cabalísticos y misteriosos!

Y a los liberales bien definidos en el Ecuador se ha intentado y casi conseguido que nos cambiemos, por arte de magia, en izquierdistas, y, por la razón o la fuerza, se nos hace inmiscuirnos y figurar en la famosa “Compactación de izquierdas”, creación maquiavélica de quienes buscaron la destrucción del liberalismo, sacrificado en una celada, anonadado en aras de tendencias anarquizantes, vencido sin batalla, sin gloria, sin honor.

En defensa del partido liberal llegó un momento espectacular y sombrío, cuando tuvimos que deponer rencores y discrepancias y ampararnos todos bajo su sombra protectora y benéfica, para superar, en el campo de combate, al bando enemigo, en donde, fatalmente, también combatían numerosos liberales, de-

repcionados de la apatía liberal que sucumbía y se ofuscaba al lado de los demás "izquierdistas", el socialismo de nuevo cuño.

Y, por un instante, el instante supremo, olvidóse el término izquierdismo, y entonces desaparecieron incomprendiones y desigualdades, se salvaron abismos profundos y tétricos, y, sólo así, acudieron los batallones a la contienda y se derramó la sangre por la defensa liberal y el porvenir de la patria.

Como algo anodino que es un signo de la época que corremos, se anota la aparición de socialistas y comunistas clericales, retrógrados apasionados en materia religiosa, y que, no obstante, esgrimen ciertos postulados modernistas para deslustrar al liberalismo —partido esencialmente anticlerical— y usurpar su inveterada supremacía.

De ahí que muchos individuos, apostólicos y romanos, hijos de beatas, educados con esmero en las sacristías y confesionarios, se declaren enfáticamente izquierdistas, pero nunca, jamás liberales, menos radicales, ya que, para ellos, radicalismo significa infierno, condenación.

Y semejantes ingredientes políticos, que examinados disponen como materia prima apego al clericalismo y odio al capitalismo, impotentes en la lucha por la vida, envidiosos por temperamento, perczosos por atavismo, semejantes ingredientes o factores de la vida nacional, han proclamado las tendencias exóticas de la Rusia caótica, pero apegados a la Iglesia Católica, adversarios del librepensamiento que ostenta el liberalismo, y de su tendencia de amplitud y afinidad que acepta todas las evoluciones y progresos del orbe.

El 9 de julio de 1925, en una revolución incruenta y memorable, se encarnó el socialismo, un socialismo furioso y demoleedor, que, sujeto a pasiones e intemperancias, ya nos iba conduciendo a un abismo y que concluyó su dominio con el período presidencial de Ayora, asesorado por el ministro Julio Moreno, dictadores en miniatura y autores de la crisis económica y social y política de nuestro país.

Entonces surgieron, como en una avalancha de aves emigratorias, los izquierdistas-clericales, los con-

servadores disfrazados de revolucionarios, los que, a la sombra del futurismo, engendraron la disgregación del partido liberal, que por un ápice sucumbe y se anonada, víctima de una emboscada, engañado alevosamente.

El liberalismo ostenta y proclama, entre sus postulados de igualdad y de justicia, la libertad de sufragio, el respeto a la opinión pública y ajena, y no puede amedrentarse al consertirla y practicarla siempre que sus huestes se hallen disciplinadas y unidas, siempre que no intervengan, como disociadores, pequeños círculos antagónicos y maquiavélicos, que penetrando en sus fueros, pretendan desfigurarlos, dispersando a sus afiliados —la mayoría de sufragistas— por caminos diferentes, en pos de candidaturas que ofrecen garantías liberales y patrióticas, ocultando la contextura ultramontana, retrógrada y clerical que les anima.

Al amparo del liberalismo se unificarán los espíritus rebeldes, las nuevas generaciones, las conciencias libres, formando una fuerza avasalladora que se impondrá fácilmente.

Y a eso convergemos, a eso llegamos, a la consolidación del liberalismo en el poder, brindándonos paz y concordia, garantía y protección, perdón y olvido.

* * *

—De no aceptarse mis condiciones, correrá en Quito sangre hasta tocar al tobillo— anunció el expresidente electo ante la eminencia de su *descalificación*.

Bonifaz no engañaba, no mentía: fué un hombre veraz, íntegro hasta cuando se trató de delatar sus faltas, sondeando su desconocida vida anterior.

Sincero, reveló su "despreocupada juventud", aceptó su desliz de dualidad nacional, afrontó la tormenta, quiso vencer o sucumbir en el campo de la verdad; es impotente para la tramoya y la farsa; desde este punto de vista, por este concepto, no es un político a nuestra usanza, y él mismo, con sus propias manos, levantó el patíbulo en donde debía expirar.

Su silueta de hombre afortunado, terco y sobrio, honrado y aristócrata, propietario y rico, linajudo y caballeroso, apto y desinteresado, fué un fantasma pavoroso, hizo temblar, estremecerse a sus adversarios, quienes vislumbraron en él un tirano a lo García Moreno en el Ecuador, a lo Sánchez Cerro en el Perú y a lo Gómez en Venezuela.

Es digno de anotarse el hecho de no habersele imputado, en ocho meses de arremetida, ninguna claudicación o deshonor que amenguara su prestigio, y que la única arma de combate en su contra fué su indefinida y sospechosa nacionalidad.

Este era el argumento legal y patético que sugestionó a las muchedumbres, oponiéndole una barrera infranqueable a la conquista de sus aspiraciones; pero la causa efectiva era otra: la oposición mental de los cerebros innovadores, de quienes buscan reformas socialistas; y la avalancha política de los que perdieron las últimas elecciones presidenciales, militando en las filas de Modesto Larrea Jijón, candidato más definido en sus principios doctrinarios y postulado en una asamblea social-liberal-radical y, ante todo, gobiernista, de esa época.

En el segundo día del sufragio popular para presidente de la República, por primera vez don Nephtalí declaró ser liberal: antes de ese día, se manifestó apolítico, nacionalista y, en consecuencia, tuvo partidarios de diferentes agrupaciones doctrinarias, y entre ellos, sin lisonja, muchos liberales definidos e independientes, que, al principio, depusieron la intransigencia partidarística en ofrenda sagrada ante los más caros intereses de la patria: honradez administrativa, energía, abnegación y competencia.

Al intentar hacer historia, es un requisito despojarse de miras personales y relucir la verdad, obteniendo consecuencias lógicas y razonables por encima de las pasiones vehementes y ciegas de los hombres, que les impide examinar con claridad acontecimientos recientes y más aún siendo protagonistas.

Nosotros, por rara casualidad, hemos permanecido alejados de los vaivenes y del vendaval político; nosotros hemos sido siempre liberales, y nuestro liberalismo asimila y acepta los avances sociales y mo-

dernos; nosotros contemplamos el panorama con estoicismo y nos juzgamos capacitados para definir los sucesos sencilla y llanamente, amainando las venganzas y serenando el ambiente.

Habiendo en cuenta estas circunstancias, hablamos claro y con circunspección; no herimos las apreciaciones de los demás con saña y porfía, sino que enmendamos los errores y aplacamos las pasiones enfurecidas del momento caótico que atravesamos.

Bonifaz no obtuvo el asentimiento de la costa ecuatoriana, que siempre le fué antagonica; Bonifaz fué un candidato serrano, genuino y propio, que enardeció a las masas interandinas hasta el delirio, despertando el espíritu cívico alcegado por los fraudes electorales y la imposición oficial.

La nueva Constitución nacional garantiza, en forma inusitada, la libertad de sufragio; y producto de un comicio relativamente libre y único en los presentes anales políticos del país, resultó el triunfo de la candidatura de don Neptalí.

Si aceptamos como auténtica y verídica esta aseveración ¿por qué tanto desconcierto y encono? ¿por qué su repudio en el congreso?

Al comienzo de este escrito, ya enunciamos la respuesta: Bonifaz encarnó una victoria numérica, de indiscutible mayoría de votantes; pero él, en cambio, mereció el rechazo de la juventud innovadora y de la formidable legión de derrotados en las elecciones: políticos empedernidos y astutos; empleados públicos sempiternos y aspirantes a las prebendas gubernativas; amigos de sistemas caducos y desprestigiados, que medraron a la sombra de gobiernos pasados, de ingratos recuerdos.

Pero en la costa la situación política ofrecía otros matices y marcaba tendencias diferentes.

En la costa una inmensa mayoría se adhirió al comandante Mendoza, también pretendiente del solio presidencial, que personificaba los postulados sociales y democráticos, dentro de un radicalismo impoluto.

Mendoza no conmovió el altiplano, así como Bonifaz no entusiasmó la costa, resultando, de este modo, ser Larrea Jijón el contrapeso de la disputa, quien podía equilibrar la balanza del litoral y de la sierra.

No obstante, Larrea Jijón no dispuso de la totalidad de votos de los adversarios de Bonifaz, porque, como hemos dicho, Mendoza y otros candidatos menores le restaron su contingente en los comicios electorales.

Y, por otro lado, el liberalismo se subdividió, especialmente en el altiplano, sumando su aporte al triunfo numérico e irrefutable de don Neptalí Bonifaz.

Nosotros no pretendemos concatenar una apolo-gía del ex-presidente clecto ni de sus ex-candidatos rivales de las postreras elecciones; nosotros, en la presente ocasión, tratamos de aclarar los acontecimientos políticos, adoptando un trozo rectilíneo e investidos de la ecuanimidad que ha desaparecido del campo intelectual en las fechas que vivimos.

¿No son fruto de las enconadas pasiones los tér-minos que a cada momento se leen de traidores, godos, clericales, zurdos, apátridos y ladrones?

¿No repugna a los hombres sanos y cultos que el lenguaje se exagere y que se tergiverse la verdad?

¿No es un atentado el desorientar y entorpecer el criterio público para que luego se ignore la causa de las reacciones y del auténtico sentimiento nacional?

Con esta pequeña disertación, proseguimos en nuestro tema.

La campaña intelectual que arremetió a Bonifaz fué furibunda, intensa, admirable.

Fué admirable, repetimos, porque el raciocinio mental se difundió por los ámbitos del país, agrupando prosélitos y restando adictos al presidente electo.

El fundamento fué la carencia de nacionalidad ecuatoriana, requisito indispensable para el desempeño de la primera magistratura.

Nosotros, como todo verdadero socialista, no hacemos hincapié de tan mezquina condición, que retrae y constriñe al hombre, exigiéndole que sea sólo miembro de la nación en que ha nacido; nosotros quisiéramos la abolición de fronteras y de aduanas y de patrias, y que los hombres sean amplios, generosos, humanos, ciudadanos universales, hijos del planeta Tierra; y, en consecuencia, nosotros aceptamos, aunque no se determine en nuestras cartas fundamen-tales, que las presidencias sean desempeñadas por

personalidades internacionales, dignas de semejante encumbramiento.

Pero los socialistas que en teoría admiten este principio, en la práctica proceden de modo diferente, y se transformaron en nacionalistas, doctrina adversa y contraria, y fueron los más vehementes y ofuscados propaladores de la falta de nacionalidad del señor Bonifaz.

Esta lucha se sustentó con una base, como se ve, insidiosa y apasionada: muchas personas todavía creen, sin ser consecuentes con sus nobles postulados, que todo procedimiento, por deslayado que fuere, es adecuado para combatir y vencer.

Cundió la desconfianza en todos los corazones, en donde radica el estrecho sentimentalismo de cuna, y luego culminó en el Congreso Nacional, compuesto, en su mayoría, de ex-partidarios de don Neptalí, quienes le volvieron la espalda y le declararon incompetente para ocupar el solio, en la memorable sesión del 19 de agosto de 1932, que quizá por vez primera en la historia de Indo-América resolvió un asunto de semejante magnitud, descalificando al personaje que obtuvo el triunfo en un comicio electoral.

¿Qué podía esperarse de un cambio de frente tan brusco, que truncó las esperanzas de la mayoría de sufragistas y que, en un instante dado, sopló un enjambre de ambiciones, fomentando pasiones y rivalidades?

Sucedió el fatal pronóstico de Bonifaz: "correrá la sangre hasta tocar al tobillo".

Mas de mil vidas de ecuatorianos se segaron: el canto macabro de la metralla repercutió en el espacio; los proyectiles horquillaron con precisión; se propagó el hambre, la sed y la locura; se enlutó el capuz de los cielos, después de esfumarse las nubes de sangre y de silenciar la tempestad de la muerte...

¿Quiénes sucumbieron en los campos de batalla?

¿Quizás los caudillos, los instigadores, los peñolistas insignes, los parlamentarios magníficos, los aspirantes al capitolio y a las grangerías públicas?

¡Quí! ¡Colosales injusticias! ¡Sofismas y metáforas! ¡El mundo que rueda, siendo siempre el mis-

mo, con las farsas de los hombres como lábaros benditos, como emblemas de combate!

Fallecieron los humildes, los disciplinados, los inconscientes, los desesperados, los valientes, los menesterosos, los desdichados, los dignos... los que fallecen para que otros vivan; los que gimieron para que otros rían; los que marcharon a la hecatombe para que otros surjan y canten victoria, aprovechándose del sacrificio de los demás.

Es la historia que se repite y continúa: son los episodios de los hombres, las fieras humanas, más sanguinarias y crueles que las de las selvas.

Y don Neptalí Bonifaz, luego de realizarse su anuncio y habiéndose sellado con un lago de sangre hermana su descalificación, desapareció del escenario político, tuvo su muerte civil.

Hoy los individuos que se mueven en el tablado son los mismos de antes, los de siempre.

¿Redención económica? ¿Bienestar? ¿Adelanto?
¿Libertad de sufragio?

Ojalá no sean mitos y cábalas; ojalá no hayamos regresado a fojas primera.

¿Latifundios? ¿Capitalismo? ¿Monjas? ¿Curas?
¿Se habla en broma o en serio? ¿Son visiones o problemas?

Nosotros quisiéramos que los latifundios se parcelen y subdividan, que se abra el surco y se riegue la simiente hasta en el último terrón, pero nuestro país es despoblado, pero no hay emigración, pero la vida en el campo es triste y desesperante; y, al presente, la agricultura no remunera los sinsabores y el sacrificio; y la verdad es que los profetas de la redención social no son abnegados para ser campesinos, ni humildes para desprenderse de la holganza ciudadana, ni valerosos para rehusar los empleos y canongías.

¿O se quiere explotar a la raza indígena en la parcela que se la administre desde la ciudad?

Pero esto no es socialismo, ni redención, ni progreso.

Hablar de capitalismo en medio de tanta penuria, sin crear antes la moneda, sí nos parece un cuento, un absurdo.

Y, por ende, los frailes y las monjas de quienes tanto se comenta, son fantasmas intrascendentes, y, muchas veces, se educan en sus colegios los hijos de quienes más abusan de sus nombres, considerándoles cual pavorosos enemigos.

‘Después de la tempestad viene la calma’: confiemos, patrióticamente, que la actual disputa, después del escándalo y del dolor, no sea una mera contienda de pasiones mezquinas, que algo prevalezca de los idealismos y palabrería, para que no sea el holocausto estéril, y que, más tarde, no venga una reacción poderosa, avasalladora, que, una vez más, enuncie los postulados de justicia e igualdad y reivindicación social.

Así termina una de las más interesantes páginas de nuestra historia contemporánea.

LA MEDULA DE LA SUBLEVACION 1932—1933

Como corolario del proceso de descalificación y muerte civil de don Neptalí Bonifaz, asalta el poder, audazmente, el doctor Alberto Guerrero Martínez, presidente de la cámara del senado, alegando que no existe ningún gobierno; y, en consecuencia, no hay un ministro que, en el orden que indica la Constitución, deba asumir la dirección del Estado.

La verdad es que sucumbió el orden legal con la deplorable, incomprensible y apasionada descalificación de Bonifaz, quien estaba elegido para ocupar el solio por la espontánea voluntad de la mayoría de ecuatorianos; y triunfo un golpe de fuerza armada después de sangrienta lucha, encabezada por el congreso y jefes del alto comando, con Guerrero Martínez de caudillo, todos temerosos de que termine la personal explotación de las arcas fiscales y el favoritismo gubernamental.

El nuevo encargado del mando quiere asegurar, sin dilaciones, el poderío de las viejas y nuevas conveniencias, y provoca unos comicios a la antigua usanza, impuestos y vergonzosos, de cuyo resultado

nace la candidatura y la inmediata presidencia de Juan de Dios Martínez Mera, representante de los intereses creados de sus atláteres y partidarios.

No se espera un año, al congreso siguiente, para posesionarle al flamante mandatario, sino que se prolonga el período de sesiones de las cámaras y se le califica y se le entrega las riendas de la nación a este personaje brotado de improviso, por obra y gracia de torcidos procedimientos y del engaño y la traición.

Como lógica consecuencia de estos sucesos, estalla la revolución del 18 de mayo de 1933, o sea pocos meses más tarde, que fué develada fácilmente, no por el prestigio de Martínez Mera, sino por el aún mayor descrédito de la causa que sostuvo y proclamó: un anarquismo enfurecido con máscara de un socialismo culto y reformista.

Pero era imposible que este mandatario hubiera podido mantenerse en su cargo, habiendo en cuenta el origen espúreo de su gobierno y el progreso del país, que, a pesar de tantas vicisitudes, sigue el diapasón de marcha de las demás repúblicas hispano-americanas.

El congreso del mismo año, es decir, de 1933, anhela sacudirse del sopor y del fraude que le caracterizó en 1932, siendo integrado por los propios componentes, y le destituye, acusándole de actuación antipatriótica, de ineptitud y otras razones denigrantes, al hombre que le encumbraron últimamente y que lo creyeron adecuado para reemplazar a don Neptalí Bonifaz.

La sanción no se hizo esperar y descendió de las alturas, con marca de desprestigio, el comodín seleccionado por Guerrero Martínez: el señor Juan de Dios Martínez Mera.

Llegada la historia ecuatoriana a este punto, se encarga del poder, interinamente, el doctor Abelardo Montalvo, quien, como lo hizo el doctor Alfredo Baquerizo Moreno en idéntica situación, ampara, obligado por el ambiente público, pero en forma irreductible, otros comicios libres y dignos de encomio que enaltecen a la nación, en cuya función cívica obtiene

la victoria el sobresaliente parlamentario doctor José María Velasco Ibarra.

Antes de pasar adelante, hemos de consignar, aunque sea en pocas líneas, la precipitación e intemperancia de la insurrección del 18 de mayo, puesto que pretendió inundar de sangre e incertidumbre al Ecuador en un momento sumamente delicado de política internacional, cuando era eminente la ruptura de hostilidades entre Colombia y el Perú, emanada por la disputa oriental del territorio de Leticia, comprometiéndolo de hecho nuestros vínculos con las dos naciones fronterizas y arriesgando nuestra autonomía e integridad.

Es menester, por otro lado, sentar constancia de lo voluble, indecisa y violenta que ha sido la política interna en el corto lapso de dos años, desde el congreso de 1931 al de 1933.

Ojalá, para bien de este suelo que merece mejor suerte, entremos en una era de estabilidad pública, pulcritud social y administrativa, clara comprensión del destino que nos espera en el rol continental, y haya paz y garantías y —¿por qué no decirlo?— ingresemos también en una etapa nueva, que ponga punto final a la caótica época *juliana*.

* * *

A la una de la mañana del día jueves, 18 del mes de mayo de 1933, nos despertó el tropel del batallón Carchi y los gritos de "¡Viva la patria! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el Carchi! ¡Viva la Artillería Sucre! ¡Abajo los masones! ¡Viva Larrea Alba! ¡Viva la república!"

En ese momento deploramos que se desprestigie al Ecuador una vez más, en una época de zozobra internacional.

Al amanecer de aquel día llegaron a nuestro conocimiento las primeras noticias.

La tropa del Carchi, unida a una apasionada muchedumbre, había apresado a las autoridades, a varios políticos y a los jefes superiores de las unidades militares de esta plaza.

No se sabía el ideal revolucionario; pero comprendíase, desde el primer momento, que la tropa no quería, rehusaba la cooperación ciudadana.

Dos o tres fueron los civiles conocidos que se unieron al movimiento. No obstante, después del fracaso, innumerables de éstos son el blanco de persecuciones y venganzas rastreras.

El móvil revolucionario parece que no ha sido otro que el robo y la extirpación de los masones.

La cantidad de dinero que se apoderaron los cabecillas del movimiento asciende, según se sabe, a cincuenta y dos mil sucres, tomados de la sucursal del Banco Central en Riobamba. Este dinero fué para exclusivo beneficio de los tres o cuatro insignificantes directores.

Se requisó todos los automóviles, camiones y muchos caballos.

Se consumió, sin abonar un centavo, gasolina y aguardiente.

Mientras tanto, la ciudad vivió horas de incertidumbre y angustia.

No se aceptó la participación de civiles, y, por esta circunstancia, se presentía pactos y combinaciones dentro de la tropa de aquí y de otros lugares de la república.

Se decía que no llegarían a combatir...

Se comprendió que se trataba de un golpe comunista-conservador, por la sed de apoderarse de lo ajeno y por el odio al masonismo.

Hubo tal desorganización y carencia de gente de prestigio, que era fácil prever el desenlace.

El estrepitoso y prolongado balaño de más de doce horas en las cercanías de esta ciudad, es algo incomprendible y misterioso: millares de proyectiles que han explotado, y, como única consecuencia, unos doce muertos, incluyendo los curiosos, y unos treinta heridos.

Con tanta bala de cañón, metralla y fusil y con más de mil combatientes, cualquiera se figura una verdadera hecatombe...

El desastre sólo consiste en las persecuciones y venganzas de que, a la postre, son víctimas numerosas personas que talvez desearon, privadamente, el

derrumbamiento del régimen actual; pero que, en ningún caso, de ninguna manera, participaron en la célebre y famosa contienda de la tropa rebelde con cuatro pequeños militares a la cabeza.

* * *

CHISTE DE LA REVOLUCION:

—¿En qué se parece Riobamba a Chicago?

—En que los ladrones trajinan en automóvil.

* * *

Pocos somos los ciudadanos que desde el primer momento hayamos rechazado la insurrección.

Y la hemos rechazado, virilmente, ya que no obstante de ser buscados para cooperar en su causa, no prestamos nuestro contingente y nuestro nombre.

Jamás supusimos que hubiese estallado una revolución en época tan inoportuna, cuando absorbe el problema internacional y la defensa de la patria.

Y sin el apoyo y dirección de uno o más hombres de prestigio, en medio de la mediocridad y egoísmo de sus cabezillas, era evidente que el intento había de fenecer.

Los liberales y radicales que estuvimos viviendo sobre un volcán de pasiones, corrimos un peligro inminente: fuimos señalados como las primeras víctimas.

No se comprende cómo puedan fundirse y amalgamarse elementos divorciados y antagónicos, tales como el comunismo —socialismo mal entendido— y el odio clerical o conservador; sin embargo, esta es la realidad: la sed de mando, la ambición de poder, une, armoniza y confunde las opuestas aspiraciones; pero, a la postre, nuevamente las separa y las enfrenta, estallando el caos y el anarquismo.

De la palabra pueblo se abusa tanto que ya va perdiendo su significado de clase proletariada, y ya aparece cual la definición de masa ignara e inconsciente, dispuesta a la venganza y al sacrificio, a ser el eterno pedestal por donde ascienden los explotadores de la fuerza bruta y de la sangre ajena.

Odio a los masones; odio a la gente independiente y laboriosa; odio a los espíritus rebeldes y libres.

Amor a la destrucción y al estancamiento; amor a los dogmas incomprensibles y al incienso de los templos; amor a la ociosidad y a la inercia, a usurpar el fruto del trabajo de los demás.

¡Qué ideales tan peregrinos! ¡Qué bandera tan absurda e incomprensible!

Las beatas simpatizaron con la insurrección por extirpar a los masones; y los dirigentes de la revuelta combatieron a los masones únicamente por apoderarse de sus empleos y reemplazarles con sus propias personas.

Y así, las beatas y los conservadores, toda la hermandad católica, danzó de júbilo ante la perspectiva del degüello de ateos, liberales y masones.

Y los otros, los políticos, explotaron del elemento ultramontano, utilizándolo como arma de venganza; pero, al mismo tiempo, proclamando el comunismo. ¡Infelices liberales!

Nuestros nombres ya estuvieron registrados para servir de pasto de los nuevos reformadores.

Y lo más curioso estriba en que toda esta muchedumbre híbrida no sólo embiste a quienes están en el mando y disfrutan del erario, sino también a los que somos independientes y no apoyamos ideas torpes y procedimientos indignos.

La tropa desenfundada, la jauría clerical, los cacecillas hambrientos y menestrosos, se compactaban a la sombra del socialismo, denigrándolo, para conducirnos al patíbulo.

Después del combate, llega otra vez la ofuscación y el desconcierto, y los vencedores no solamente persiguen a los culpables, sino también a los inocentes, a quienes somos rebeldes por temperamento e independientes por atavismo, y nunca nos inclinamos ante la insidia de los unos y el despotismo de los otros.

Ahora, imploramos conmiseración para con los aprisionados y afligidos, para aquellos que corrieron tras una loca fantasía, para los que siendo inocentes aparecen cual culpables, merced al polvo de la derrota y al capricho de la victoria, que siendo femenina es veltidosa y cruel.

* * *

Al cabo de una semana de oscuridad y desconcierto, recién es factible penetrar en el problema de la revuelta.

Sin eufemismos ni reservas, ya se sabe que fué el socialismo la bandera de combate.

¿El fracaso? La carencia de dirigentes. La falta de un caudillo de prestigio, colocado al frente de su obra.

No es lógico suponer que un movimiento armado y poderoso como el de Riobamba haya sido repentino e imprevisto.

Al contrario, tuvo su gestación lenta y premeditado estallido.

Pero sus elementos directivos permanecieron ocultos en las tinieblas, lejos de los combatientes, esperando el triunfo para apoderarse de él.

Hasta la ideología fué escondida maliciosamente, y, en medio del caos, sólo los comprometidos conocían el fin que les animaba.

Por esta causa nació la confusión y llegó el desastre.

No sabiendo la tendencia socialista que impulsaba la contienda; juzgando que el golpe era asestado al actual presidente de la República exclusivamente; coligiendo un brusco y anodino levantamiento militar sin causa que lo justifique ni jefes que lo representen, varios ciudadanos buscaron hombres de importancia, apreciados y queridos, para que se pongan al frente, afronten la situación desesperante, defiendan algún ideal y corran el peligro.

Pero el propósito era vano: la causa existía; los cabecillas se ocultaban, maniobrando en la incógnita, luego de haber inculcado sus principios y haber lanzado al abismo a sus múltiples secuaces.

Tres brillantes unidades del ejército nacional fueron abandonadas, conducidas al sacrificio estéril y exterminadas sin honor.

Hay oficiales aprisionados y quejumbrosos; hay mujeres desamparadas y abatidas; hay niños que lloran e infunden dolor.

A estos oficiales les espera el presidio y la deshonra.

Una cohorte lúgubre de ex-soldados ha truncado su carrera y marcha hacia lo desconocido con rumbo incierto, la razón ofuscada, la pesadumbre en el rostro.

Angustia y lágrimas; arrepentimiento tardío; maldiciones y juramentos.

Pero a los dirigentes diz que les enorgullece el haber aupado una ideología extremista; haber rechazado el contingente de "los logreros", de quienes talvez hubieran expuesto el pecho ante la metralla y contribuido a la victoria...

Mejor que así sea, en lo tocante a la suerte de semejante intento.

No es la burguesía ensimismada y pretenciosa; no son los hijos ingratos de propietarios ricos; no son los nobles empobrecidos y maldicientes; no son los tránsfugas de los gobiernos, aquellos que más tarde surgirán con el pueblo, porque no le pertenecen, y fundarán el régimen del proletariado americano.

Es el mismo pueblo de donde provendrán sus apóstoles y conductores, luego que se alimenten en las fuentes de la ilustración y aprendan a defenderse y gobernarse.

Mientras tanto, el pueblo es la víctima sempiterna de los ambiciosos que pretenden escalar el poder, para luego ser escarnecido y vilipendiado.

¡Burgueses socialistas! ¡Socialistas católicos! ¡Socialismo que aspira a comunismo! ¡Y, en realidad, sed de mando, odio a los semejantes!...

Los prudentes y astutos directores quizá preparan un segundo intento; el fracaso no les desalienta; están más ciegos e iracundos.

Pero quienes creyeron en utópicas doctrinas y ejecutaron la consigna, ahora lamentan el engaño; y las mujeres lloran; y los niños mueren; y la patria se avengüenza y se aniquila.

¿Valdrá una dudosa ideología las lágrimas vertidas?

¿Valdrá tanto dolor el encumbramiento de los hombres que abandonaron a sus compañeros, esperando desde lejos la victoria?

Contestad serenamente a estas preguntas sencillas.

* * *

Como por obra de magia y encantamiento, todavía existimos un grupo de espíritus rebeldes y libres que tremolamos la divisa liberal.

Y hago hincapié en el término todavía, ya que, al cabo de 38 años del advenimiento del liberalismo al poder, el ambiente nacional ha variado de tal modo que es admirable cómo aún domine la insignia de Alfaro y de Montalvo.

Se comprende que en las filas de este partido han militado hombres recios y capaces; que sus principios han sido saludables y benéficos; que los cimientos fueron sólidos y desafiaron el devenir de los tiempos.

Más de un cuarto de siglo que el emblema liberal háse mantenido enhiesto, no obstante el vendaval inclemente que intentara abatirlo y exterminarlo.

¿Podrá resistir en adelante la tenaz oposición?

¿No habrá sonado ya la hora de su caducidad y agotamiento?

¿No morirá como mueren todas las empresas, por grandiosas que sean, y todas las cosas terrenales?

He aquí las preguntas que brotan a flor de labios, humillando e hiriendo a las almas pusilánimes; y enardecido, vigorizando, a los paladines de una causa que fué noble en sus comienzos y que es veneranda y cristalina en su madurez; y que por sus méritos y virtudes, conviene que se fortalezca y perdure.

Su enemigo legendario, el bando conservador, cree llegado el momento propicio para acometer, y agita sus banderas y sopla sus trompetas, recogidas en los campos de derrota del año 1895 y desempolvadas y recompuestas en la época actual, cuando se considera que el liberalismo ha llegado a su edad propecta y que sólo es menester empujarlo para provocar su exterminio.

Pero no es sólo el impetu y acometividad de las huestes conservadoras las que intentan su ruina, sino, más aún, el vigor juvenil y la ingratitud e inconsecuencia de su hijo predilecto y mimado, el núcleo socialista, nacido de sus propias entrañas y alimentado con su misma sangre, para que, con el transcurso del tiempo, sintiéndose ya emprendedor y vi-

sionario, audaz e intransigente, se ofusque su razón, y pretenda cometer un parricidio, surgiendo de en medio de las cenizas de su progenitor.

Y en tanto que el vástago pródigo e ingrato anhela sepultar al padre, todo desprendimiento y dulzura, el rival perenne aviva la discordia y apresura el crimen, vengándose con mano ajena y embriagándose de júbilo ante el feliz éxito de la tramoya; juzgando serle más fácil vencer al núcleo inexperto y apasionado, sediento de poderío y de acción, el cual, por su violencia y prematuro encumbramiento, es evidente que recibiera el rechazo y la protesta de una enorme mayoría de ecuatorianos y no conseguiría imperar sino sobre cadáveres y sangre, merced al terror que infunde una desastrosa tiranía; y que luego se implante, por primera vez en América, un régimen anodino de la burguesía comulgando y confundida con la clase proletariada, soliviantada y altanera por obra de quienes explotan su nombre y su fuerza para arribar al poder, y que, puesto que no provienen del verdadero pueblo, no le fueran adictos ni salvadores.

Y buscando el debilitamiento y fin del régimen liberal, se perpetran desafueros y se urden emboscadas que perturban y abisman...

¿Cómo se explica una insurgencia socialista como la acontecida en esta ciudad últimamente, en la cual se proclamó el odio y la extirpación de los masones en primera línea, empero que muchos de los comprometidos pertenecían al masonismo?

¿Y el núcleo de avanzada, autor de la sublevación en contra de la bandera liberal, no respeta el libre albedrío y se atemoriza y repele a una sociedad como la masónica, adversaria inveterada del clericalismo?

¿Armoniza, entonces, con los postulados del conservatismo, y sus aspiraciones son idénticas?

La médula del problema, la clave del misterio, consiste en la ambición de mando de cada uno de los partidos políticos; y que, para obtenerlo, recurren a los medios más absurdos, que les precipita en un caos, y a continuación se desmoralizan al examinar su obra, llena de contradicciones e inconsecuencias.

Y es tan sólo un afán de medro personal lo que hay en el fondo de ciertas ideologías políticas, habiendo en cuenta que los hombres que parecen más convencidos, en un instante dado, cuando obtienen del presupuesto una prebenda cualquiera, repudian a sus enunciados y a sus compañeros y se adjuntan a la burocracia pasiva, indiferente y a veces traidora.

En Indoamérica sus habitantes y sus costumbres generalmente emanan de idéntico origen latino, y, por tanto, siendo sinceros, más cerca nos hallamos de Roma que de Moscú, reconociendo, sin embargo, que estamos lejos de ambas ciudades-símbolos.

Comprendemos la religiosidad que brota del cristianismo, rechazando sus fanatismos y predominio y hasta negando su sapiencia; pero no penetramos en el secreto y bondad de tendencias anárquicas y claves inhumanas, aunque nuestros espíritus sean propicios a todas las reformas y evoluciones sociales.

El socialismo puro y sereno no arredra ni encona, y, al contrario, se asimila con el liberalismo, como una evolución natural de sus principios.

Pero no sucede lo mismo con el arrebato socialista que ingresa y desaparece en el partido anarco-comunista, sin deslindar su campo de acción y sin definir su cometido.

Y no se admite cómo, aunque sea momentáneamente, estos emblemas de combate y de evolución humana se unifiquen y fraternicen con la divisa conservadora, que es adversa y antagónica.

Sólo la ambición individual puede entreverar un mundo opuesto de odio y contradicción.

Pero también es factible que este fenómeno, en parte, nazca del bando conservador, que es avesado en la lucha secular y que sabe que hay que desunir para reinar.

Cuando el socialismo se convierta en un árbol fecundo y frondoso, bien está que herede legítimamente el patrimonio del partido que por haberle nutrido se va debilitando, sacrificando talvez su noble existencia por encauzarlo en la palestra política.

Antes, no, porque es un adolescente que todavía no se emancipa y su padre, para su dicha, no fallece, dejándole sumido en la orfandad y abandono, con un

enemigo fuerte y disciplinado al frente, que se solaza ante la perspectiva del holocausto de su víctima.

Habrà que limarse muchas asperezas para figurar entre los partidos que aspiran el poder y ser una necesidad colectiva.

En tanto, el liberalismo, progenitor y magnánimo, amplio y comprensible, respetuoso de todas las ideas del hombre y de su plena libertad, debe perdurar, sirviendo de coraza y protección y hallándose siempre apercebido a la contienda.

El mejor baluarte del liberalismo es hasta hoy el ejército, aunque, para sostenerlo en el dominio de 38 años, haya dejado jirones de su scr esparcidos, sangrantes y lúgubres sobre los campos de batalla, desolación y muerte.

Mientras palpite el corazón de los militares de 1895 al unísono con el corazón de la época actual, el emblema liberal seguirá tremolando en la cumbre de los Andes.

Es a ellos a quienes se debe la estabilidad y el triunfo, porque, es menester ser verídicos y clarividentes, las generaciones nuevas generalmente han adoptado otras normas y marchan por senderos diferentes, como niños mimados y rebeldes que repudian a su padre, deseándole un término fatal, para danzar sobre sus despojos y distribuirse las hijuelas, ciegos ante el peligro, ofuscados en medio del desastre, alienados y perdidos...

Nos contamos entre los últimos visionarios que por puro romanticismo somos consecuentes con la bella historia y la leyenda gloriosa, entusiasmándonos hasta el delirio las páginas guerrilleras y heroicas de Eloy Alfaro, y deleitándonos la frase pulcra, castiza y varonil de Juan Montalvo, idólatras ambos de todas las libertades y de todas las rebeldías.

Hacemos fervientes votos para que el espíritu de tan grandes hombres ilumine la mente de quienes hemos nacido en el mismo suelo, y haya paz y concordia, desprendimiento y valor; y que la simiente regada en la épica jornada del 5 de junio de 1895, brinde todavía los frutos de bienestar y progreso, que han engrandecido a la patria ecuatoriana.

En cabalgata interminable, desfilan pasiones y rivalidades, y no se vislumbra el abrazo entre hermanos, y en el espacio vibra el beso de Judas y en la fionda reluce el puñal de Caín...

¡Así es el mundo y la humanidad es así!...

No obstante, hay un placer y una recompensa particular para las acciones generosas y los procedimientos diáfanos y dignos.

Por la senda del honor, sin claudicaciones ni cobardías, que vayan todos los ecuatorianos, para merecer la honra del deber cumplido y enaltecer a este fragmento querido de la América Hispánica.

* * *

Quisiera que brote una reminiscencia de sepultados amores o la historia de un esfuerzo humano culminado en victoria y luego en dolor, como toda aventura terrenal; pero no es posible, la pluma rehusa ser visionaria, romántica y evocadora, subyugándose al presente ante la conmoción de una patria y la vacilación general, que emana de una etapa evolutiva en los anales nacionales y que gira al rededor de la vil y detestable política, la cual, felizmente, tiende a retornar a sus cuarteles, convirtiéndose en lo que debe ser: en la ciencia de gobierno, en el arte de gobernar.

El congreso ecuatoriano de 1933 anhela olvidar que es el mismo de un año antes, de 1932, porque pretende que su pasado desdorado se elimine y se esfume ante la magnitud de su acción reparadora y benéfica, basada en la destitución de un presidente creado por los propios legisladores y surgido de un fraude electoral.

El proceso político actual es idéntico al anterior: el doctor Abelardo Montalvo hace las veces del doctor Alfredo Baquerizo Moreno, en un gobierno interino impuesto por las circunstancias, con la divisa de sufragio libre; don Neptalí Bonifaz háse trocado en un elocuente estadista y parlamentario, en el doctor José María Velasco Ibarra, rodeado de igual prestigio y con bellas promesas de estabilidad, redención y paz.

Todavía no se vislumbra ni repercute aquel beso de Judas que estamparon en el rostro de Bonifaz y que elevó al solio a Martínez Mera.

El doctor Velasco Ibarra corre peligro de ser víctima del puñal que se clava por la espalda y de la traición de sus discípulos y secuaces.

Pero no; no es conveniente que un pueblo se hunda y desaparezca.

El arrepentimiento es nobleza.

La experiencia es fuente inagotable de sabiduría.

La mayoría del voto ecuatoriano favorece a los hombres honrados y nuevos, conciliadores y patriotas, no contaminados con la lepra de la explotación al erario público, cual único cometido y suprema ambición; y a la sombra de los gobiernos ir conculcando todas sus instituciones en exclusivo beneficio personal.

La lucha ha sido indecisa, áspera y varonil, ya que no era factible arrancar de improviso la máscara del engaño y arrojar del templo a la cohorte de mercaderes.

Con el ex-presidente Martínez Mera no cayó un hombre, sino que se ensombreció una época: fué el régimen del egoísmo y del medro individual el que tuvo un colapso de muerte.

Ya no es la religión la divisa que enardece los ánimos y conduce a la contienda: hoy es la tolerancia, el amor al prójimo y el cumplimiento del deber; es, más que nada, la defensa de la estabilidad y armonía humanas, amenazadas de confusión y anarquismo por máximas extrañas e incomprensibles e inadaptadas a nuestro ambiente.

La camarilla liberal-radical que se aducñara del país por un tercio de siglo, ha degenerado, a la postre, en un estrecho y mezquino grupo de criminal egoísmo, que rechazaba el contingente efectivo de los demás, buscando siempre el apoyo de los incautos correligionarios sólo para que le sirva de pedestal de su arbitrario poderío.

La libertad de sufragio que es la suprema ambición del hombre, es el terror de los políticos a la antigua usanza, quienes surgieron a merced de la imposición y el fraude.

No es verdad que el capitalismo empuje a sus ejércitos de esclavos hacia las urnas electorarias.

Estos son alardes y exageraciones de la impotencia. No existen tales esclavos, ni los imaginarios capitalistas son seres déspotas y temibles, ni las creencias religiosas ofuscan las conciencias ni compelen a la lucha como en tiempos idos de moros y mahometanos.

Lo que sucede es que ciertos individuos no pueden ascender con la venia de la mayoría, que les odia, y anhelan el argumento aniquilador de la fuerza bruta y la palanca maquiavélica y florentina de la farsa electoral, que avasalla a los pueblos, les hace miserables, les humilla, les priva de civismo y vitalidad, trocándolos en cuerpos despreciables y muertos.

Que venga, pues, la nueva era: la patria después de tanto dolor, está ya predispuesta a recibirla.

EN EL AÑO DE 1931

El episodio más interesante de la vida y de la muerte del doctor Víctor H. del Castillo lo constituye el ataúd que, a sus medidas, háse hecho construir desde quince años atrás, y que lo ha conservado debajo de su cama en su quinta "Santa Cruz", encantador retiro de los últimos tiempos de su romántica y borrascosa existencia, entre mujeres jóvenes y placeres, cual un sultán y un sibarita...

No le temió a la muerte, y en prueba de ello allí está el cofre mortuario, muy cerca de su alcance, próximo al nido de sus amores positivos, con el lecho de raso en donde reposaría en su postrero desposorio con la tumba.

Fué un inmenso Tenorio, pero un Tenorio moderno, real y materialista, audaz y emprendedor.

Y en recuerdo de sus aventuras de supremo deleite, y de tantas mujeres rendidas, y de la prole desconocida e ignota, deja en su testamento diez mil suces para la benéfica "Sociedad de la Gota de Leche", tan censurada por Monseñor de La Torre, pero ensalzada y querido por la humanidad desvalida.

Y deja, además, veinte mil suces para el establecimiento de una escuela en Machachi, su pueblo natal.

Lo demás de su cuantiosa fortuna, en partes iguales, según sabemos, deja para la viuda, hijos ilegítimos y sobrinos.

Entre paréntesis, heredan, ante todo, directa o indirectamente, los abogados de todas las partes contendoras y el fisco.

Poco, escaso, es el patrimonio de un difunto para tantos sobrevivientes, que están menesterosos, como siempre, de fáciles monedas...

* * *

¡La crisis económica! ¡La crisis que es, entre nosotros, crisis del carácter y crisis del alma!...

Esta proviene de la abundancia de productos agrícolas, sin salida para el exterior; y luego, por la carencia de energía y de entusiasmo, por haber ya resuelto el problema de la vida satisfactoriamente: con el *dolce far niente* de los latinos y, más aún, de los indios, adoradores del Sol...

* * *

Y como la manera más fácil de medrar es la ubre del erario, ya se amotinán muchos aspirantes, inventando una nueva artimaña, que se denomina "Frente único", concentración unánime, fusión general...

Por eso hemos dado en calificar de "Fin único" a este *único fin*.

* * *

El grupo de políticos que forma la "concentración anticonservadora" va a definirse, lanzando virilmente un programa de principios.

Será un manifiesto anticonservador, es decir, anticlerical o anticatólico, que defina la principal aspiración de quienes se han compactado ante el avance ultramontano.

Lo curioso y lo anormal consiste en que muchos miembros de esta compactación son netamente católicos, apostólicos y romanos, practicantes fervorosos de los ritos religiosos, y viven muy cerca, en perma-

nente contacto, con curas, vírgenes y santos; rezando devotamente el "mes de María"; adornando sus casas y las cabeceras de sus lechos con imágenes sagradas; y compartiendo de las creencias de las madres, esposas o hijas...

Para ellos, si llegan a suscribir alguna proclama irreligiosa, se aproxima el momento amargo y difícil, que trae por consecuencia las detracciones y apostasias; la mentira obligada por la necesidad; la farsa que algunos adoptan para atravesar la vida.

* * *

Primero Rusia; luego Méjico; ahora España...

Está de última moda derrocar el vetusto edificio de las religiones; y convertir los templos en graneros y en escuelas laicas; y perseguir y abrumar a frailes y monjas; y sembrar el terror y el pánico.

Pero la culpa de estos sucesos la tienen los mismos representantes de las religiones, y en especial sus fieles y sectarios, porque se mezclan en lo que no les incumbe y tercián en la malhadada política, que siempre acarrea desengaños y consecuencias desastrosas.

* * *

Cansados y decepcionados los chimboracenses de acudir a las urnas del sufragio, para depositar el voto por hombres desconocidos e ingratos, que pronto olvidan los sacrificios ajenos, al presente todos piensan acertadamente, y se prometen no ser partidarios sino de sus propios hombres o de quien ofrezca preocuparse de este retazo del suelo patrio.

Todos comparan la capacidad y el mérito de quienes figuran, talvez prematuramente, como candidatos a la presidencia, y todos deploran los resultados de la imposición y la postergación de los mejor preparados.

* * *

Murió el canónigo doctor Carlos Sono, y camino del cementerio se trasportaron sus despojos en el mayor abandono, casi sin acompañamiento alguno.

Sus compañeros, curas, frailes y monjas, no se hicieron presentes, sin duda porque no les legó cuantiosos bienes de fortuna, o talvez porque no les conviene exhibirse en este momento de temor y recelo, por el desbande de los colegas de España, ya que algunos ejemplos son contagiosos...

Pero el doctor Carlos Sono fué un hombre probo, inteligente y bueno, y merece una plumada de recuerdo siquiera de un liberal, ya que los conservadores y clericales se esconden y enmudecen.

* * *

La institución de la Gota de Leche cobra bríos y fortaleza con la *inyección* de los diez mil sueres del doctor Víctor H. del Castillo...

Parece que las censuras episcopales sólo sirven para aumentar el prestigio de quienes persiguen fines nobles y humanitarios.

Monseñor de La Torre ha cooperado, en contra de su voluntad, al bienestar de la "Gota de Leche" y a la concentración anticlerical.

* * *

Y se da, como siempre, el caso curioso que los más encarnizados enemigos del clero son los propios católicos, apostólicos y romanos.

¡Oh tiempos!

¡Oh costumbres!

* * *

Como algún cronista dijera que la concurrencia a los teatros siempre estaba llena, y que esto atestiguaba la abundancia de dinero y lo infundada que es la crisis económica, es oportuno recordar que la humanidad anhela morir bailando.

Es un fenómeno conocido: mientras más angustia y pobreza existan, el embrutecimiento es mayor; "pan y circo", como en la época de los romanos.

¡Y qué películas, barajo! Adecuadas para sustraer las escasas monedas con sus títulos altisonantes, pero con argumentos absurdos e inverosímiles, con

rótulos o leyendas antigramaticales, largas, desesperantes; y no enseñan ni ilustran; y roban las horas y aniquilan y anonadan; y envician a las presentes generaciones tanto como el alcohol o la morfina...

Se penetra al cine a las tres de la tarde y se sale a las siete de la noche; "función doble o triple"; la cuestión es prolongar el espectáculo, "matar el tiempo". ¡Pobre tiempo, qué poco se te aprecia!...

Antaño las compañías dramáticas y de comedia endulzaban la vida, ilustrando; otras veces, el canto, la danza y la música; hoy hemos caído en el cine insípido y desastroso, de pacotilla, que ojalá sea ennoblecido por el cine parlante, sin duda menos mudo que el actual...

* * *

Nuestro clásico, viejo y querido guitarrista el ciego Pancho Pastor, conocido merced al radio en este país y en medio mundo, se halla en estado de indigencia y con numerosa prole.

¡Es la triste historia del músico verdadero, que tiene la bohemia como único patrimonio!

Y él, abatido y triste, acusa a Edison ser el causante de su ruina por haber inventado el fonógrafo, haciéndole una ignominiosa competencia...

—¡La mecánica de Edison es la causa de mi pobreza!...

* * *

Desde que se entronizó la estatua del Corazón de Jesús en el frontispicio del templo de los jesuitas, celebrando tal acontecimiento con la cooperación oficial en el Centenario de la República, ya se previó el advenimiento del partido conservador al poder en nuestros tiempos.

Pero las autoridades que solemnizaron tan memorable triunfo religioso, se asegura que son liberales, el sostén del partido de la insignia roja, y es posible que así sea...

Lo cierto es que también puede ser contagioso el ejemplo de Colombia, en donde se cambió de régimen *republicanamente*, dentro de la mayor cultura, guardando respeto y consideración general...

* * *

No se envanezca ni vanaglorie el amigo "Martense" —Miguel Costales Salvador—, que desde esta ciudad, alguna vez —¡lástima que no sea con más frecuencia!— envía enjundiosas crónicas a El UNIVERSO, el periódico de mayor circulación en el país, según propia jactancia.

No se envanezca, porque le vamos a elogiar con la sinceridad y franqueza que nos caracteriza, para que le sirva de estímulo en su carrera literaria, en la cual penetrara con donaire y sutileza.

Su estilo es pulcro y elegante, y le coloca a la cabeza de la juventud de su tiempo como florido estilista, comprensible y natural.

Sus escritos han sido hasta hoy meros ensayos, pero, según creemos, está ya preparado para realizar alguna obra de aliento, produciendo quizá una novela de costumbres.

Esperamos que no sucumba, como tantos otros, en las redes de la politiquilla nacional y en bosques de insignificantes personalismos.

Su estilo, elegante, comprensivo y humano, merece un nuevo campo de acción para que el triunfo sea definitivo.

Bohemio frívolo y empedernido que guarda una gran alma de artista: es ya hora de que cristalice el anhelo de su vida..

* * *

Muchos escritores y pensadores de las capitales del mundo han incurrido en la faena de censurar el provincialismo, juzgándole pequeño y nimio y calificándole de *parroquialismo* miserable.

Estos buenos señores de espíritu egoísta y fatuo se olvidan que las ideas y acciones libertarias han prosperado y salido de campos y aldeas generalmente, para luego asaltar las ciudades próximas e invadir triunfantes, más tarde, las principales capitales del orbe, adueñándose de naciones enteras y cundiendo el ejemplo de punta a punta de la tierra.

No se dan cuenta que los presidentes de república, los sabios, los héroes, no han nacido, la mayoría de ellos, en las grandes urbes, sino muy lejos, en villorios y aldehuelas, en provincias, y, no obstante, han conquistado, imperado y enseñado; han sido los pontífices máximos de la humanidad.

¡Bendito parroquialismo que sabe ser cosmopolita y subyuga el universo!...

* * *

No sabíamos que el canónigo doctor Carlos Salvador, el pavoroso fantasma de los obispos de esta diócesis, haya regresado a su pintoresca época de Tenorio, ya pasada y ya muerta.

¿Por qué entonces se sospecha de que le visiten las beatas?...

Digno de lástima es este hombre humilde y bueno, inteligente y laborioso, que no obstante su hábito tallar ha echado facha de filósofo, ermitaño y santo, puesto que ya no se acostumbra que los santos y profetas vistan de solana como en tiempos idos.

Su jardín, su "mortuoria" de San Vicente, sus buenas amistades, su sed de aprender e ilutrase, y talvez sus saudades y añoranzas, son el entretenimiento de su vida.

Hacen mal de odiarle y temerle sus propios compañeros, los curas; será envidia, puesto que él está por encima de todos.

* * *

En otras épocas solía decirse que las deudas del juego eran sagradas, y hoy se las tiene por profanas e ilícitas, y se hace gala de no pagarlas, relegándolas al desprecio y olvido.

Y si las deudas del juego no se abonan, peor las demás, que provienen de negocios, compras y ventas, y no de un episodio de honor con las nobles muelas de santa Polonia, manejadas por condes, duques y príncipes... del hampa.

* * *

Las instalaciones higiénicas se han vuelto proverbiales, desde que sirvieron de base y galardón para que un ilustre presidente de Concejo Cantonal —el doctor Isidro Ayora— ascienda a presidente de la República.

Nuestro distinguido general Delfín B. Treviño también hállase empeñado en dotar a esta ciudad, en su calidad de presidente de este Ayuntamiento, de excelentes *servicios higiénicos*.

Si fuese verdad que la historia es la repetición de los hechos, como lo afirma Pedro Fermín Cevallos, es posible que por esta razón y por otros merecimientos, sea el futuro presidente de la República.

* * *

Se comprende que los actuales concejales tienen deudos en el cementerio —los anteriores parece que no los tenían— cuando se han dado cuenta de la necesidad apremiosa de hacer componer la calle que conduce a la última morada.

* * *

Algunos concejos municipales sólo se ocuparon de fastidiar a los señores Levy, por habernos hecho el favor de fundar aquí la hermosa ciudadela Bellavista, un progreso positivo para esta ciudad, pero un desastre económico para los entusiastas empresarios.

* * *

Según se sabe, hay dos ciudades en el Ecuador que son víctimas del olvido de sus propios hijos: Loja y Riobamba.

Es lamentable el enunciarlo, pero es necesario y conveniente buscando una enmienda y un arrepentimiento.

Llegan nuestros conciudadanos a cargos públicos encumbrados y parece que los denigra el lugar del nacimiento, y se empeñan en no recordar ni hablar

del terruño, y creen que es una virtud el ser inconscuentes e ingratos.

Muchas veces, no hay mayores cnemigos que los propios paisanos.

Y ellos sólo vuelven la mirada al lugar de su origen para desprestigiarlo o deprimirlo, cuando no es para explotarlo, convirtiéndolo en irrisorio pedestal para surgir...

* * *

Alguien se admiraba de que se pague impuestos eternamente, es decir, hasta después de muerto un individuo.

¿Cómo? ¿Esto es posible? Sí, señor. Es lo más corriente y usual.

¿Qué otra cosa significa el arriendo de las bóvedas y fragmentos de tierra de los cementerios?

Es verdad que son los deudos los que cumplen con este sagrado deber, que cada día se torna más difícil por las continuas vicisitudes de la vida, hasta que llega, talvez muy pronto, la hora del abandono, cuando nadie responde a esta obligación, y entonces los despojos y restos humanos son extraídos y lanzados al *spoliarum* o fosa común.

Si los cementerios son nacionales o municipales, ¿por qué existe esta explotación exagerada e inmisericorde? ¿por qué no se abarata la adquisición de siete palmos de espacio para reposar para siempre, sin estar pendientes del insignificante y corto recuerdo de los vivos?...

Para morir se requiere dinero, y ni poseyéndolo se asegura el descanso supremo en la última morada.

Nada se respeta, ni la muerte; y se trafica con cadáveres, con bóvedas y con tumbas; y esto lo hacen los estados, los municipios y las sociedades *filantrópicas*, las *cooperativas mortuorias* y los buhos que se engullen los despojos humanos...

* * *

En un periódico local hay un aviso sui géncris: la gerencia del Estanco de Alcoholes y Tabaco recomienda el consumo de cigarrillos extranjeros, que se

los vende en la misma gerencia, como la mejor forma de aumentar los ingresos del fisco en esta época de crisis económica.

¿Habrás visto audacia mayor? ¡Recomendar este medio absurdo, atentatorio contra la industria nacional, como adecuado para salvar la patria!

AL ARRIBO DE LOS VENCEDORES

Muchachos: ¡bien venidos seáis!

Ya es hora de que la consuetudinaria indiferencia se trueque en explosión de alborozo; que las manos yertas e insensibles se entrechoquen y aplaudan; que las palpitaciones de los corazones no se oculten en los pechos y que se exterioricen, vibrando libremente, sin hipocresías, egoísmos, trabas y temores.

Todo cuanto luce y sobresale, lo que honra y enaltece, es motivo de orgullo noble y ejemplarizador.

Desde el año de 1926, vosotros, perseverantes deportistas chimboracenses, habéis conquistado un puesto encumbrado entre los contendores de toda la república.

Y son vuestros actuales triunfos admirables y sorprendentes, puesto que en épocas anteriores vuestros conciudadanos no rebosaron como hoy de alegría, encomiando las proezas, celebrando las victorias, agradeciendo la abnegación y constancia que redundan en renombre y prestigio de Riobamba.

Ahora, en 1932, vosotros habéis disipado las brumas de la indolencia; el frío de las almas desaparece y ya arden con el fuego que vivifica y anima; habéis obrado un prodigio lanzando la chispa del entusiasmo; y aquí lo tenéis al pueblo riobambeño, reconocido y justiciero, para daros una cordial felicitación y manifestaros que aprecia cuanto es encomiástico y grande y noble, lo que enardece y estimula, lo que coloca el nombre de esta ciudad en el prominente sitio que le corresponde entre las demás urbes de la patria.

El músculo del atleta, su agilidad y destreza, rememora el tiempo de la pujanza de Grecia y de Ro-

ma, cuando ante los héroes y los campeones se ofrecían trofeos esplendorosos; cuando las muchedumbres deliraban de júbilo al paso de los triunfadores favoritos; cuando las naciones se sentían fuertes, prósperas y felices con hombres valientes, audaces y aventajados, que defendían la bandera del terruño y la izaban al tope en los mástiles de la fama.

¡Bienvenidos seáis, dignos representantes de nuestra tierra!

Lejos de este valle exuberante y pródigo que se extiende en las faldas del Chimborazo, en esta ocasión no habéis estado solos: el pensamiento, el anhelo de victoria de todos nosotros, ha perforado cordilleras, háse difundido en el éter, ha llegado a orillas del Tomebamba, ha repercutido en el ámbito de Cuenca, y, en fin, ha penetrado en vosotros a la distancia, para conducirnos por el sendero de las honrosas rivalidades y obtener el triunfo que habéis alcanzado y que es un premio que os honra y enaltece.

Volvéis a vuestros lares trayendo el laurel de la victoria, conquistado en un torneo interprovincial, siendo esta la manera de regresar satisfechos a la ciudad querida, la cual, por hoy, no se muestra apática, y os recibe llena de júbilo y os brinda su cariño maternal y la dulzura de su regazo.

Para estimular lo plausible, para ensalzar lo grande, aboliendo escrúpulos y antogonismos, háse formado el Círculo de la Prensa del Chimborazo, al que represento y en cuyo nombre os saludo, vigorosos muchachos, conterráneos nuestros, que habéis difundido y sacado triunfante el nombre de Riobamba.

Deportistas: este pueblo os acoge complacido; vuestros conciudadanos os estrechan en sus brazos; las nieves de las cumbres andinas se deshuelan merced al calor del aplauso, en reparación a un olvido, y resuena la voz del afecto, del paisanaje, el orgullo de ser riobambeños y saber aquilatar cuanto brilla y engrandece.

Las puertas de vuestra ciudad están abiertas: ¡entrad!

UN EBANISTA NOTABLE

Ahí está, en aquel noble y honrado pecho, la medalla que la justicia ofrece al mérito. Es la recompensa a una vida de lucha y resignación; al sudor que ennoblece la frente del artesano y del obrero; y al éxito que corona al hombre inteligente. Es la insignia de honor que premia al que arrancó los prodigiosos secretos del ébano; y es además el legado de honra y estímulo que heredarán quienes guarden el recuerdo del maestro, del ejemplar ciudadano y del artista de la belleza y la armonía.

Trabajad. El trabajo redime. Quien labra la madera, curte el cuero, amasa el barro, confecciona la tela o amolda el bronce, halla un lenitivo para sus infortunios, aplaca sus pasiones y contribuye eficazmente al progreso ciudadano y al bienestar común.

El arte vuestro, maestro Juan Barroso, tal como sale de vuestras hábiles manos, de vuestro refinado gusto, tiene la sonoridad, la brillantez, la perfección, la acusticidad, el calor, la hermosura y el triunfo del órgano de un templo, del amor romántico y sentimental, del perfume y serenidad de los jardines encantados, de las inspiradas oscilaciones del arco de Paganini, de un cofre de princesa y de un poema escrito entre lágrimas y besos.

Vuestro arte, con el poeta, nos hace desear: "En París, aturdirse de líricos placeres; postrarse ante la tumba de Napoleón I; y evocar en Versalles una fiesta galante del siglo franco-helénico, del siglo dieciochesco, con pastores y duques y empolvadas marquesas, con violines lejanos y abates que hagan versos."

¡Quimeras! ¡Cuán amarga es, muchas veces, la realidad! ¡Cuántas de vuestras primorosas guitarras y de vuestros armoniosos violines, tristes y quejumbrosos, habrán llorado, a cambio de reír, los dolores de la pobre humanidad, que, suicida y melancólica, marcha, abatida por corazones despedazados y sangrantes, hacia el punto final de nuestras vidas: la misma arcilla de nuestras muertes.

¡No importa! Trabajad. El trabajo amengua el pesar. Trabajando hallaréis la risa que fuga de los labios pesimistas; trabajando como vos, maestro Barro-

so, se obtiene estos momentos de apoteosis, inolvidables por ser conquistados con tesonera laboriosidad; elocuentes por ser momentos de equidad en medio de la envidia, la injusticia y el desatino que imperaron en el pasado, y existen hoy y no desaparecerán en el futuro.

Querido maestro: llevad aquella medalla con orgullo: premio es a vuestra valía de eminente ebanista y de ciudadano probo y digno, y ojalá todas las personas premiadas por los representantes del pueblo siempre fueran acreedoras, como vos, a estas recompensas.

EL CARABINERO

Ya expiraba el año de 1906.

Era el mes de diciembre.

Este es un episodio patriótico y caballeroso, cuya acción se desarrolla en el país de los lagos, de los istmos y de los ríos; en donde en tiempos remotos reinó el famoso cacique Nicarao, quien dió el nombre, talvez puesto en dición española, a Nicaragua; en la ardiente tierra de los volcanes, del "Infierno" de Masaya y del cónico "Mombacho" del lago de Granada.

Allá, en aquella época memorable del presidente Zelaya, que había de ser grande para resistir el embate, posteriormente, de péñolas robustas y líricas como las de Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, avanzados paladines de la raza hispanoamericana e hijos descollantes de tan pródigo suelo.

Fué en Managua, la ciudad que llegó a ser capital de la república por las rivalidades entre León y Granada.

Managua que tiene en sus inmediaciones antiguas ampollas de volcanes que, después de reventar, se han llenado de agua, formando las lagunas sin desagüe de Tiscapa, Nejapa, Asososca y Apoyo.

Managua, la florcciente ciudad centroamericana, situada en el ribazo del lago de su nombre, que en 1931 se estremece, se enluta, se arruina a merced de los crueles avatares de su destino, víctima de un formidable cataclismo terráqueo, que aterra a los hom-

bres y que señala etapas en la evolución de los pueblos.

Y como ciudad gallarda, emporio de vitalidad, protector regazo de las musas, fuente fortificante de los intelectuales, háse destacado en el Nuevo Mundo, y en esta hora de prueba y de valor hacia ella la simpatía del Continente Americano y del mundo entero.

Y al recordarla y al deplorar su desastre, ofreciendo la sincera condolencia ecuatoriana a los hermanos de Nicaragua, acude a nuestra memoria un episodio caballeresco y patriótico que tuvo lugar en su seno, allá, como dijimos, en 1906, siendo el protagonista un "guerrillero" riobambeño, vástago de este valle que se extiende a las faldas del Chimborazo y que ha producido luchadores y caudillos de temple espartano.

En aquellos días hubo un periodista que vino al Ecuador desde Venezuela, la cuna de los más prominentes próceres de nuestra Independencia, fragmento heroico de la Gran Colombia, lo propio que el Ecuador.

Pero aquel plumario no correspondió a la tierra de su origen con su comportamiento desleal e ingrato.

¿Su nombre? Creemos que respondía al de Emilio Hernández.

Es lo cierto que después de permanecer aquí pasó a Nicaragua, en donde tuvo cabida como Director del "Diario Oficial" en Managua. Y una vez que se sintió fuerte, altanero, lleno de prerrogativas y victorioso, desde allá embistió a nuestra patria, el nido de Mejía, Montúfar y Olmedo, y a los hombres de la transformación de 1895, juzgándose quizás impune a la distancia, en donde él suponía que no habitaba un solo ecuatoriano.

Su diatriba era fiera, insistente y exagerada. Bien sabía que se hallaba lejos, muy lejos, de las orillas del Guayas...

¿Pero cuál no sería su sorpresa al leer el momento menos pensado una esforzada y decidida defensa a la república vilipendiada por él, y publicada en EL COMERCIO de la misma ciudad de Managua en don-

de él residía, considerándola valuarte para su nefanda arremetida?...

Un caballero había llegado a la cita del deber: era un hombre misterioso, como surgido del fondo de la tierra, que llevaba en su frente la divisa de Juan Montalvo: "Quien no tiene algo de don Quijote, no merece el cariño ni el aprecio de sus semejantes"

En realidad, venía desde la margen opuesta del lago de Granada, o lago de Nicaragua, viajando por agua y tierra, en pos de un ensueño, impertérito, torvo y ciego.

Estaba ciego, por la visión, asaz macabra, de contemplar a su patria lejana ultrajada cobarde y cínicamente, al terruño adorado en donde se deslizó la aurora de su vida, entre cuculiptos y altas cumbres andinas enconfiadas de blanco con nieves sempiternas, a su hogar distante, a su madre, su esposa, sus hijos, de quienes separóse intempestivamente, empujado por su carácter aventurero, cierto día, cuando atisbó más amplios horizontes, un mundo desconocido y más grande, para rodar por él, embriagado con el enigma de otros cielos...

Talvez salió de su tierra nativa en un momento de rabia y de despecho, al no ser comprendido por sus conterráneos, cual un rebelde; al ser postergado entre sus correligionarios, inferiores, en todo concepto, a él, descendiente de una cepa noble; sagaz, ilustrado y valiente.

Valiente, sí; y de ello dió prueba, antes de expandirse, en siete acciones de armas; sus hazañas juveniles fueron temerarias, y se las narraba a la par con las de Francisco Carvajal, "el demonio de los Andes"

Por eso, en su tierra se le conocía únicamente por CARABINERO, su apodo favorito y elocuente, que nos rememoraba su audacia cuando armado de una carabina y jinete sobre un fogoso corcel, provocaba, agredía, disparaba, él solo, ciego y loco, a un batallón de ejército, atravesando por las cercanías de un cuartel en repetidas ocasiones...

Y el Carabiniro, de quien se ignoraba el fin y en qué país habitaba, había por unos días "desempolvado sus sandalias" en las proximidades del lago

de Granada, en Centro América, después de adherirse a la causa de Nicaragua y pelear en guerra internacional con dos estados vecinos.

Cuando quiso descansar, arraigarse, no le fué consentido este privilegio, ya que a sus manos llegaron periódicos de Managua, y en sus columnas, abismado, tembloroso de ira, leyó el insulto, la injuria y el reproche para la patria lejana.

Era un desafío, un reto al hombre sereno y sombrío que apareciera por las aguas del lago de Granada, no se precisaba cuándo ni de dónde.

Y entonces él, sin vacilación alguna, atraído por el deber, impelido por una fuerza superior, abandonó todo, su calma y sosiego, y emprendió el viaje en busca de su rival, de su enemigo...

¿No hubiese sido un oprobio que él, soldado y jefe, participe de combates sangrientos y gloriosos, se tapase los ojos para no ver los renglones denigrantes? ¿Y que se hiciese sordo ante el clarín que repercutía en su oído, reclamando un sacrificio por su patria?...

Talvez él era el único ecuatoriano residente en Nicaragua, y a él, como hombre honrado, le tocaba salir por los fueros de la honra, y si es necesario, morir, sucumbiendo como un valiente.

Y buscando la plena reparación del agravio, se hospedó en el lujoso y espléndido hotel Lupone, cuarto No. 17, y contestó enérgicamente por la prensa al agresor, y luego le esperó, satisfecho y complacido, con una mueca de desdén a flor de labios, para dilucidar cuanto antes la incertidumbre y lavar con su sangre el ultraje.

Su apostura, gallarda, varonil; su cabeza, erguida; su semblante, sereno; escueto, blanco, rubio, de penetrante mirada...

Su silueta, es la de Jesucristo, Jesús crucificado, mártir y heroico, profeta y redentor; no el Jesús dulce y divino de los milagros, sino aquel otro, el humana, el estoico, el justo, que marcha por el calvario hacia la cruz y la gloria...

Pero su agresor —el agresor de la patria— había sido simplemente un cobarde, y eludió la provocación, rehusó enfrentarse con aquel hombre fantástico, tan

atrevido y resuelto, a quien poco o nada le importaba la vida, siendo sacrificada por un ideal o por una causa santa y noble.

El presidente Zelaya le destituyó del empleo al periodista oficial, convencido de que tales hombres exentos de dignidad y honor, que no sostienen lo que dicen, afirman y escriben, constituyen la vergüenza de un gobierno.

Y despreciado, abatido, temeroso, aquel detractor abandonó el suelo nicaragüense, y pasó a otro país, no sin fingir, al poco tiempo, su muerte, que la difundió por la prensa, a fin de que no lo persiga el fantasma del Carabinero por doquiera.

Una verdadera muerte civil; quiso cesar de ser Emilio Hernández, y para poder habitar en algún punto de la tierra, sepultóse en vida y cambiósese de nombre.

¡El Carabinero!

¡Terror y espanto de quien, prevalido de la distancia, ofendió a una patria!

De quien creyó, insidiosamente, que el Carabinero le asediaba, inmisericorde y despiadado, por "ser descendiente de Flores", el supuesto cómplice del asesinato de Sucre, es decir, por atavismo, puesto que él era nada menos que "legítimo vástago de una de las ramas de la prosapia del Mariscal de Ayacucho".

Y prefirió sucumbir ante su deshonor, aterrorado siempre por el tétrico espectro del Carabinero.

Esto sucedió en el país de los lagos, los istmos y los ríos, en la capital de las landas del "Paraíso de Mahoma", en la bella ciudad de Managua, hoy asolada por un terremoto, en el año 1906, y su destruído hotel Lupone fué testigo de estos acontecimientos...

¿Pero que fué del Carabinero? ¿Falleció? ¿Vive aún? ¿Dónde está?...

Pues aquel hombre que fué joven, audaz y valiente; aquel ecuatoriano del alma quijotesca; el émulo del "demonio de los Andes", el denodado defensor de su patria... ¡aquí lo tenemos! ¡existe junto a nosotros!...

Está avejentado, pero conserva su corazón juvenil; al presente, se parece más a la figura de Jesucristo, no obstante que en él palpita el espíritu de nuestro señor Don Quijote...

Fué entonces, allá, un coronel, guerrero de Nicaragua; es hoy un general veterano, un ecuatoriano distinguido: nuestro conciudadano el general Enrique Barriga.

Como escritores, nunca seremos egoístas y rendiremos un tributo de justicia a quien lo merece.

Enrique Barriga fué el protagonista de esta estu-penda hazaña; él habitó en el ribazo del lago de Granada, en Centro América; él fué un mozo temerario y rebelde; y su vida es de guerrero, luchador y liberal...

En Nicaragua sus acciones marcaron su huella y definieron su personalidad.

Y es oportuno recordar que él combatió aguerridamente por el advenimiento del partido liberal al poder y en homenaje a sus ideales, en Girón, en Tanquis, Chambo y Químiag, en Daule, en Machala y en otros campos de contienda y honor.

Siempre nos entusiasmaron las páginas gloriosas de nuestra gesta y los hombres que por ellas desfilaron, marcando una huella de noble qui-jotismo y de carácter.

El Carabinero, aunque ya abatido y cansado, es para nosotros un símbolo, un emblema de combate: un orgullo ciudadano...

MONTALVO

Las veleidosas multitudes, en el laudable afán de ensalzar a don Juan Montalvo, olvidan que fué un hombre de carne y hueso como los demás de su especie; al cabo de sólo una centuria de su nacimiento, hásele ya revestido de resplandores fantásticos, con la diadema de un dios, con la idealidad de un símbolo.

Montalvo así lo merece, porque es el compendio de la rebeldía, enaltecido con las galas del idioma, a semejanza de Simón Bolívar, cuyas debilidades humanas casi no se recuerdan, anonadadas por su obra emancipadora, siendo al presente el emblema de la libertad política de América, un genio de la guerra, una trompeta de la victoria.

Don Juan Montalvo fué un relámpago que fulguró de súbito, ensordeciendo el espacio durante una

noche extensa, encima de las breñas y las cúspides de los Andes, testimoniando al orbe que el talento no es fruto exótico en el Nuevo Mundo, ni privilegio exclusivo de determinadas regiones.

Fué un rayo que estalló en el desierto, sobre médanos de arena e indiferencia, que luego se incorporaron como por ensalmo, cobrando la apostura de seres vivientes y racionales, despertados de un profundo sopor, animados de improviso, aplaudiendo frenéticamente, tras del sobresalto, al estruendo que rompió el silencio, al soplo que difundió el aliento, al portento que señaló un prodigio.

En verdad, hay hombres a quienes se les ha despojado de humanas flaquezas en homenaje a la grandeza de sus mentes y a la fecundidad de sus obras.

Y es lógico que sucediera de tal guisa, ya que necesitamos de profetas y redentores, cual de un Jesús Nazareno; de libertadoras, personificados en Bolívar; de descubridores, con Cristóbal Colón a la cabeza; y entre los polemistas y cultores del idioma, a Cervantes en España y a Montalvo en este continente.

Pero desde que Montalvo vió la luz primera sólo dista un siglo, corto lapso de tiempo que no permite desfigurar su aspecto íntimo y personal, su airosa silueta de moro o de beduino transplantada al suelo de América.

Montalvo confirma, una vez por todas, que el cruzamiento de las razas, comunmente verificado bajo estos cielos, produce ejemplares valiosos de la especie humana.

Orgullosa, altivo, altanero, impulsado por su espíritu batallador, se contemplaba noble, con la nobleza preponderante de la sangre española, y bello físicamente con la petulancia del mozo conquistador y galante.

Sin embargo, advertía en su rostro la tez morena, el ralo bigote, los ojos profundos y talvez negros...

¿Por qué? Porque su origen, a nuestro entender, no procede, cual se imaginan muchos de sus admiradores, de una directa y pura cepa de Andalucía —para alardear que es de acrisolada nobleza española,— al no ser que de Andalucía hubiese provenido el moro, beduino o mestizo de alma fiera, corazón de ar-

tista, inteligencia diáfana, músculos retemplado, audaz, perseverante, pensativo, taciturno y enigmático.

El primer Montalvo que arribó al Ecuador, antecesor de nuestro famoso peñolista, nos inclinamos a creer que fué un "maestro de capilla" antillano, cuyas hábiles manos de devoto de la música hicieron vibrar, deleitando, las teclas del armonio de un templo de Panamá, atrayendo la atención de un clérigo ecuatoriano que a la sazón visitaba aquella ciudad, quien no tardó en contratarle de organista para su iglesia de Guano, a donde vino a establecerse de este modo y fundó la cepa ecuatoriana de su apellido, que después ha sido enaltecido y honrado por don Juan, uno de los más grandes escritores de América.

Nuestro eminente estilista ha traspasado con su renombre las fronteras de la patria, y generalmente no se le califica de oriundo de Ambato, su ciudad natal, ni ecuatoriano, vástago de esta república de proezas legendarias, altas cumbres y empinados montes, sino con el distintivo, doblemente laudatorio para él y para su cuna, de *Cosmopolita*, ciudadano del Cosmos, "hijo predilecto y adoptivo de Guayaquil" y del mundo entero.

No se le dió el epíteto de *sabio*, que suele concederse a los hombres misteriosos e incomprensibles, ya que su numen fué fácil y espontáneo y jamás se sujetó a problemas intrincados y cálculos áridos y científicos.

Su verbo brotaba como en un torrente, a raudales; sus frases se hilvanaron con fluidez y soltura; sus sentencias fueron luminosas y rotundas, cual tumbos de la mar o relámpagos de tempestad, cuando no sinfonía de un idilio y endechas de pasión, mecidas por la brisa de los campos y la tregua de un volcán.

Su mayor destreza consistió en trocar lo nimio en grande, lo pigmeo en inmenso, desarrollando un tema sublime de un caso baladí, merced a la varita mágica de su basta ilustración y a la catarata de vocablos castizos que emanaba de su pluma.

Hacer brotar un mundo de la nada, es ser creador, y cuando a este mundo se le rodea de toda la gama de colores y sonidos, es ser un artista: así lo fué Montalvo; sus libros nacieron de un soplo de su es-

píritu dilecto, basados en un argumento cualquiera, al parecer insignificante y vulgar, que luego adquiriría la vitalidad que le brindaba la historia; la solidez, de la memoria e ilustración; la hermosura del lenguaje y la pujanza del valor que palpita en el pecho de un hombre de su talla.

La delicadeza de su alma y la cadencia de su estilo, tal vez sea el eco de la sensibilidad artística de su abuelo, el mágico organista que llegó a Guano, trayéndonos la visión de mares azules y cielos rojizos.

Su coraje, brío y acometividad, responden quizás a la locura aventurera de algún remoto ascendiente de la patria del Quijote.

El amor a la naturaleza, la adoración al sol esplendoroso de los Andes, emana sin duda de la sana y fecunda cepa de los incas.

La potencialidad extraordinaria de su genio, es la apoteosis de la raza americana, de esta prodigiosa estirpe nuestra, suprema mescolanza de todas las sangres, abrazo de la humanidad entera, al són del pasillo, en las cuencas y en los valles y en las cumbres del Nuevo Mundo, cerca de un volcán, libre de prejuicios y supersticiones, aspirando siempre a la libertad y al perfeccionamiento.

Al nombre de pila de Montalvo se le antepone, en signo de cariño y respeto, el título de don, llamándole simplemente don Juan, que suena bien, acercándole a nosotros como a nuestro mejor amigo.

Don Juan —no el Tenorio, sino el Cosmopolita;— don Juan, el atildado y exuberante escritor; don Juan Montalvo, a través del tiempo, no es ya un hombre de carne y hueso: es un emblema, es un símbolo: sintetiza el verbo castizo, la rebelión de la inteligencia y el éxito de la raza americana.

Rebeldía innata, lenguaje pulcro y aspecto caballeroso y altivo, definen al personaje cuyo primer centenario se conmemora.

Y es nuestro deseo que su fama se extienda cada día más, cual lo merece, para gloria de su nombre y de su patria.

CARLOS VALDIVIEZO CHIRIBOGA (*)

Con paso vacilante, semblante constricto, corazón adolorido, pulso incierto, hace poco tiempo, parece ayer no más, penetrábamos en este mismo cementerio, conduciendo el cuerpo inerte de mi padre; luego, el de mi madre; y al cumplir con tan penosos y sagrados deberes, tú, querido amigo, ibas cerca de mí, solícito, acompañándome...

¿Quién dijera entonces que pronto te devolvería tu afecto, asistiendo a tus funerales y pronunciando unas cuatro palabras sobre tu tumba?

¡Qué cruel es la vida!

¡Qué amarga es la muerte!

La vida es cruel porque se nos esfuma de improviso, porque no sabemos su término, porque es enigmática y fugaz...

La muerte es amarga porque es lúgubre y traicionera, y nos asalta con alevosía, y nos hunde en las sombras y en la nada...

Si es prudente disponerse para morir, es aún más acertado no mesurar su abismo, que es profundo y sombrío.

Olvidando, es más fácil vivir, debatiéndonos en la borrasca y la tormenta, risueños unos momentos, enardecidos otros, sin descifrar el misterio, inconscientemente.

Hasta que de súbito nos llega la Parca con su gaudaña despiadada, y nos sorprende y nos domina y nos vence.

Nadie perdura en la faz de la tierra.

Somos puñados de polvo que luego se esparcen en el viento.

Sólo así soportamos el dolor, conformándonos después del desastre, los que quedamos, los que esperamos, los que vivimos unos días más...

Porque tarde o temprano, amigo del alma, vendremos a juntarnos contigo, identificando el polvo de nuestros cuerpos.

Se eclipsan las generaciones; se suceden los hombres; se renueva el planeta...

(*) Fallecido el 7 de enero de 1934.

Pero nos conmueve esta incomprensible y brusca transición.

Es más sensible y dolorosa cuando es prematura, cuando nos vamos en la plenitud de la edad, cuando las ilusiones nos acarician y la familia es un alhago y la prole una esperanza.

En este instante, de rosas y de ensueños, recibiste la visita de la Intrusa, y es, por eso, doblemente más dolorosa tu partida.

Los que quedamos, sufrimos tu ausencia; y tu muerte, por un instante, interrumpe la locura, para enseguida rodar, correr, hasta olvidar y ser juguetes del destino, hundiéndonos en el ocaso de los tiempos.

Hay, sin embargo, una estela de recuerdo que señala el recorrido.

Y esa estela de tu vida, es diáfana y luminosa: la huella de un hombre íntegro, de un carácter recto, de un ánimo varonil, de un corazón noble y honrado, de un ejemplar servidor de la patria y de un amante progenitor y tierno esposo.

Fuiste ciudadano encumbrado y benéfico en la Presidencia del Cabildo riobambeno; fuiste correcto e intachable caballero en la Intendencia de Policía; fuiste demócrata, trabajador y humilde, como los que luchan; y, más que todo, fuiste el compañero sincero, el afectuoso amigo que deja un vacío y una grata remembranza.

Vamos a depositar tus humanos despojos en la última morada, la morada común, a donde vendremos, también nosotros, a descansar...

Hasta luego, camarada: reposa tranquilo, que así es el mundo y la vida es así...

EL CXII ANIVERSARIO DEL 21 DE ABRIL DE 1822

En fecha memorable como la presente y ante una selecta concurrencia henchida de entusiasmo y patriotismo, nada más apropiado que evocar nuestra magna gesta.

Esta atmósfera brillante, la planicie dilatada y extensa, los volcanes que circundan, las cordilleras ci-

clópeas, los torrentes que rompen las rocas y refrescan las vegas, infunden admiración, subyugan al espectador y hacen reflexionar en algo grande, excepcional y prodigioso.

¿Cómo se fundó una ciudad rectilínea, moderna, en un valle tan favorecido por la naturaleza, en donde todo promete, siendo una esperanza?

Merced a la tenacidad de don José Antonio Lizarzaburu, nuestro conterráneo y al apoyo del Barón de Carondelet y a los conocimientos de don Bernardo Daruca, acompañados de riobambeños ilustres, como don Andrés Falconí, don Vicente Antonio de León y don Ignacio Velasco y Unda.

Ellos eligieron esta maravillosa llanura para construir la nueva ciudad, después del horrendo terremoto que destruyó sus antiguos cimientos, que yacen todavía sepultados al pie de la colina Culca, en las proximidades de la laguna de Colta.

En 1745 escribía nuestro sabio Maldonado sobre la Riobamba colonial: "su iglesia matriz parece catedral, así por la solidez de su construcción, como por la magnificencia con que se celebran en ella las funciones del culto divino; y la villa de Riobamba es el lugar solariego de muchos caballeros de las principales órdenes de caballería, que la ennoblecen conservando la limpieza de su alcurnia".

Federico González Suárez, al escribir su historia, añade: "Esto era Riobamba en 1745: medio siglo después, en 1797, Riobamba había prosperado: su población era numerosa y su aspecto el de una ciudad noble y bien construída: ¡luego todo no fué más que un hacinamiento de escombros sobre un suelo cenagoso!"

Pero al trasladarse la ciudad a su nuevo regazo, había perdido su posesión céntrica en la red de caminos nacionales, que conservó en estado de preeminencia desde la época incaica.

Se establece en sus modernos lares, pero siéntese desamparada en medio de la soledad, aislada por la inelemeancia de la tierra que es menester hollar y vencer.

Entonces empieza su lucha titánica por reparar los reveses de la suerte y rectificar los errores que



pueden serle fatales: entre ellos, la carretera García Moreno, obra nacional de gran magnitud, que adoptó el rumbo, para ir a la costa, de la derruida Riobamba, sin conectarse, dejándola relegada a la ciudad que hoy habitamos.

Después, se construye la línea ferrocarrilera, gracias a la pujanza de Eloy Alfaro, y otra vez se comete un desacierto y un desaire para la nueva ciudad, pasando con las paralelas de acero a considerable distancia y uniéndola sólo con un ramal.

Causa sorpresa que dos grandes mandatarios del Ecuador —García Moreno y Alfaro— hayan permitido que las obras que les immortaliza no penetren directamente en el suelo de Riobamba, sin la visión clara del porvenir riobambeño y del sitio exacto en que palpita el corazón de esta república.

El error ferrocarrilero ya está parcialmente reparado.

Digo parcialmente porque su verdadera rectificación debía principiar en Guamote y no desde las cercanías de San Juan, dando pábulo a que todavía se nos aisle dentro del tráfico ferroviario, conectando Cajabamba —el sitio de la antigua Riobamba— con el norte del país, por medio de la carretera nacional.

El segundo error, o sea el de la carretera, está aún latente y erguido en contra de esta nueva ciudad, aunque no desconocemos que presta beneficios positivos, como toda obra vial, que son arterias de tráfico, comercio, aprovechamiento y progreso.

Este segundo error no tiene para Riobamba más solución que la carretera, lo más directa posible, entre esta ciudad y Guamote, para acortar distancias y obligar, de este modo, a que su ubicación sea central y que Riobamba se eslabone directamente con el sur y el norte de la república.

Pero es también ya legado el momento en que no sólo se hable del sur y del norte, sino de oriente y occidente, para que no sea ficticia nuestra situación céntrica dentro de la nación.

Por occidente, tenemos la vía de Guaranda, que nos une con la provincia de Bolívar y la de Los Ríos. Por oriente, ¡nada!...

Para irnos hacia el oriente estamos compelidos a ser absurdos, a profanar la razón, tomando la dirección norte, yéndonos por un opuesto sendero, adoptando un rumbo diferente y perjudicial, enojoso hasta para el entendimiento individual del viajero, que se ve forzado a recorrer una distancia doble, atravesando zonas frías, cuando lo natural, lo lógico, lo fácil sería seguir la cuenca pintoresca y propicia del río Chambo para llegar a Baños, puerta adecuada y elocuente de la región encantada y rica del oriente ecuatoriano.

Se nos compele a recorrer ciento veinte kilómetros de una vuelta ilógica, empero que para llegar al mismo punto sólo es menester de cincuenta y ocho kilómetros, contemplando panoramas bellos, zonas exuberantes y por climas deliciosos.

Para el caso de una emergencia internacional en que se comprometa nuestro oriente, esta sería la entrada rápida para los moradores de la provincia del Chimborazo y de todo el sur del país, desde el punto de vista de estrategia militar.

Siguiendo el flanco del río Chambo, por Guamoto, Riobamba y Baños, y luego empalmando con la vía que ya se ha iniciado entre Baños, Píllaro y Quito, la nación dispusiera de una corta y espléndida carretera oriental al otro costado de la meseta andina en que habitamos, que rivalice con la actual carretera occidental, con igual fin de unir el norte y sur ecuatoriano, la costa y la sierra, pero también el oriente, siendo la nueva obra de mayor trascendencia desde todo punto de vista.

Si el destino de los fundadores y habitantes de la provincia del Chimborazo ha sido luchar por el imperio de la razón, por la enmienda de los errores, con el antagonismo de los hombres, con el abandono e indiferencia de los poderes públicos, no desmayemos los actuales chimboracenses en medio de la legendaria contienda y seamos dignos de nuestros antepasados y del porvenir que nos espera.

El admirable regazo de la actual Riobamba ha desafiado, siempre victorioso, la animadversión de ciudades y pueblos hermanos, llenos de emulaciones y antipatías para quienes iban sobrepasándoles sin

embargo del abandono e indiferencia de los administradores del país, que le han negado el apoyo nacional en forma tenaz.

Pero la naturaleza es avasalladora y prepotente, y esta ciudad, con sus recursos naturales, ha logrado imponerse y vencer.

Hemos de reclamar equidad y justicia, imparcialidad absoluta dentro del concierto nacional, hasta que se reparen todos los desatinos, antagonismos y agravios, voluntarios e involuntarios, y Riobamba a la cabeza y con ella toda la provincia del Chimborazo, sea apreciada en lo que merece y recobre su prestigio y enarbole sus virtudes, que constituyen un galardón para toda la patria ecuatoriana.

¿Por qué postergarnos por más tiempo?

¿Acaso no se comprende que nuestro grito ya repercute en el ambiente y que nuestros reclamos son sagrados?

No caben injusticias: por eso nos indigna, por ejemplo, la uniformidad de tarifas de carga en el ferrocarril, para enviar los productos del Chimborazo a Guayaquil, no obstante la vecindad de esta provincia a la del Guayas, y que no se tiene en cuenta ni el proporcional desgaste del material rodante y combustible, ni la inclemencia de la agricultura de esta meseta interandina, y se le favorece al norte del país, de tierras fecundas, igualando, en este caso sí, sus fletes con los nuestros, para que no podamos competir, siendo víctimas siempre del nefasto centralismo que todo lo absorbe y desnivela.

Sintetizando nuestras presentes aspiraciones materiales, las más urgentes y apremiantes, podemos señalar estos tres puntos básicos:

Carretera Riobamba—Baños; carretera Riobamba—Guamate; revisión de tarifas ferrocarrileras, a fin de que se las cobre proporcionalmente.

Estos tres puntos deben penetrar en el alma de la colectividad chimboracense; serán la bandera de combate, el anhelo latente y la clave de las contiendas cívicas, nobles y redentoras.

Todos los hombres viven su época, y cada época ostenta su característica propia que la diferencia de las demás; y cada hombre, para ser hombre cabal y

digno, tiene que despojarse de su egoísmo innato y ser útil a la colectividad, propender al mejoramiento del suelo en que habita, prestar su contingente, por pequeño que sea, en la obra común del progreso humano.

Así, también vivieron y lucharon nuestros mayores, y al conmemorar el CXII aniversario del 21 de abril de 1822 debemos recordar a los patriotas que vengaron las atrocidades de Payol, que colgaba a sus víctimas, para darles cruel muerte, en las ventanas de las casas de la plaza de Santo Domingo —hoy parque Sucre— y hacía pasar a la caballería española por encima de sus cabezas hasta despedazarlas, por no enumerar otras manifestaciones de exterminio y venganza.

La nueva Riobamba, en aquel entonces, renace, como el ave Fénix, de sus propios escombros; e impulsada por la rebeldía de sus hijos, contribuyó eficazmente a la victoria, siendo actor y testigo de esta página áurea de la independencia americana, que clareó en el suelo de Riobamba el 11 de noviembre de 1820 con el acta firmada con don Juan Bernardo de León a la cabeza.

El espíritu de nuestros héroes, las líneas escritas por nuestros poetas, la sangre derramada en la reivindicación de nuestros derechos, sirvan de norma a las generaciones nuevas, en esta nueva ciudad de Riobamba, en donde aún palpita la nobleza de los caballeros españoles y el robusto ensueño de la raza americana, que asombra al mundo por su savia y por su fuerza.

La vitalidad de los chimboracenses, unida a la cooperación de las respetables personas de otros lugares del Ecuador que nos acompañan, comprendiendo la equidad de nuestras justas aspiraciones y anhelando el engrandecimiento de toda la patria, que constituya hoy un comité especial en pro de la carretera Riobamba—Baños, la mejor manera de celebrar el diamantino triunfo del 21 de abril.

En nombre del Consejo Provincial del Chimborazo, agradezco efusivamente la espontánea acogida de este propósito y formulo votos por la realización de la obra.

ESCUCHEN

Estamos de pic.

Hay un hábito renovador; una fuerza dinámica; una especie de estremecimiento humano que bulle, se agita y resuena, extendiéndose por la dilatada provincia y conmoviendo las fibras de la república.

De pueblos pusilánimes e inermes, nada se espera; en cambio, tienen la misión creadora las colectividades activas y valerosas, que aunan sus esfuerzos en pos de un ideal.

Cuando se trata de exponer necesidades y defender derechos, jamás se vacila y, deponiendo egoísmos y reservas, van nuestras masas a la conquista del noble fin que se proponen.

El hombre abandona con frecuencia su conveniencia particular en bien general, para no ser un ente indiferente y vulgar, para no sumarse en la cohorte de la generalidad apática y vegetativa, que nada quiere ni ambiciona, dentro de un circuito de pasividad, abandono y corbardía; o, a veces, despreciativo y hosco, como una fiera de las selvas y un enemigo de sus semejantes.

El hombre no es grande sino al despojarse de sus taras hereditarias y mezquinas, dilatando su pupila y contemplando el horizonte más allá de la pequeñez que le circunde.

Escribe Tancredo Pinochet: "La fuerza motriz de la civilización no es el ansia de ganar dinero, sino el ansia de servir a la familia, a la tribu, al país, a la humanidad.

Y, por otro lado, comenta Alberto Einstein: "La vida moderna sólo vale la pena vivirla porque al individuo se le garantiza la posibilidad de su libre desarrollo, de la libre expresión de su pensamiento, de su libertad religiosa y de su libre iniciativa, siempre que no dañe a otros".

Aquel que no se halla ofuscado por su medro personal y consagra sus energías hacia una obra común, aporta su contingente en el progreso humano.

Pero este acto de desprendimiento y altruismo debe emanar con entera libertad, porque las cadenas fueron siempre oprobiosas, y sería vergonzoso ejer-

citar actos de nobleza compelidos por la fuerza y el temor, sin una conciencia clara de nuestros sentimientos.

Aquí estamos congregados para contribuir al bien colectivo, por nuestra espontánea voluntad; vamos a depositar un óbolo en aras de la patria; seremos los factores de un procedimiento ejemplar y generoso.

Al propio tiempo, todos los representantes de esta provincia, ya sean nativos de ella o habiéndola adoptado para lugar de residencia, ya sea que se encuentren presentes o dispersos por doquiera, nos agrupamos al imán de los volcanes que rodean a Riobamba, al ensueño de la cuna de nuestras existencias, o, simplemente, en pos de un anhelo nacional, de un adelanto, de una mejora y de una conveniencia colectiva; y conjuntamente somos una fuerza arrolladora, el brazo que demuele obstáculos, el grito que repercute en el ámbito de esta prodigiosa sección de América.

Y nos hemos reunido atraídos por la magia de un noble propósito en este 1º de julio de 1934, en un día cualquiera, exento de faustos y de sublimes precedentes, no en conmemoración de legendarias proezas y de una fecha magna, pero sí para marcarla con caracteres indelebles en nuestra historia cívica, en los anales del terruño, puesto que representa el abrazo entre hermanos, la evocación de los albores de la vida, el afecto de los hijos de una misma madre, el anhelo de mejoramiento, el pacto tácito y expresivo por una causa común, benéfica para la humanidad.

¡Qué razones más poderosas!

¡A una fecha cualquiera, la convertimos en un índice excelso, compendio de cariños y altiveces!

Nos hemos aglomerado, sencillamente, para depositar un óbolo en pro de la carretera Riobamba—Baños: una obra de suma importancia.

Este es un motivo al parecer pequeño y en realidad hermoso y elocuente.

Es hermoso porque encierra la confraternidad y altruismo ciudadano, al imán del amor a nuestro suelo; es elocuente, ya que amalgama el esfuerzo disgregado y se impone ante la conciencia nacional.

Esta provincia no quiere ser postergada y reclama sus derechos.

Riobamba se va despoblando de sus mejores exponentes ciudadanos, y es la causa de ello el centralismo económico y administrativo que sacrifica a muchas poblaciones en utilidad de una o dos ciudades, como si una república sólo se constituyera de una o dos capitales de importancia, emporios y receptáculos de la riqueza nacional, y las demás estén destinadas al estancamiento y lentitud, abandonadas a su propia suerte y succionadas de sus recursos, con los cuales se nutren y prosperan otras colmenas humanas, que se juzgan privilegiadas y únicas.

Protestamos, saliendo por los fueros de la distribución equitativa, en contra de esa absorción inmisericorde y absurda, que retarda la evolución ecuatoriana y forma un país de escasos centros de vida, sembrando el antagonismo y odiosidad en medio del desconcierto.

Nuestras representaciones ante el congreso anotarán las causas del malestar provincial y harán una labor localista y descentralizadora, que redunde en provecho de la provincia que las elevó a los altos cargos legislativos, que en ocasiones hánse convertido en forjas políticas y personales, en mengua y detrimento de la sección que las respalda.

En la hora actual, parece que hay un plausible deseo de servir a la provincia de parte de nuestros delegados nacionales.

Así lo demuestran, viviendo con su pueblo y empapándose de sus anhelos y necesidades.

La energía prepotente del criterio provincial les prestará su decidido apoyo mientras las esperanzas no sean defraudadas; mientras sean los verdaderos exponentes de la muchedumbre que queda atrás, pero que habla, gesticula, reclama, lucha y se debate por intermedio de ellos: de sus hombres representativos, que deben mostrar siempre de lo mucho que es capaz esta tierra rebelde del Chimborazo.

El egoísmo individual, que puede manifestar audacia y valor propios, nunca será ciego y extremista, repudiando a todo lo nuestro, en perjuicio general.

Formemos a los hombres necesarios, infundiéndoles confianza; y hasta en el caso de que careciéramos de personas de mérito y valía —lo cual, felizmente, no sucede aquí,— forjémosles, rodeándoles de contornos adecuados para que surjan y triunfen, por ser íntimos y nuestros, porque la victoria de ellos será nuestra y redundará en prestigio y provecho provincial.

¿Por qué no aplaudir espontáneamente, libres de reservas, a los que sobresalen y ambicionan, a los que disfrutan del trabajo propio, a los que levantan la frente altiva por entre los riscos de la envidia y el ejército de la vulgaridad?

Ellos están capacitados para conducirnos hacia el mejoramiento social, siempre que su faena no sea desechada y se alimente de la aprobación y empeño de todos, sin egoísmos denigrantes, sin antagonismos ridículos.

¡Ah, la venganza, la ofuscación y el apasionamiento!

Se requiere, para mejorar, el respeto mutuo, el aprecio a los compañeros y amigos; acatar los fallos de los preceptos públicos y no abusar de las prerrogativas.

No calumniar.

Antes de ocuparnos malignamente de nuestros semejantes, re capacitar en los defectos individuales, que talvez son más repulsivos que los que se trata de reprochar, con una sed de odio, con un estigma de impotencia.

Clarence Darrow, el abogado que, según algunos, es el más inteligente y de más grande corazón que ha producido América, asevera que “el odio y la mala fe, como siempre, se ponen de máscara el pseudónimo habitual: justicia”.

Y a nombre de una justicia mal entendida se siembra la cizaña y se engendra el crimen.

Pero es menester arrostrar el peligro, conforme prosigue el mismo pensador, y sacudirnos “del cansancio de estar en primera línea, haciéndole frente al mayor de todos los enemigos que puede confrontar el hombre: la opinión pública”.

A veces el ánimo se abate, la buena intención sucumbe, por el ambiente en que se habita y porque no

la opinión, sino la maledicencia pública, todo lo acañalla y lo destroza.

El ambiente de hoy, sin embargo, está diáfano y las nubes invernales se esfuman para que luzca el sol.

Aquel sol que no solamente brilla en la bóveda celeste, sino que ilumina en los corazones.

Una ráfaga de optimismo cruza por el espacio.

La simiente regada por nuestros pensadores y las máximas de los apóstoles, fructificarán con el tiempo, aunque para ello haya habido menester que a los pensadores se los detracte y se victimen a los apóstoles.

Queremos, sí, que el hielo de las cumbres andinas no congele los entendimientos; que el fuego de los volcanes no incinere las almas ni las ilusiones.

Que sea Riobamba la ciudad de las nieves perennes, por la albura de sus anhelos y la transparencia de sus acciones, puras y humanas.

Que la sustancia ígnea de sus montes sea la antorcha del entusiasmo.

Los manes de Lizarzaburu, su fundador, que inspiren tenacidad y constancia, haciendo surgir caminos por los flancos de las cordilleras, así como él trazó calles rectilíneas en medio de un desierto, trocando sus dunas en praderas.

Maldonado, el sabio, que infunda amor al estudio y a las empresas magnas, cual su proyecto de conectar el altiplano con las doradas costas de Esmeraldas, hollando montañas y selvas vírgenes.

Doña Magdalena Dávalos y Luz Elisa Borja que penetren en el alma de la mujer, para que, como ellas, sean delicadas y femeninas, artistas soñadoras, embelleciendo el recinto donde moran.

Flores, muchas flores, en los parques y en los jardines: flores que perfumen las inteligencias y ornén la vida.

Y entonces que llegue un historiador, como don Juan de Velasco, y recopile en sus páginas toda la grandeza de un pueblo.

De este pueblo que palpita y bulle al pie del Chimborazo, en la "ciudad de las nieves", donde todo se duce y promete.

Vayamos, enhorabuena, a depositar nuestro óbolo para la obra que es una esperanza y que sirve de

divisa al patriotismo: que une a los vástagos de una misma tierra y atrae el laurel de la victoria.

ES ASI

El punto de vista ético es la base de las sociedades.

Donde no hay una moral social bien cimentada, la vida se vuelve difícil, casi imposible.

El respeto a los preceptos públicos debe ser sagrado, para que todos se sientan ofendidos cuando la ofensa haya sido irrogada a cualquiera de los asociados.

Cuando no prevalece este acatamiento a las normas legales y jurídicas, y no hay mutua consideración y reconocimiento del mérito y derecho ajeno, han desaparecido los contrafuertes del edificio ciudadano y llega su decadencia y su desplome.

¿Por qué han emigrado tantas y tantas familias fuera de Riobamba, la flor y nata de nuestra sociedad?

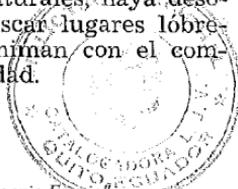
¿Por qué en vez de los hidalgos antiguos y de los destacados moradores de otrora, hay una avalancha plebeya y vulgar que ocupa los puestos vacantes?

¿Por qué háse reducido por lo menos en un cincuenta por ciento el valor de la propiedad urbana, no obstante la baja del sucre ecuatoriano?

¿No son estas preguntas las que todos los días brotan a flor de labios y a todos les conmueve y les aterra, sin quererlas justipreciar ni definir?

Los escritores deben arrostrar, alguna vez, tópicos sumamente delicados y de índole sociológica, en el convencimiento que harán un beneficio digno de encomio, especialmente para las generaciones nuevas.

La naturaleza que rodea a esta ciudad es fecunda, es bella, es esplendorosa: sus hijos, al abandonarla, llevan para siempre grabado el cariño, porque semejante hermosura no es posible olvidar; y ellos talvez no vislumbran la causa de que en medio de un prodigio y derroche de galas naturales, haya desolación e inclemencia, haya que buscar lugares lóbregos y desapasibles, pero que se animan con el compañerismo, la placidez, la normalidad.



Primeramente, es la centralización de rentas nacionales y poderes administrativos el motivo que des pobla estas provincias, aumentando, en forma alarmante, los habitantes de la capital de la república, con un número abrumador de individuos que se nutren o aspiran a medrar del erario, restando energías a la agricultura, el comercio y la industria; rencorosos para el suelo en donde nacieron, no obstante de sus panoramas sublimes y de su cielo inconmensurable y diáfano.

En segundo lugar, es la inquina de los hombres la que lastima y hierre, la que abruma y desconcierta, desalojando los hogares, manchando la atmósfera inmaculada, rompiendo las esperanzas, haciendo hoscos los rostros risueños y expresivos.

No se concibe una acción generosa; no se admite la representación noble y desinteresada de un cargo público; no se permite el trabajo honrado, activo e independiente; no hay una honra incólume ni un procedimiento decente.

Además, todos son farsantes y ladrones; todos son malintencionados y políticos; todos explotan al prójimo en utilidad mezquina; y las mujeres no tienen ni honor ni dignidad; y es la ciudadanía una sociedad de ineptos, viciosos y degenerados.

Así, es imposible contener a los que se alejan; a aquellos que fueran el orgullo general y van a labrar el progreso de otras partes; a la procesión de emigrantes que se marchan con el corazón destrozado; buscando otros lares, menos primorosos, pero más apacibles, tranquilos y humanos.

No por ello la ciudad desaparece, puesto que otras gentes ocupan los sitios vacíos y su situación extraordinaria la salva de la ruina.

Sin embargo, ya no es lo mismo: hay un retroceso; hay un cambio de valores en perjuicio propio; hay un desgaste y un desangre desconsolador.

¿Por qué no poner un dique al mal en lo que esté a nuestro alcance?

¿Por qué no levantar el espíritu público y enaltecer a todo lo nuestro?

¿Por qué no honrar al vecino, difundir su mérito y virtudes, proclamar las cualidades que adornan a

los que moran esta tierra exuberante y maravillosa?
Vayamos limando las asperezas: hagamos factible y placentera la vida.

EL SIMBOLO

Es día de gala democrática.

La fiesta se desarrolla en el barrio de Santa Rosa de la nueva Riobamba.

La algazara comenzó desde la alborada con detonaciones de petardos, vítores estruendosos, vino hervido y música resonante, alegre y sugestiva.

Esta es la típica invitación a la jarana y a la lidia de toros populares, figurando en el programa con el calificativo de *albazo*.

Se promete una tarde admirable: sol abrasador y refrescos abundantes; empanadillas fritas en mantequilla; confites multicolores de nuez y maní; caramelos y chocalatines; helados sólidos, de reciente invención; y cerveza rubia y negra, cidra de jora fermentada y aguardiente, para desentumecer los miembros amortiguados, levantar el ánimo, infundir valor, sacar un lance y echar un brindis...

Ocho días consecutivos de lidias taurinas: todavía parece el tiempo corto a la afición contenida; a las mozonadas vohemias, despreocupadas siempre, que están predispuestas a la algarabía permanente, hasta dar con sus cuerpos en el último reposo; a las clases proletarias que, al cabo de la lucha cotidiana e incesante, crecen llegado el momento del placer, ante la sangre de la arena y la exaltación de la embriaguez.

Y todo el mundo se distrae y se divierte: el grande y el chico; el noble y el plebeyo; las autoridades superiores y el ínfimo gendarme o portero; la matrona y la cocinera; la damisela aristocrática y la mocita apuesta, jovial y revoltosa.

¡A los toros!...

A los toros de Santa Rosa, aunque truenen los moralistas y revienten los reformadores, quienes—sea dicho de paso—no dejan de censurar y concurrir al bien sazonado espectáculo, que se infiltra en el corazón colectivo.

La plaza de la lidia es un cuadrilátero espacioso de terreno, en cuyos cuatro costados hay tablados o palcos de dos y tres pisos, adornados con festones y cortinajes y repletos de una enorme multitud ávida de presenciar las peripecias de la jornada.

Sobre la arena, a pleno sol, de blanco de las miradas de todos, cerca del peligro, por donde correrá la res despavorida ó furiosa, un ejambre de toreros improvisados, que se sienten, envalentonados con las frecuentes libaciones; rejuvenecidos, merced el entusiasmo y la vehemencia; audaces, gracias al enardecimiento y el estrépito; románticos, bajo la sonrisa o el temor de la dueña de los amores; ambiciosos, por arrancar una colcha del lomo del cornúpeto, tras un lance primoroso; y aturdidos y valientes, ágiles y desprevenidos, robustos, serenos o fanfarrones...

Es la abigarrada muchedumbre lidiadora, apiñada en el recinto para sacrificarse infructuosa e inconscientemente, libre de escrúpulos, con la capa o el poncho al brazo y el alma al diablo.

En una de aquellas tardes salió un buey mañoso y corpulento, con una cornamenta prepotente, ostentando una colcha costosa y relumbrante en prueba de su braveza.

—A la colcha, que tiene monedas de oro y plata!— gritó exaltado el gentío de la plaza, repercutiendo su eco por ventas y tablados, aumentando la efervescencia general.

Y el renombrado buey era nada menos que el *toro de la oración*, el último del día.

Había que aprovecharlo.

Y no un aficionado, sino cientos de aficionados, se precipitaban a las aspas del imponente y temido cornúpeto.

La banda de guerra del ejército tocaba dianas y, luego, la del pueblo entonaba un yaraví; las bocinas rústicas de los vaqueros no descansaban un instante; el griterío era ensordecedor.

El dilema repercutía del uno al otro confín: todos para uno, y uno para todos; el público hacia el buey, y éste, altanero, incólume, invencible, hacia el público, redoblando sus fuerzas, afrontando el combate.

Como "a un panal de rica miel cien mil moscas acudieron", y la miel se transformó en veneno y mató a las moscas, así, en nuestra historia, el bicho de la colcha se convirtió en castillo inexpugnable, y ya no parecía un buey, sino un mortero alemán vomitando fuego, una máquina formidable, descomunal, de embestir, patear, correr, arrollar por todas partes y direcciones, sembrar terror y espanto, en un campo de Agramante, sobre contusos, revolcados y despavoridos.

¡Oh, qué animal tan prodigioso!

La noche se aproximaba, ya casi no se veía; pero la colcha continuaba aturdiendo y desafiante sobre el lomo del fantasma, de aquel buey que ya no era un toro castrado, el infeliz compañero de la yunta de arar...

Habíase trocado en el vengador de su raza; en fortaleza invicta; en metralla devastadora; en dinamita y tempestad; patadas, hocicazos, empellones, cornadas, resoplidos y embestidas por doquiera, multiplicadas al infinito, con premeditación y alevosía, pisoteando a las pobres moscas humanas que rodaban bajo sus pezuñas, desesperadas e impotentes...

Y se fué con el trofeo, la colcha ambicionada, el buey famoso, el buey símbolo, derrotando al enemigo...

...Y es un símbolo elocuente...

¿De qué?

De lo que se ve obligado a ser todo ciudadano en nuestra tierra y en nuestra época, para poder perdurar y vivir, no siendo víctima propicia de la arremetida y del odio inhumano, que le interrumpe su marcha, que le corta el camino, que le arroja al abismo del desprestigio y la ruina, con rencor y con saña, alevosamente.

Hay que morder, empujar, repeler sin tregua ni descanso hasta conseguir, por este sistema brutal, lo que sería correcto obtener por la razón, la cultura y el derecho, como sucederá más tarde, cuando la inteligencia se imponga y haya amor y clemencia para el prójimo, prevaleciendo los fueros de los demás y encomiando la grandeza de nuestros hombres y las virtudes de nuestro medio.

Mientras tanto, fatalmente, es un símbolo y un paradigma el buey de la fiesta de Santa Rosa para el que quiere sobresalir y vencer... y hasta para el individuo humilde que sólo aspira a que le permitan vivir entre los hombres, que son los animales más temibles, vengativos y sanguinarios de la tierra.

LA CORONACION

Ahí está nuestro *gran sujeto*, el individuo que de puro pequeño es grande, el que va a servir de protagonista de esta original historia: se llama Tancredo Garzón.

Su teatro de operaciones, en donde ha salido de la penuria pasando a la riqueza y parece un semidiós, es un cantón —pueblo de primera categoría— que hállase enclavado en la cordillera andina, adormecido en su indolencia indoamericana, pero con pesadillas de tormento, emanadas de sus pugnas y ambiciones municipales.

Ya no se le distingue a este cacique pueblerino por sólo su nombre de pila como cuando recién llegó de no se sabe dónde, sino que se le antepone el sonoro título de don, siendo, al presente, don Tancredo, el hombre de figuración y arrestos.

Hace unos cuatro lustros a lo que llegó al cantón joven relativamente, sediento de hacer fortuna en este lugar, ya que siempre la suerte le fué adversa en otras partes, porque su trabajo propio y aislado no era suficiente para encumbrarle, y era indispensable, para surgir de improviso, mezclar la política local a sus múltiples intereses, sin la cual ayuda jamás hubiese traspasado el límite de su vulgaridad y medianía.

Y a los personajes cantonales que alternativamente disfrutaban de la administración, les era un tipo ideal, único en el amasijo de sus fines proditorios y usurpaciones rateriles: necesitaban de un espantajo ante los timoratos; de un tipo fastuoso y ensimismado entre los ignorantes; y de un comodín y suplefaltas que cargue la responsabilidad ajena y se juzgue condecorado con su triste papel de mediador y eje-

cutante de consignas y emboscadas, despótico y altanero.

Por esta razón, se le insuflaba su vanidad y se le designaba como ficha utilísima en el tablero concejil, en donde se juega la suerte del cantón y sus menesterosas parroquias, con diferentes enjagües y estratagemas, todas tendientes a legalizar la inversión y filtraciones de las rentas comunales y a alejar y zaherir a los émulos y adversarios lugareños, que se desesperan por manejar, también ellos, las riendas del gobierno seccional y usufructuar del banquete público, en medio de ínfulas, prebendas, conspiraciones, secretos y venganzas, con un derroche de vana oratoria y alardes de redención, que se la ofrece a cada instante y que no sucede nunca para el bien colectivo, sino cuando proviene de antagonismos y rivalidades, confundiendo a los enemigos y obteniendo siempre una migaja siquiera de propia conveniencia.

La política cantonal estriba especialmente en la habilidad para defraudar la libertad de sufragio, ya sea acatando servilmente la orden del gobernador, que es el amo, o ya sea en provecho propio, dirigiendo con éxito la campaña eleccionaria que reportará un cúmulo de privilegios.

Y en estos ajetreos ninguno más ducho y expedito que don Tancredo, quien no divagaba yéndose por las ramas, sino que sabía asestar el golpe en firme, apoderándose, puede decirse, del Jefe Político, con su sistema de agasajos, adulos, comedimientos y obsequios, a fin de que éste imponga la lista preconcebida de la camarilla que les absorbe y aupa, para consejeros o diputados provinciales y ediles del cantón, entre los cuales, indefectiblemente, figura el nombre sonoro y expresivo de nuestro gamonal, o sea del hombre influente en el pueblo.

—Cama, dama y chocolate, es el mejor medio de ascender a las alturas— solía él repetirse con frecuencia; y a las primeras autoridades les conquistaba ipso facto con su táctica de facilitarles todo, siendo forasteros en su mayor parte, apurados de monedas y buscadores de pronto acomodo y placenteras distracciones.

—Otra manera de no fracasar —añadía— es jamás abanderizarse a la oposición, que suele ser anárquica

y canallesca, y estar de costumbre con las huestes oficiales, adictas a la legalidad y cordura; que enarbolan el estandarte de la paz, que hace al país progresar, dándole prestigio.

Y, en consecuencia, combatía a sus difamadores, quienes se oponían a su concejalía, tachándoles de viles comunistas, elementos peligrosos, que los denunciaba como a tales ante el gobierno, haciéndoles perseguir a sol y sombra y ocasionándoles todos los daños que estaban a su alcance sin conmiseración alguna.

A cualquier individuo que en el pueblo tocaba, don Tancredo le rendía pleitesía, siempre que ostente algún empleo gubernativo por insignificante que fuere, ya que le era preferible prevenir que remediar; y algún cobrador de impuestos, un oficial del ejército, un fiscalizador, un amanuense, bien pudiera resultar, más tarde, un ministro o un periodista en estado propicio, y entonces ¿en qué concepto le iban a tener? ¿talvez perdería una espléndida palanca para ascender a la comisaría nacional y hasta a la misma jefatura política, el primer puesto de la comarca?

Porque, fuera de aquí, nada apetecía, ni qué iba a ser tan torpe para distanciarse de la vaca lechera y de la gallina de los huevos áureos, que él, como nadie, sabía esprimir y manejar; y por algo se había ya arraigado, construyendo varias casitas costosas, adquirido su dchesa productiva, montado su comercio, instalado a su familia con holgura y elegancia; y, en otro sitio, habría que volver a empezar y... "cada gallo en su gallinero"; y lo peor, saliendo de este ambiente, perdería sus relaciones y amistades, sus mentores e instigadores, su nombradía ganada en plena lid, habiéndose impuesto cual un factor indispensable en la vida lugareña.

Y si tan cortesmente procedía con las personas de pequeña significación y desconocidas, el lector ya puede figurarse lo que sería con los encumbrados representantes del oficialismo, cuando su espinazo se arqueaba hasta besar las plantas y agotaba su escaso vocabulario en monosílabas de asentimiento, en diti-rambos pudorosos y en melodidades reiteradas.

Pero a seguida se desquitaba de tantas humillaciones, despotizando, a su vez, a los obreros y des-

heredados de la fortuna, a los que calificaba de canalla y de plebe, que era preciso tratarla con la punta de la bota y mantenerla retirada, puesto que si se extendía la mano, esa gente plebeya era capaz de alzarse por encima del hombro y llegar a ocupar los puestos de él y de sus compinches, produciéndose un cataclismo.

Gozaba en inferir menosprecio a sus subalternos e inferiores, al pueblo en general, que "descendía de la raza indígena y no merecía consideración alguna", procurando que resalte, de este modo, su riqueza, acumulada a todo trance y en forma sorprendente y sospechosa, y, en especial, su silueta de cacique que ya se preciaba de noble y gallarda, retocada con menurjes y alaviada con cuello pajarita, corbata de colorines, pantalón de fantasía y corte amoldado al último figurín, merced a ingeniosas reformas y aditamentos introducidos en la pintoresca indumentaria.

—Sólo gasto casimir inglés y mi sastre reside en Quito— musitaba don Tancredo Garzón con aire de supina indiferencia, como que no hubiera dicha nada, juzgándose, en cualquier concepto, superior a los demás mortales y engañándose a sí mismo.

Y para presentarse acicalado, por algo disponía de diligentes, provocativas y blandas concubinas, que, solícitas, le enderezaban los lazos corbatiles, mal acondicionados por su torpe mano, y que sobresalgan las puntas del pañuelo de seda del bolsillo pchero.

Se creía un verdadero petímetre, y no podía ser de otro modo desde que oyó comentar que es indispensable la elegancia en la política, en cuyo terreno no se surgía sino merced a las botas charoladas y al sombrero de felpa; y luego, presentándose así, a semejanza de su entrañable amigo el diputado tal, podía vanagloriarse de caballero y cacique, despreciando a toda la muchedumbre desgreñada y empobrecida, por culpa de la desidia, truhanería e impotencia.

Sólo él era persona de viso desde la faceta que se le mire: como hombre social, puesto que su casa, por lo bien situada y cómoda, no admitía competencia; como jefe de familia, ya que a su prole la educaba en el principal colegio, y su esposa era una vitrina o escaparate de bambalinas y sedas deslumbrantes,

más estirada y orgullosa que cualquier matrona; y, en fin, porque suponía que su concupiscencia no se traslucía ni era escandalosa, ya que sabía ser recatado y cauteloso, y sus queridas, sagazmente elegidas, no le ridiculizaban ni eran vulgares ni gravosas.

—Cada uno se prepara su potaje y se lo come a su modo— solía reflexionar durante sus insomnios, ocasionados por algún chisme de vecino.

Por añadidura, como hombre público y de negocios, era un lince, la quinta esencia, la maravilla del siglo.

Había acaparado con algunos renglones de la producción agrícola y del comercio comarcano, y iguay del que, voluntaria o casualmente, se atravesase en su camino, haciéndole sombra o competencia!

Ahora era él quien se consideraba con derecho a llamarse hijo del país, defensor de los intereses cantonales y único ciudadano digno de usufructuar de ciertas maneras conocidas y manoseadas, que le iban enriqueciendo; los demás que se atrevían a emprender en negocios de igual índole, y que pronto le superaban por los sistemas más modernos y honorables, eran unos simples advenedizos que arrancaban el pan a los varones trabajadores y de valiosas ejecutorias del lugar, en donde habianse envejecido tras una vida de apóstoles y patricios, atestados de virtudes y prodigando favores y adelantos que no se los agradecían sólo por la ingratitud humana.

Y a estos rivales suyos en los negocios que suponía poseerlos con patente de exclusiva propiedad, los abrumaba con su cólera olímpica, que poco importaba; pero también infería asechanzas y perjuicios, sirviéndose de sus prerrogativas municipales, y, esto sí, a nadie le agradaba, y entonces sobrevenían las divergencias que le traían molestias y algunas dificultades, que, hasta un límite determinado, las iba acallando y venciendo gracias a su poderío y mando, al apoyo de la camarilla pueblera en que él figuraba siempre.

Y en guarda de su honor acrisolado y de sus bienes habidos merced al sudor de su frente y de sus aptitudes excepcionales, encomendaba la confección de remitidos para la prensa, diz que anonadando a sus gratuitos enemigos y proclamando su incólume

reputación, cualidades sublimes, inteligencia lumínica y, ante todo, su decantada honradez, de la cual, desgraciadamente, mucho se murmuraba.

—Mi fuente de fortuna es la innovación de métodos y aporte de semillas extranjeras para mis siembras: ahí está, si hay duda, el alverjón chileno, que lo cultivo en reserva y me reporta pingües ganancias— declaraba solapadamente en los momentos de expansión e intimidad, mostrando la clave de su éxito y recomendando sigillo y secreto, a fin de que no se divulgue el hallazgo y no se propague el cereal que ha introducido al país y que es un manantial de dinero, que debe aprovecharlo sólo don Tancredo y sus adláteres predilectos.

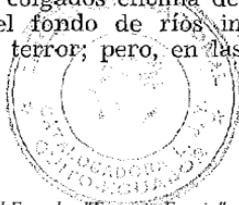
Al rebatir a sus adversarios, no vacilaba en esgrimir toda clase de armas, manejando la calumnia y la impostura con un deruedo pasmoso, como que es el medio usual de discutir en algunas regiones, en donde todavía no prevalece la ética del comentario, la nobleza de la polémica, la pulcritud del lenguaje y otras condiciones que emanan de la educación y respeto mutuo.

—Láncele este comentario colosal, que todo lo firmo— le recomendaba al escritorzuelo asalariado que hilvanaba una serie inagotable de sandeces y despropósitos por cuenta del valiente y egregio personaje.

—Tenga usted presente, amigo mío, que si pronto no me anticipo a soltarle esta aseveración, mi impugnador me la endereza mañana mismo; hay que apresurarse en imputarle lo que él puede decirme a mí, puesto que “quien da primero da dos veces”; y a usted ¿qué le arredra, si yo respondo?; escoja términos floridos, eso sí, que revelen ilustración, y abraze mi causa, que es la del pueblo.

Esta era su invariable manera de combatir: acusar a sus adversarios de sus propias faltas y deficiencias, haciendo, en nombre ajeno, un recuento de ellas y estampándolas precipitadamente.

En la región se necesitaban caminos vecinales, carreteras y puentes, puesto que se transitaba por unos senderos de cabros, colgados encima de los abismos, y penetrando en el fondo de ríos impetuosos que inspiraban peligro y terror; pero, en las sesiones



del ayuntamiento, Tancredo Garzón sólo patrocinaba las vías de su provecho, que le parecían las únicas de suma importancia y dignas de tomárselas en cuenta: las otras, eran simples arterias insignificantes, por donde trafica sólo el dueño de determinada hacienda, que es un ricacho que debe efectuar esas obras con su peculio y obsequiarlas al público para que las disfrute, deteriore y destruya.

—Jamás este ilustre Cabildo, consciente de su misión, puede contribuir a esa carretera de interés particular— declamaba enfáticamente en la sala edilicia; y su criterio era avasallador y terminante; y sus colegas apenas refunfuñaban y, por pereza de discutir, admitían el fallo del superhombre cantonal.

Además, la zona de aquella jurisdicción era de un subsuelo prometedor, habiéndose descubierto vestigios de ricos minerales, los cuales fueron legalmente denunciados por personas que querían explotarlos, dando, en consecuencia, trabajo a muchos hombres y fomentando el progreso y bienestar nacional; no creyendo que hubiese cerebro obtuso que obstaculizara, con pretextos e inventivas, las empresas redentoras; sin mesurar la pequeñez de las almas atestadas de envidia y antagonismo, que impiden todo esfuerzo cuando no redunda en beneficio de ellas, mediante componendas y gabelas.

Además, ya don Tancredo tenía ciertas relaciones e intimidad con algunos judíos especuladores en minas y aparccidos en el cantón por el buen olfato de negociantes que les caracteriza, venidos desde ultramar en pos de fortuna, a base de esquilmar a los americanos imbéciles, retardatarios y abyectos, que coadyuvan a que emigren los tesoros fuera de su patria; con extranjeros desaprensivos que no se cansan de repasar su proverbio favorito: "en la tierra de los ciegos, el tuerto es el rey".

Y, animado con estos compadrazgos, solía el cacique perorar en el seno de la corporación municipal...

—Nada de aguas termales ni de minerales de ninguna clase, que hicieran competencia a las minas y pertenencias del Estado, el cual sostiene a las instituciones públicas y es el único dueño de todo lo que

huela a minero en este privilegiado cantón, que ya dispone de cesionarios del fisco para esta clase de labores y que sufrirían irreparables perjuicios con la competencia de otros.

No reparaban en el daño que se hacían los mismos concejales al cerrar las puertas al turismo, abandonando las prodigiosas fuentes de aguas salúferas que emanaban a corta distancia de sus narices, y apoyaban indolentemente al sabio declamador que les acompañaba, negando la ayuda comunal a tan apetecidas mejoras.

En cuanto a que los ciudadanos nacionales investiguen y exploten las entrañas de la tierra, les parecía un crimen de lesa civilización, sumamente dañino para el cantón, en donde todos han de ser agricultores, políticos o empleados del municipio, para que no desarmonicen del conjunto.

—En lo único que se debe pensar es en erigir un gran palacio edilicio, menospreciando los demás proyectos, que son erróneos e interesados— aseguraba el cultivador del alverjón chileno.

Para él, el palacio era lo más ambicionado, siempre que se lo construya bajo su acertada y pulcra dirección; y luego para que el pueblo se engrandezca; y para que haya un salón suntuoso y sillones imperiales y muelles, en donde hacer reposar su donairosa silueta de patricio, despreciando olímpicamente a todos sus viles enemigos y detractores.

Era la bambolla lo que más le caracterizaba a nuestro personaje, a ese individuo minúsculo que, como ya háse dicho, de tan ínfimo cobra la apostura de gigante.

Y, mientras tanto, pegado a la ubre del erario concejil, iba prosperando rápidamente: una casa más cada año; la dchesa con mayor número de rejeras, boyada y acémilas; más abundancia de cereales; nuevas adquisiciones de molinos y terrenos...

¿Pero quién se hubiera atrevido a prejuzgar esta prosperidad que obedecía, según don Tancredo, a su inteligencia, constancia, laboriosidad y aptitudes para la brega por la vida?

La murmuración era acallada enseguida: cancelaciones de becas de educación y de nombramientos

de empleados, a los insolentes que hablaban mal y a los parientes y amigos, a esa jauría volchevique que pululaba tras del cabildo, nada más que por apropiarse de sus emolumentos, desplegando una campaña infame de riundades y mentiras, que hasta hubo de llegar a comentar de que don Tancredo Garzón, el hombre immaculado, era deudor de fondos municipales, inventando calumnias.

Envidia, y nada más que envidia de su fortuna saneada y acumulada con el sudor de su frente, merced a su iniciativa, a sus conocimientos agrícolas profundos, a sus negocios varios y espíritu de empresa...

—Ahí está, para prueba, el alverjón chileno, cuyo importador me precio de scr, y que, cultivándolo en reserva, me aporta pingües utilidades.

Y a las lenguas viperinas había que contrarrestar y castigarlas.

—A esos desvergonzados, que se les suba más los avalúos de sus solares y que se los grave en el doble; pero lo sensible consiste en que la mayoría de mis detractores son unos pobres diablos que no tienen ni donde caerse muertos, unos desgraciados comunistas, esperanzados de vegetar en la holganza a costa de los bienes ajenos y del esfuerzo de los demás; a estos degenerados y ociosos es urgente denunciarlos ante el gobierno, a que se los envíe a poblar las islas de Galápagos.

Tales adversarios suyos eran los obreros del cantón, personas humildes y tesoneras, trabajadoras y hacendosas, que aspiraban, en verdad, a conquistar una mejor posición social y, gracias a una mediana instrucción, ya se consideraban dignas de figurar en el manejo público, medrando, a su vez, de los fondos comunales, que, desde lejos, les parecía inagotables y accesibles.

Achaques y defectos de la autonomía municipal, que hace de su caja un feudo provocativo y disputado; orgullo, infundado muchas veces, de los habitantes de un cantón, que se ensobrecen al apuntar su derecho a dirigir la marcha administrativa; aislamiento de la vigilancia superior; alejamiento de los altos poderes gubernamentales; fracaso de nimios valores puebleros, que disipan el tiempo y las monedas co-

lectivas, sin marcar, en largas épocas de existencia, una señal de rápido mejoramiento.

Y ya las pasiones estaban despiertas para roer el endeble pedestal de la fama de don Tancredo; ya, en una sesión memorable, hubo un ciudadano que desde la barra le increpó duramente; la muchedumbre rugía de odio y de venganza, recordando su fatuidad y su despotismo; alguien, en plena calle, se interpuso a su paso y le gritó:

—¡Usted es menos que yo, grandísimo truhán; usted es... el desdichado Tancredo Garzón, que no sabe leer ni escribir, un testafarro y un idiota!...

Los muchachos callejeros se burlaban de él, faltándole al respeto; pero don Tancredo no se amilanaba por poco y seguía más ofuscado en su empeño de preeminencia, rojo de ira, acometedor y callado. puesto que su vocabulario no le ayudaba en los trances amargos, y sólo su mano temblorosa encendía un cigarrillo, y sus penas se esfumaban con el humo del tabaco.

Le aconsejaron que modere sus ínfulas, que aplaque su jactancia, las almas caritativas; y sus correligionarios, sus confidentes, en cambio, le azuzaban a que no se rinda ni claudique, a que pisotee, como se merece, a la canalla altanera.

—Pan y circo es la solución conciliadora —pensó un buen día—; este pueblo necesita esparcimiento, derrochar un poco de sus caudales confiados a nosotros, y hay que engañarle y complacerle.

Acto continuo, hizo que el pistón mayor suene su instrumento con el toque convenido de llamada, convocando a la banda municipal, compuesta, casi en su totalidad, de músicos improvisados, que eran adictos al círculo edilicio y sumaban sus votos y los de sus parientes en los días de elecciones populares, a fin de que triunfe, por abrumadora mayoría, la nómina recomendada.

Y con la banda que entonaba aires marciales, yendo don Tancredo a la cabeza, recorrió el pueblo de punta a punta, en una mañana diáfana y alegre, memorable en los anales cantonales, leyendo él personalmente un programa que lo sabía de memoria, confeccionado la noche anterior en un cónclave de

caciques, para celebrar el aniversario de la fecha magna de la independencia seccional, cuando el mariscal Sucre pasó por allí recogiendo hombres y lanzas que le permitieran atacar a las huestes realistas, acantonadas en la capital de la provincia, hace ya más de un siglo, y sentando el acta de emancipación de las regiones que iba dejando atrás.

Una semana de festejos había decretado el ayuntamiento en esta ocasión, alegando que la gente estaba ansiosa de esparcimiento, al cabo de tanto tiempo de duras faenas campestres y manuales, sin una nota alegre que amenice la pesada y triste existencia.

Para eso estaba el cabildo, siempre atento y vigilante por sus súbditos, por las clases populares, tan preteridas y calumniadas, merecedoras de aprecio y estima, y que habíanse resentido inmotivadamente, interpretando mal los anhelos de sus representantes, que se resumen en afecto sincero, en defensa constante de todos los asociados del cantón, hermanos de una misma tierra, cobijados por igual cielo, cuyas almas son gemelas y repercuten unísonas en pos de los comunes ideales e intereses.

Locura, desacierto, el trabar disputas por cuestiones nimias, agriando los ánimos, debilitando las fuerzas mutuamente, en provecho de los extraños, quienes quieren pescar a río revuelto, fomentando el odio, la enemistad, entre tantos hombres honrados y de buenos sentimientos, que sólo miran por el progreso y fama del cantón.

—¡Viva el glorioso aniversario! ¡Viva la unión! ¡Viva el pueblo!— aclamaba don Tancredo a voz en cuello.

La muchedumbre aglomerada al rededor suyo, al principio le juzgó loco, como que había perdido la chaveta.

¿De dónde acá aquel amor acendrado al elemento proletario, al obrero que era, hasta ayer, oprimido sin lástima ni piedad?

¿Cómo nació ese repentino espíritu de concordia, el abrazo colectivo?

¡Era un milagro!

¡Pero quién iba a estar recapacitando cuando, sea como fuere, habían grandes fiestas, con sus números

de toros populares, comidas y bebidas abundantes y copiosas, brindadas galantemente por los individuos que semejaron unos ogros y que, al presente, se revestían de mansas palomas, henchidas de gratitud y generosidad!

¡Vaya, vaya, se requiere vivir para presenciar tan estupendos cambios, acontecimientos tan sensacionales!

Sin embargo, habían espectadores reacios que escudriñaban las nuevas actitudes desde lejos, plantados en las esquinas con apostura sarcástica y risueña, con las manos sepultadas en los bolsillos del pantalón, que comentaban entre ellos la última novedad, mofándose del prójimo, burlándose de todo...

—Zancadillas de los concejales, nada más! ¡Puesto que ya se aproxima el sufragio, pretenden, los sinvergüenzas, ser reelectos! ¡A mí me agrada decir a las cosas por su nombre! ¡Al pan, pan! ¡Y, por eso, les califico de embusteros y disipadores de los dineros del pueblo, extraídos con vales legalizados y suplantaciones de gastos! ¡No me vengan a mí con tales hipocresías y empañamientos! ¡Por algo he salido del Ecuador y conozco medio mundo!— exclamaba sulfurado un ciudadano vencido, que perteneció a cabildos anteriores y que, por su intolerancia y desfachatez, era repudiado del grupo imperante, integrado por espíritus heterogéneos y transigentes.

En fin, la música era alegre; la algazara, estridente; el entusiasmo, incontenible; y no era oportuno estar con altercados y protestas cuando vibraba la hora de echar una cana al aire.

Sucedíanse los días, las horas y los acápites del programa sin interrupción, en medio del contentamiento general, avivado con las frecuentes libaciones del célebre *canelazo* nacional, preparado con cálida agua de canela endulzada y una regular porción de aguardiente de buen grado; y menudeaban también las copas de coñac francés y whisky inglés, de marcas excelentes y legítimas, y vasos cristalinos de cervezas renombradas, y confites delicados, pastelillos y helados múltiples, obsequiados gentilmente por los anfitriones.

Ni una nota disonante ni descortés: galanura y regocijo por doquiera; parecía que se terminaban pesares y asechanzas, y que el cantón, en adelante, sería un paraíso terrenal o comunista, con la igualdad imperando como única bandera entre gentes abnegadas y pacíficas, que comían tranquilamente en un mismo plato, empero de tener la mala reputación de ser antagónicas como perros y gatos, propalada sin duda por personas envidiosas y malintencionadas, que anhelan una renovación del concejo para fines mezquinos y privados, talvez para que se tiendan puentes sobre los ríos o que se construyan carreteras en dirección de sus propiedades; y lo que es más censurable, que hagan competencia indecorosa a los hijos del país, vendiendo leche pura en vez de adulterada con un poco de agua y maicena, según se acostumbraba antes y que no afectaba a la salud de nadie; y puede ser que se busque un cambio municipal con el propósito que se atraiga al turismo y se dé ocupación a muchos trabajadores, despoblando los pueblos y campos, aumentando bárbaramente los salarios, sólo por explotar unas malditas minas y aguas termales que han sido denunciadas y descubiertas en menoscabo de los sagrados intereses del cantón y de sus costumbres...

—¿Acaso no nos hemos enriquecido sin semejantes modernismos y rarezas?— se preguntaba abismado don Tancredo, extendiendo su mano generosa a sus gratuitos enemigos, que estaban probablemente distanciados por no comprender su alma immaculada y su corazón magnánimo, siendo él todo amor y dulzura para la humanidad.

—¡Viva don Tancredo!— replicaban en coro sus acólitos, exaltados por la embriaguez y zalameros ante el eminente cacique, de cuyos dones y facultades dudaron un solo instante; y aunque, en efecto, fuera evidente, innegable, su protervia e imbecilidad, pero todo el mundo peca de errores y mañas, nadie es perfecto sobre el planeta, y al fin y a la postre era un hombre sagaz, prudente, bien intencionado, laborioso...

Y en el octavo y último día de festejos y lidias de toros, todo el populacho ahito de regocijo y de

placer, agradecido del admirable comportamiento del cabildo, a las seis de la tarde, habiéndose jugado el toro de la oración, quería manifestar su agrado y complacencia rindiendo un suntuoso homenaje a alguno de los representantes del pueblo que simbolice y encarne a los demás, y para tal propósito ninguno tan gentil, meloso y adecuado como el insigne don Tancredo Garzón.

Hacia él se dirigió una masa compacta y numerosa de pueblo, lanzándole estruendosos vítores, y, con su pleno consentimiento, le elevaron en una silla de manos de dos robustos y corpulentos ciudadanos. conduciéndole de esta guisa a los amplios andenes de la estación ferroviaria, en donde se le improvisó un trono encima de una mesa, a que honre así el baile que se rompía a su alrededor en esos momentos, a los acordes y sonoridades de la banda edilicia.

Y seguía la danza y el estruendo; los licores se escanciaban sin cesar; y el eminente personaje que presidía la jarana, ya ebrio, se sentía un príncipe, un ídolo, un semidiós.

—Continúen con humor y alegría, mis queridos vasallos— balbució de su alto sitio.

En este instante, enseguida de haberse dirigido a sus súbditos a la usanza imperial, subióse a la mesa un vecino jocosó y burlón, el ex-concejal desposeído de su cargo, el antiguo adalid venido a menos, el hombrecillo rebelde que le gustaba hablar claro y llamar a las cosas por su nombre, habiendo viajado por medio mundo; y sin que don Tancredo se diera cuenta de la forma del emblema, le coronó con un aro de cartón, de donde surgían, enhiestas y dilatadas, dos orejas de jumento, pronunciando la breve alocución inherente a la macabra ceremonia...

—Haciéndote justicia, excelso Tancredo Garzón, te coronó las sienes con la insingnia que te amolda y te personifica, en nombre de la multitud que te aclama.

Y, tambaleándose, el atildado y preciso orador descendió del trono; y el auditorio advertido de las descomunales orejas de asno que adornaban la testa del cacique acentuando su facha de bufón, estalló

en una estruendosa carcajada; y, voluble, desechó la falsa valía del héroe y tornó a la realidad, olvidada momentáneamente, y aceptó jubilosa y cruel la broma elocuyente y expresiva, que sintetizaba el verdadero y hondo sentimiento de ironía que anidaba en todos los pechos.

—¡Tres hurras por el rey; más que rey, por el emperador!— alguien inició, y una serie prolongada de apaludos y vítores repercutió por el ambiente de la memorable coronación, al son de la Marsellesa, desastrosamente interpretada por la soñolienta y mareada banda concejil.

Pitó una locomotora, entrando en los rieles de la estación con un extenso convoy de corpulentos marinos norteamericanos, quienes regresaban a sus buques de guerra luego de haberse paseado por el interior del país.

El tren expreso se detuvo por pocos minutos delante del andén, en cuyo ámbito se realizaba el espectáculo sensacional de la apoteosis del eminente cacique; y un grupo de *gringos* se acercó ante el trono improvisado y, comprendiendo la broma al admirar las orejas asnales que exhibía nuestro personaje, lanzó ovaciones guturales y aparatosas...

Uno de ellos que se preciaba de hablar más el castellano, se expresó jocunda e irónicamente, pero sin ser comprendido por el agasajado:

—Yo saluda gran cuadrumano o cuadrúpeto de los Andes.

Y después de zapateos y exclamaciones en inglés, subieron de prisa a los coches que ya partían, rebotando de júbilo por tan peregrinas ocurrencias.

Don Tancredo Garzón, juzgándose no solamente emperador sino también papa, alucinado y engreído, repartía con su diestra bendiciones y tartamudeaba aleluyas...

—Divertíos, hijos míos, que el aniversario es grande: os permito que dancéis.

Pero no bien hubo terminado esta última frase, saltó un enorme perro suyo encima del endeble trono, y en su ímpetu por acariciarle al amo que estuvo perdido, habiéndole encontrado, le asestó algunos rabazos que le sacudieron, y, por ende, se paró en las

dos patas traseras y colocó las manos en su pecho sin respeto alguno, empujándole al vacío y haciéndole rodar con la silla y la mesa, copas, platos y botellas.

Hasta la corona, con las orejas simbólicas, fué a parar más allá del andén, en medio de las paralelas de acero.

Y cuando le transportaban en una camilla, contuso y sangrante, para conducirlo a su morada, la única preocupación suya era preguntar por la corona y recomendar que no se pierda.

—Es el espontáneo homenaje del pueblo, en premio a mi abnegación y servicios, después de tantos años de labor patriota y desinteresada.

A la mañana siguiente el sol brilló con lampos de esperanza: calentaba los cuerpos entumecidos, despejaba las mentes y alegraba los corazones.

Sólo don Tancredo, sin definir la causa, había perdido su crédito y se sentía enfermo y abatido: se supone que sufrió alguna lesión incurable al descender del trono violentamente por obra de la desgracia.

Aceptó con resignación, semanas después, los consejos de algunas personas bondadosas y se retiró a la vida privada, habiendo además fracasado en los últimos comicios.

Pero le era sumamente doloroso contemplar su hundimiento edilicio, alejarse por completo del salón de sesiones en donde tantos lauros había conquistado; y no obstante su inesperada derrota, siquiera se complacía en sentarse en alguno de los sillones del municipio y añorar sus tiempos idos y forjar en sueños el palacio proyectado, cuando el recinto concejil estaba desierto y creía que nadie le observaba.

—¡La ingratitud de los hombres!— exclamaba suspirando.

Pocos años después sucumbió don Tancredo, impotente para resistir al dolor de no actuar de edil y sin ya poder prestar su valiosa cooperación al engrandecimiento cantonal.

Al experimentar, ordenó a sus familiares:

—No descuiden de colocar sobre mi ataúd una corona de laurel, que represente a la que se perdió en la noche de mi coronación, como tributo de este pueblo.

Y SIGUE LA HUELLA

Nada de figuras literarias: el arte es algo más grande y más profundo; es la idea vigorosa y vital circundada de relieves castizos, expresivos y hermosos; es el pensamiento con una base sólida y consistente, que no divaga por el aire ni se esfuma como el éter; es el brote natural y redentor que estalla de la tempestad del alma, impulsado por la razón, el amor, el odio y otras pasiones humanas, ennoblecidas, por intervención genial, al ser cristalizadas en el lenguaje y marcadas con caracteres de impronta, que las difunde y perdura.

No subsiste la obra vana, la insustancial hojarasca que emana de los cerebros visionarios, nimios y vacíos; no deja tras sí una huella indeleble; fatiga a los lectores sin ilustrarles, desvirtúa la potencialidad creadora, polemista y sublime de la inteligencia.

Ni la poesía es bella cuando no le anima un tema y un propósito; y sus matices son de colores desleídos; y sus pétalos, de rosas mustias; y su estructura, de cuerpos inertes o fantasías anormales.

Es deplorable que a los americanos se nos tache de imitadores de Europa en las concepciones artísticas, culturales y políticas, como si no tuviésemos propia iniciativa y la emancipación no fuese completa.

El progreso y evolución humana son asequibles para todo el orbe, floreciendo con mayor intensidad en determinadas regiones, según el cultivo y empeño, y alternándose los lugares en donde las manifestaciones surgen con notoria supremacía.

No falta en Indoamérica la capacidad productora y revolucionaria, innovadora y típica, sino la voluntad de sus hombres, que es indolente y apagada, carente del emblema de "fuerza y carácter" que encamina hacia la victoria particular y general.

El clima, la tierra, la atmósfera; en una palabra, el ambiente, influye en esta letal apatía que corrompe, anonada y extingue.

Y sólo con una nueva enseñanza que despierte la acción y la constancia, la lucha sistemática y fructífera, puede formarse generaciones vigorosas, cere-

bros lumínicos, músculos acerados que compitan con éxito en el concurso mundial.

Con un cimiento firme y combatida a la ociosidad igual al mayor enemigo, ya serán más frecuentes los grandes y auténticos representantes de la raza que pulula por las costas, valles, laderas y planicies de esta tierra fecunda, que por su sorprendente prodigalidad no obliga a la contienda como sucede en otros puntos del planeta, en donde la faena es intensiva y la remuneración escasa, pero con perseverancia que produce portentos del arte y de la ciencia.

En la república ecuatoriana el libro es incipiente: pocos se dedican a crearlo y enaltecerlo; no disponemos todavía del estímulo indispensable para su desarrollo; casi nadie reconoce ni aprecia el esfuerzo genitor, que, decepcionando, seca la pluma, rompe el lápiz travieso, entorpece la facultad y sepulta el germen benéfico, con el contentamiento de la multitud apática y abrumadora, que exhibe la uniformidad aplastante y la ineptitud consuetudinaria.

Un articulo periodístico brota cual suprema cosecha de frecuentes intenciones; raras veces, el opúsculo, el panfleto y el folleto; y en eclosión anodina y asombrosa, el libro, ya sea una novela o una historia, las crónicas, los tratados y las frases sueltas, con destellos de filosofía y de luz, lo que expresa un arrebato de valor, unas horas, unos días de descejo, entre la eterna monotonía y la incalificable indiferencia.

Victor Hugo Escala, Gonzalo Zaldumbide, allí están dormidos en la diplomacia vegetativa, sobre malos trofeos; Remigio Romero y Cordero, el adalid aventajado de una estirpe de pensadores, enfermo talvez de modorra, en un medio soporífero, cuando pudo fatigar la fama en materia literaria; y algunos otros, muy contados, que son publicistas, aunque la sustancia que emiten y divulgan es de nimio mérito, de pocos quilates, pero que, sin embargo, denota una fuerza dinámica, un impulso varonil que les honra, mientras merodean al rededor de la llama que quemará las alas e impedirá el revuelo, o sea, la búsqueda del emolumento fiscal, que al ser concedido, según costumbre con tacañería y displicencia tratándose del

intelecto, esclaviza y humilla, absorbe y aniquila, hacinando un montón de escombros inermes.

Por eso, más que el significado artístico, se debe aquilatar y acoger con simpatía al resultado de un anhelo, a una brizna de voluntad, aquí, en nuestro suelo, en donde existen, con frecuencia, talentos ricos y prodigiosos, que por desgracia se debilitan y se pierden merced al carácter insignificante y minúsculo y al medio antagónico y agresivo.

* * *

Un pensador nuestro, cuyo espíritu es insurgente y encuadrado en las modalidades del siglo, ensalza este comentario: *si no se debe imitar el socialismo ruso por ser importado, peor aún el de Jesús de Galilea.*

Arturo Labriola, el infatigable trabajador intelectual, observa: *El Estado ruso es comunista, si comunista es una sociedad en que la propiedad privada está abolida y las formas de producción están en manos del Estado.*

Y a este régimen dictatorial no es posible que se le califique de representante de la colectividad, sino que constituye un *Estado-patrón, parásito inútil y nocivo que vive a expensas de todos y tiende por naturaleza a devorar poco a poco la sociedad sobre la que vive.*

Rusia ha destruido una vieja clase privilegiada y amparada del capitalismo, reemplazándola con otra exactamente parecida, compuesta de soldados y burocratas.

El obrero ruso, expuesto a los mismos sufrimientos y aún más que los obreros de los países capitalistas, trabajando no logra lo suficiente para comer ni satisfacer medianamente sus necesidades ordinarias: es otro aserto del mismo Labriola.

No es verdad, además, que no haya desocupación en Rusia.

Opuestos somos a las acotaciones de escritores de ultramar, pero en esto del socialismo es necesario hablar de Marx, Lenin, Stalin, Kerensky y otros nombres sonoros que enorgullecen a los prosélitos de los Andes, para que se nos juzgue capacitados a echar

una leve digresión en su terreno, y no se nos tome por demasiado legos en cuestiones de producción y distribución, que es la quinta esencia del problema.

El socialismo de Jesús es dulce y humano: *amaos los unos a los otros; no hagáis a tu prójimo lo que no desees para ti mismo*; y estas admoniciones propagaron al catolicismo por el mundo entero, elogiando una doctrina; y si sus postulados están ya desacreditados y caducos, no es por haberse atenuado su bondad, sino por la mentira que adquirieron en labios de muchos de sus secuaces, que los utilizan como único modo de medrar, explotando a sus semejantes y no practicando lo que recomiendan sistemáticamente.

En las religiones no está la maldad, sino en sus emisarios y apóstoles casi siempre, hasta que cansados y abrumados por la edad, se vuelvan unos conversos, casi unos santos, a semejanza de los demás hombres en las postrimerías de la vida.

El socialismo del Nazareno es el legendario; y el manoseado de estas fechas, es el de moda, es el apropiado para investir de autoridad a noveles partidarios, a generaciones recientes, a que asciendan los peldaños de los capitolios y se nutran a su sombra, en el templo del Estado, acolitando la misa de la política, más remuneradora que la ceremonia mística, y sin latinajos mascullados mil veces, que háncse traducido en metáforas rusas, pronunciadas en el altar de barbudos caudillos de cotona y de levita.

Ha venido a menos y está desusada la carrera eclesiástica, que ha sido sustituida con la militar y administrativa, en donde hay mejores esperanzas y porvenir para el elenco de los flamantes actores del tiempo futuro.

A los salmos de Salomón y a las máximas de Tolstoi, irradiadas desde Roma y Moscú, ya les está poniendo música indoamericana Haya de la Torre, retocándoles con cadencias de yaraví, de sanjuán y de cueca; adoptándoles al suelo de Bolívar y de Sucre, en donde es menester oficiar, alargando la patena y disponiendo del presupuesto.

Y después de esta adaptación irreverente, audacia no faltará en proclamar un socialismo descubierto aquí, autóctono y legítimo: razón tienen, algunas

ocasiones, de llamarnos monos, simples imitadores, los despiertos críticos de Francia, con el gracejo y la ironía que les caracteriza, burlándose de los inventores criollos, que sólo le quitan un tornillo o le añaden un perno a la máquina de procedencia extranjera.

* * *

—Queremos que hable el antiguo bohemio; el que rompió la copa del néctar divino; el que habita en la soledad del campo, contemplando la naturaleza, despreciando la veleidosa compañía de sus semejantes; el que es útil y provechoso, lejos de la malhadada política, siendo una excepción; el que apenas acerca a sus labios el vidrio transparente con el licor que abriga y enardece, porque, según él dice, en su mocedad ha bebido para siempre, por el pasado, el presente y el futuro; el que, no obstante, guarda en su pocho el corcel contenido y nunca domado, que arranca la brida en estas tardes domingueras, entre camaradas de otras landas, distante de sus paisanos y viejos cofrades, en donde, eso sí, le queremos y le apreciamos más que en su cuna helada y egoísta; el que ha echado facha de macstro y de esteta, talvez cansado de libar en el cáliz de las flores, haciendo un alto en su existencia de enamorado y de filósofo, de ciudadano y de campesino, de demagogo y de rebelde, con la clarividencia de su cerebro y la sutileza de su vocablo...

Y el personaje aludido, calzado con botas de tubo, a la usanza militar; ataviado con traje de jinete; despojando su cabeza del sombrero alón; con su aspecto de agricultor y de polemista, contempló enigmático a sus amigos de otro punto de la tierra, y rompió el silencio y la expectativa en el coro de oyentes que estaban sentados alrededor de una mesa.

—Estamos empapados en la marcha nacional, que es pasajera; en la claudicación de nuestros representantes al congreso o en sus momentáneos triunfos particulares, olvidando de los anhelos de sus electores, que es la costumbre establecida; en la guerra del Chaco, en el problema de Leticia, en los devaneos de la Liga de las Naciones, buscando una imposible

paz mundial bajo el cielo ginebrino, que es lo que se ve, se oye, se palpa en la superficie de este planeta.

Mientras tanto ¿qué somos? ¿de dónde provenimos? ¿a dónde vamos? ¿hay Dios? ¿perdura nuestra alma? ¿somos nada más que materia? ¿morimos y nos apagamos sin un destello posterior?

He aquí, amigos míos, comprobada nuestra insignificancia y pequeñez, en medio de las ondas del radio, de los ascensos a la estratosfera y del límite a que hemos llegado en este siglo, habiéndose adelantado mucho en los problemas universales, pero con la amargura de confesar que, hasta hoy, el hombre no penetra en lo insondable; no desentraña la metafísica; no da un paso más en lo ignoto y abstracto, en lo que se hunde en las tinieblas, humillando y abismando, eligiendo la ruta de la impotencia, que es vergonzosa, para rehuir el contestar y resolver las simples, cortas, contundentes preguntas que brotan de los labios de los niños y de los ancianos, cerrando los ojos para no ver, vegetando como animales irracionales, inconscientemente.

Este velo que cubre la visión, sólo en un ápice se descorre y, vacilando, podemos remontarnos a unos *milenarios* seis siglos atrás, a la Edad de Piedra, al *pitecantropo* de Java y al *sinantropo* y *hombre de Pekín*, que es posible nos suministren el eslabón perdido entre el mono y el hombre.

Las cuatrocientas estatuas gigantescas, aunque muy primitivas, encontradas por los arqueólogos en la isla de Pascua, situada en la zona meridional del océano Pacífico, nos manifiestan que sirvió de estribo, en épocas milenarias, para las colosales migraciones que vinieron a las Américas, emanadas de las regiones de China y Java y partidas desde Australia, mucho antes que las que salieron de Asia pasando por el estrecho de Behring.

Los rasgos hereditarios, ya sea en las plantas como en los animales, tienen leyes definidas; pero en la serie regular y uniforme de generaciones suceden alteraciones y cambios repentinos, que producen fenómenos o sea una nueva especie, la cual cultivada dentro de su nuevo aspecto, funda un tipo fijo que constituye la variante; y habiéndose comprobado esta

teoría, se deduce la transformación progresiva a través de la evolución, cual un triunfo de la biología, que determina el origen del hombre en el período terciario entre la China del Sur, Malaca y las islas de la Sonda.

La antropología nos dará una solución definitiva; pero ya nos es factible adelantar el concepto de que la humanidad se propagó casi al mismo tiempo por la faz de la tierra, puesto que por doquiera sus vestigios son los mismos, siendo el hombre primitivo un sér inteligente y oceánico que dominó, en su frágil piragua, el mundo entero.

Ojalá nos fuera factible penetrar con igual donaire en el campo metafísico, y señalar, aunque a paso corto y endeble, el principio del cosmos, sirviéndonos de la astronomía; y todavía un poco más allá, en la existencia o negación de Dios, en la sobrevivencia del espíritu, en el enigma del sino de cada molécula, de cada individuo.

Hasta nuestros días toda investigación es negativa: sólo las conjeturas palpitan, y, así, juzgamos poseer en nuestro cerebro una partícula del Supremo Hacedor, sin saber si retornará al conjunto y seguirá alumbrando en el espacio infinito.

Trasmisión del pensamiento, magnetismo, auto-sugestión, son manifestaciones accesibles y científicas; pero la reencarnación, el espiritismo, la teosofía, ya es otro cantar y su abstracción causa perplejidad y ofusca las mentes, marcando un límite a la concepción humana.

Ya es hora del crepúsculo, mis caros oyentes: debo anudar la bufanda al cuello, requerir el poncho, que hace frío y nacen, una vez más, los primeros luceros; y luego, ajustando la hebilla de las espuelas, cobrar los aperos de la montura, empuñar las riendas y picar al alazán que ya me espera, centinela alerta, a las puertas de este mesón, con mi mayordomo de palafrenero, para romper el aire y devorar camino, hasta cruzar el río y recobrar la almohada, en la casa apartada y risueña, allá, entre riscos y breñas, junto a torrentes rumorosos, en medio de la noche que se extiende.

Continúen ustedes, empedernidos bohemios, apurando la esencia de la caña de azúcar, que inspira,

disipando las horas; y al amanecer, tocado el delirio, olviden y sueñen.

Mi edad ya tramonta la cuesta empinada: viene el descenso con suma violencia, regando de nostalgia la ruta seguida.

Y sólo columbra el recuerdo de almas gemelas, de padres queridos, cuyo eco calló, dejando la estela profunda que anima la vida, comprime la pena, vislumbra la huella, evoca el pasado, sondea el futuro e impulsa el esfuerzo, como una linterna cuya luz no se extingue, que nos libra del peligro y resuelve el problema, que nos hace optimistas y fantaseadores, no importa la fuerza de la materia y la embestida de la razón.

* * *

¡Qué lástima que no se conozca el país lo suficiente!

Como primer peldaño de la subida en ferrocarril de la costa hacia las alturas andinas, se encuentra un pintoresco poblado con todo el despliegue de una pequeña ciudad, denominado Alausí; y al bajar con rumbo a las selvas y planicie cálida que recibe las brisas yodadas del Pacífico, el último reducto de la sierra semeja ser este cantón ecuatoriano, que entrelaza las dos diferentes regiones conservando su posesión neutral y fomentando la cordialidad y armonía.

Sus habitantes son laboriosos e ilustrados, lectores asiduos de la prensa nacional del norte y del sur, que se consiguen diariamente en los trenes que cruzan en ambas direcciones.

Hay desavenencias y ambiciones concejiles entre la gente que anhela el manejo de los fondos públicos y la prestancia lugarona, con su cohorte de prebendas y granjerías; pero en lo íntimo de sus moradores se halla un fondo sano y apacible, culto y razonable, propicio a las reformas y al mejoramiento.

Lo mismo que en cualquier regla, aparecen excepciones que desprestigian, aunque éstas generalmente recaen en individuos llegados de otras partes, captores de la administración pública en su empeño

de surgir y medrar fácilmente y de encumbrarse, sin méritos que les respalde, por encima de los demás.

En cambio, Alausí dispone de una hermosa pléyade de jóvenes altivos y pundonorosos; de hombres bondadosos y sociales; de damitas bellas, modestas, virtuosas y amables; de matronas hogareñas y buenas, madres tiernas, dignas representantes de una sociedad.

Su clima es admirable, propio para convalecencia y recuperar la salud gastada.

Sus panoramas, magníficos y variados.

Su colorido, eternamente verde y fresco, cual el de Suiza, el de los Alpes, el de los cuentos de hadas y princesas, con baladas y pastores.

A Alausí, que es una prolongación de la provincia del Chimborazo, se le desconoce en absoluto, y ni los mismos chimboracenses danse cuenta cabal de los tesoros y maravillas que encierra el pueblo urbano y en especial su territorio cantonal, de climas suaves, de suelos pródigos, de subsuelos minerales y ricos, en cuyo perímetro, a cortas distancias, se produce desde el café, la caña, el banano y los frutos del trópico hasta la patata y la cebada del altiplano, con un intermedio abundante y sorprendente de trigo, lenteja y maíz; y con zonas ganaderas por excelencia, tales como las de Sibambe y Chunchi.

Una hacienda o dehesa de Columbe y Guamote, en el vecino cantón de Colta, cuya capacidad es de ciento cincuenta a doscientos quintales de siembra de trigo, vale ahora de doscientos cincuenta mil a trescientos mil sucres; y aquí, en la inmejorable sección agrícola de Alausí, un predio rústico, con igual potencia pero de mejor calidad de tierra, es posible obtenerlo por la quinta o sexta parte del precio anotado.

¿Cuál el motivo de tamaña diferencia, no obstante que en Alausí el clima es envidiable y no se compite con su cercanía a Guayaquil y Cuenca?

Sencillamente, porque sus campos son de roturación, vírgenes, y cuesta un impulso y dinero reducirlos a la labranza; y sus exuberantes landas no producen, al presente, casi nada, estando abandonadas; y no hay capitales, ni bancos próximos y asequibles,

ni movimiento de valores; y sus pobladores son escasos aún; y sus propietarios, en su mayoría, son rutinarios y carentes del empuje dominador.

Pero en donde se ara aunque sea primitivamente, raspando a lo sumo la costra endurecida, la tierra devuelve el trabajo con creces, el veinticinco por uno en una lenteja maravillosa, la primera del Ecuador y que es un artículo de exportación, o en un trigo extraordinario que no háse visto en ningún otro lugar.

A un riobambeño le ofrecieron, como patrimonio hereditario de su esposa, una hacienda en Chunchi, hacen pocos años; y este ciudadano, indignado, rechazó lo que él suponía un fraude y una ofensa.

Dicho predio repudiado se lo enajenó al primer postor y al crédito.

Transcurrió un pequeño lapso de tiempo, y el nuevo dueño, persona humilde e industriosa, es ahora uno de los mayores productores de trigo de esta provincia, merced a su acierto y a un mediano esfuerzo; y su gran ostenta la fama de que no tiene rival.

Esta zona sólo espera la mano del hombre, y para ello ofrece la facilidad de la ferrovía que la cruza de un extremo al otro, y de las nuevas paralelas de acero ya tendidas hacia las provincias australes.

Bajo su cielo esplendente se trazaron, con rapidez vertiginosa, cual brotadas de su humus fecundo, muchas de las páginas de esta obrilla; y su autor, complacido, señala la constancia de su acción; y, por ende, rememora con gratitud a sus compañeros alauseños, con quienes echó un párrafo, lanzó un respice, divagó risueño por extramuros y plazuelas, olvidando el odio, la zozobra y el tedio dejados en lejanía, como en una renovación y en una tregua.

* * *

—Es la oportunidad de explicarles el motivo de haber adoptado una nueva modalidad política— añadia a su conversación efervescente el diputado provincial que visitaba a sus descontentos electores: — no soy ya un adolescente, con años por delante para desperdiciarlos; he anhelado triunfar, vencer, conquistar; mi ambición ha sido humana, santa y noble,

puesto que toda persona debe aspirar a hollar la cumbre; y mientras militaba entre los godos, los ultramontanos, los retrógrados, los conservadores, nada conseguí, y, al contrario, la taifa de misacantanos me postergaron irrimisiblemente; ¿qué me quedaba, ilustres oyentes?; hice lo lógico, lo imprescindible: plegar al liberalismo con hato y garabato, en cuerpo y alma, y sobresalir, siendo el jefe del parlamento, combatiendo a mis ingratos excorreigionarios, quienes entonces comprendieron cuanto valgo y de lo que soy capaz, deplorando no tenerme entre ellos; así es, mis carísimos camaradas.

—Por aquí se difundían unas voces insistentes calificándole de vendido, de volteado, de traidor —comentó el satélite más exaltado;— sin embargo, he salido a capa desplegada por usted, mesurando su proceder, que, no me equivocaba, era el de un gran talento, del hábil congresista, preparado para los debates y las magnas concepciones; una vez más, me congratulo de haber escuchado de sus propios labios declaraciones varoniles, atinadas y contundentes.

El auditorio aplaudió el desplante y la franqueza del diputado; por lo menos, no cabía duda de su sinceridad, se expresaba con el corazón en la mano; pero no era admisible que se cambie de factura en un arrebatado de despecho; y los conservadores habrán hallado causas justas de repudiarle; y la mera utilidad personal no amengua la carencia de carácter, de dignidad, de principios definidos; y confirma lo que es la política entre nosotros: una fuente de lucro y de explotación; una vanagloria miserable.

En tanto, sus antiguos cofrades, los de la legión de terciarios religiosos, maldecían de su traición y le expulsaban de la orden; las beatas le zaharían a cada instante con cualquier pretexto, recordándole cada ocasiones al día como a un renegado y a un bufón; el público culto y sensato le compadecía por su extravío y su claudicación, que pronto conduce a la derrota.

Al poco tiempo de emitir sus desahogos y des-pampanarse, fué apresado en una pequeña escaramuza revolucionaria, y sus adversarios, que eran todos,

rojos y azules, le increparon su veleidosidad, ultrajándole encarnizadamente.

Recobrada su libertad, el pánico le asediaba; varias noches creyó que el populacho íbale a asesinar, destruyendo su morada, y le vimos encaramado en un camión con toda su prole y su esposa y sus efectos de valor, trasladándose a una quinta retirada en querencia de amparo y de reposo pasajero; luego, no pudo, en medio de un pánico infundado, continuar residiendo en su ciudad natal, en donde imaginóse que todo el mundo le odiaba, y resolvió marcharse a mejores tierras, populosas y hospitalarias, que le permitieran tornar al seno de sus hermanos en misticismo, los católicos fervorosos y abandonados en hora nefasta.

¡Y decir que las papeletas eleccionarias fueron escritas por sus propias manos y enviadas a sus numerosas amistades de pueblos y cantones, atándose la sogá al cuello, haciéndose elegir miembro de un parlamento de apóstatas y masones, en cuyo recinto, deseando surgir, abdicó de sus creencias sublimes, recibiendo como pago el estruendoso palmoteo de los demonios socialistas y radicales!

Pues bien arrepentido estaba; nadie más que él tenía la culpa; y todavía habían estúpidos y malvados que aseguraban que en el congreso se vendió al oro de los excomulgados y ateos, al dar su voto desinteresado en contra de los postulados del conservatismo y de sus hombres.

¡Qué cinismo, apocarle a él, el ciudadano integérrimo, el patriota immaculado!

Lo más digno y conveniente era prescindir de la tal política, un estercolero, en donde sucumben las acrisoladas intenciones y las claras inteligencias.

Y el encumbrado representante del pueblo, el glorioso caudillo, regresó a su punto de partida, el confesonario y la cruz, y se siente tranquilo y satisfecho, despreciando la farsa y el engaño, en el teatro reducido de las actividades particulares, entre seres familiares y amigos fieles.

Y que es un hombre caballeroso y meritorio, no hay que apuntar; un amigo excelente, siempre demostró serlo; y ya curada su manía politiquera, es nor-

mal; y sus comprovincianos le añoran y le estiman, deplorando su ausencia, porque fué bueno y cumplido, vocinglero e insustancial; pero simpático, atento, gentil.

¡Malhadados aires del capitolio, que siembra de víctimas todo el país!

* * *

—¿Por qué, mi abnegado compañero, habré abandonado este pueblo y a sus moradores, en donde pasé mi juventud y gocé de mi vida, amenizando las horas con discursos fraternales y farras copiosas y opíparas?— lamentábase con tono lastimero el político venido a menos, en tanto abrazaba a su viejo secretario, sentados ambos al borde de la pila cantarina del centro de la plaza parroquial.

—Junto con el pueblo dejé la dehesa y el trabajo remunerador; arruiné mi patrimonio y el de mis allegados; gasté mis caudales en la vil política, creyendo, imprudente, resarcirme de tantos sacrificios; ahora deploro, y ya es tarde, el acariciar quimeras; los hombres son ingratos: muchos me deben a mí la posesión que ocupan.

Recordaba entonces la causa del entorpecimiento de su brillante carrera pública: su ambición desmedida y una frase inoportuna.

—No soy partidario de su ideología, de sus programas y de sus métodos, sino su afectuoso amigo personal— refiriéndose al presidente de la república.

Y creyó haber colocado una pica en Flandes.

No hubo un colcha compasivo que le tire del chaquet, paralizándole la lengua parlanchina e indiscreta y encauzando la borrascosa oratoria por otros rumbos.

Ya estaba dicho y no había más; pecho al frente y que truce la canalla gobiernista; que cante loas la prensa de oposición, adquiriendo un nuevo e inesperado elemento de combate; que se encolerice y se fastidie el mandatario por su ingratitud, por alejar de su lado a sus íntimos, por plegar sus afectos hacia quienes nada hicieron por él en los momentos de prue-

ba, cuando era un candidato cualquiera, un simple aspirante al solio.

—Fuí el compañero del ciudadano; pero me separé de él cuando ascendió al poder— aclaraba lo sucedido.

Al propio tiempo, un desairado político militante, también del séquito prelectoral, emitió su concepto en esta forma sagaz o servil:

—Seguiré figurando en sus filas porque no es su persona ni su amistad lo que me atrae, sino sus postulados admirables, su idcario estupendo, su apóstrofe redentor: mantendré enhiesto su emblema aunque él sucumba.

Distintas maneras de exponer un resentimiento.

Pero la mayoría afirmó que es la ideología la que debe arrastrar el proselitismo político; las relaciones sociales, los agasajos y atenciones, son la consecuencia de una campaña presidencial cuando se comulga con idénticas esperanzas.

De otra suerte, el puro personalismo, el medro y la utilidad; acompañar y sacrificarse por un candidato sólo por figuración y lazos sociales, es una especie de baladronada y quijotismo que labran, a la postre, el descrédito y la ruina.

Basándose exclusivamente en haber sido el anfitrión del supremo mandatario, es mucho exigir un cargo encumbrado sin participar, a la vez, de los afañes del gobierno.

Cuanto ingresa en los dominios políticos y congresiles, se vuelve cuestiones conocidas, y se las analiza y comenta sin ser inconsecuentes ni cometer ninguna indiscreción.

Y de un caso singular, brota un ejemplo común, una acotación benéfica y pródiga para legos e iniciados en las lides administrativas.

En la burocracia hay que saber acomodarse, comenzando muchas ocasiones desde soldado raso hasta llegar a general, aprendiendo, palmo a palmo, el arte de conservar el sitio y de desempeñarlo; es menester una gestación larga y eficiente, que data de los colegios y universidades, adquiriendo ciencias humanistas y públicas; una vasta ilustración; perspicacia, dominio de sí mismo.

Las improvisaciones no reportan victorias halagüeñas, pero son frecuentes en la política nacional, en donde la guerra civil y la audacia han sido casi los únicos factores del éxito.

Apurando el empeño varonil, el anhelo propio, debe exhibirse la capacidad fundamental, que da bríos y firmeza en las lides del entendimiento y en las posesiones que se buscan y obtienen.

Los individuos han nacido con aptitudes y aspiraciones diversas, muchas veces de mando y figuración, lo que no obsta para que se desaire la nefanda política cuando se dispone de otros medios de subsistencia, sin exponerse a perder lo más por lo menos.

En el torneo público, como en los juegos de azar, ganan siempre los insolventes y son víctimas los adinerados.

* * *

El Consejo Provincial estaba en sesión plena y extraordinaria, con motivo del escrutinio de diputados, cuyo resultado ansiaba conocer el público aglomerado en el fondo del amplio salón.

De los cómputos verificados en la gobernación y en la oficina de telégrafos, según las diarias noticias de las parroquias, ya de antemano se sabía cuales eran los ciudadanos electos; pero se necesitaba la fórmula legal, la venia de la corporación provincial, cuyo máximo cometido es supervigilar el sufragio y verificar el recuento, invistiendo del cargo a los que resultaren favorecidos y determinando el lugar que ocupan.

Tomó la palabra, lleno de altivez e ímpetu, un consejal que rara vez asistía a las sesiones; que fué hoy el primer concurrente, como lo era siempre que se trataba del asunto eleccionario, figurando su nombre a la cabeza de los postulados a la curul legislativa...

—Me cabe la satisfacción de haber sido elegido por el pueblo para miembro de este cuerpo consejal; así mismo, en el congreso, en el municipio, en dondequiera que se me designó un asiento, fuí un delegado del pueblo soberano, que tuvo la espontánea voluntad de consagrar sus votos a mi persona: soy elegido por el pueblo y su representante genuino.

Al oír semejantes declaraciones, el presidente del Consejo se impacienta, espera que termine la extemporánea arenga y replica:

—Con igual franqueza, manifiesto, por centésima ocasión, que nunca he sido elegido por el pueblo, sino por el jefe militar de esta Zona, cuando fui edil y arribé a la presidencia de dicha entidad; por mi amigo, un exgobernador, para miembro de este Consejo Provincial, que, merced a la benevolencia de mis colegas, lo represento: es causa de honda pena el no poder asegurar, como quien me precedió en el discurso, que el pueblo ha sufragado por mí, en un sentido real y no ficticio; felicito a mi distinguido compañero por ser siempre, voluntaria y libremente, escogido por el pueblo.

El consejal aludido todavía se puso en pie y musitó:

—A mí, en cambio, me pertenece el orgullo de ser preferido por el pueblo, habiendo prestado mi nombre sólo al cabo de reiteradas exigencias.

Así es al presente el proceso electoral, el decantado sufragio libre, que figura en primera línea en nuestra Constitución, con innumerables sanciones y aditamentos, a fin de que no se lo viole y profane.

Al tratar de la elección de Neptalí Bonifaz y luego de José María Velasco Ibarra, nosotros hemos anotado que han sido el lisonjero resultado de un sufragio relativamente libre.

Totalmente libre, jamás, ni aquí ni en ningún otro lugar del orbe.

Hemos mejorado dando un paso gigantesco, eso sí, puesto que ya no se impone el voto en forma brusca, matonil y salvaje, con la consigna al ejército y el despliegue de la fuerza bruta, armada de garrotes y yataganes y excitada por el alcohol.

Hemos adelantado mucho, considerando que es preferible y más eficaz la elección amparada por los gobernadores, que entre nosotros son los dictadores seccionales en materia de sufragio, y costeadas por los mismos interesados en forma de propaganda y de agasajos, a la que se acostumbraba hasta ayer no más, cuando el dios del capitolio, el dueño de vidas y haciendas, denominado presidente de la República, jun-

taba a la representación nacional a su gusto y acomodo, y también prolongaba su mando hasta en las designaciones inferiores de simples ediles cantonales, que eran, entonces, los que sancionaban la farsa que simboliza al pueblo, a la democracia, al libre albedrío del hombre.

Los Consejos Provinciales de esta época se sienten afrentados, impotentes, inútiles ante el problema encomendado a su vigilancia, de la irrestricta garantía y facultad eleccionaria; y estos desperfectos no se podrán remediar, siquiera parcialmente, mientras sean los gobernadores los que impartan sus órdenes privadas a los tenientes políticos parroquiales, jefes de las mesas del sufragio, en cuyas ánforas, como hemos visto, se perpetran iniquidades, burlando de mil modos la ley, y que quedan sin ninguna sanción por la habilidad de sus autores y la defensa furiosa que les hace la primera autoridad provincial.

Pero una vez terminado el teatral acto de los comicios, no hay en su contra ningún recurso valedero, y, en consecuencia, sólo es permitido el anhelo de que se borren pasiones, antagonismos e intereses mezquinos y personales, para que el terruño esté bien representado, especialmente en el congreso nacional, y no suceda que los *elegidos por el pueblo* scan sus mayores detractores y encmigos.

* * *

Hubo un momento en que la maledicencia, la intriga y la calumnia eran ya una montaña, cuyo peso anonadaba a un hombre.

El día menos pensado llegó a la ciudad un individuo casi desconocido, mejor dicho, ya olvidado por su ausencia de muchos años; traía la mirada torva, el gesto displicente, la actitud hostil; quería vengarse de su desgracia, de su abandono, de su orfandad, en almas inculpables e inocentes, que, en su loca fantasía, las juzgaba como las únicas responsables de la tragedia de su vida.

Dando y cabando sobre el mismo tema, cavilando desesperadamente durante sus perenns insomnios, en

sus aterradoras soledades, rodeado de privaciones y contratiempos, obtuvo por conclusión que no era él autor de su infortunio, sino alguien, tal vez algunos, los corazones egoístas que sin razón le odiaban, los que le habían empobrecido y perjudicado.

Y tal antojadiza conjetura le perforó el cerebro, le absorbió los sentidos, le oscureció la vista, le enardeció al extremo que ya era una obsesión, una manía: era preciso, urgente, indispensable que recupere su rango perdido, que toque las puertas de sus espíritus malignos, que les exija una reparación inmediata, o, en su defecto, de no conseguir nada, colocarles en la picota de la infamia y del ridículo, para que tiemblen y se hundan, saciando su infinita crueldad.

Y para ello toda arma era aceptable y convincente; todo medio, permitido y adecuado; todo argumento, irrevocable y demoledor.

Al ser embestido con tan profunda saña, una de las víctimas se conmovió; recapacitó en tamaño despropósito, en la inaudita ofensa, en la fiera humana que le salía a su encuentro de improviso; y midiendo la distancia, analizando el caso anormal e intempestivo, se sumió en un irrazonable mutismo, basado en su honradez e inocencia, y rehusó la discusión prudente, salvadora, que quizás hubiese despejado una nube e irradiado la luz meridiana.

Pero no era su falta, puesto que su adversario gratuito, su acometedor enajenado y ciego, no admitía treguas ni intermedios, yéndose disparado y temible hacia su fin: el aplastar a las personas determinadas sin darles lugar a réplica, sin escuchar reflexiones, sin piedad ni conmiseración.

Para eso, el arbitrario vengador se convertía en un genio del mal, en un rayo y un veneno, como solución única de su desdicha de haber venido al mundo en hora maldita.

En este estado de la situación a que hubo de llegarse, ya no había un arbitrio para evitar la tragedia que se cernía en el espacio, revoloteando con sus alas negras y funerales.

La serenidad, la cordura se agotaron: podíase tachar de cobardía al apartamiento del peligro; se acariciaba con fruición la cache del revólver, única

manera de lavar el honor y repeler la agresión inmotivada.

Entonces se planteó en la mente de quien pensaba hasta en matar en su defensa, después de recibir tantas increpaciones y amenazas, el razonamiento de lo que es este mundo incomprensible e inhumano, que hunde un puñal y precipita al abismo el instante jamás previsto, cuando el dolor enturbia el placer y el obstáculo interrumpe la marcha, cual un sino fatal.

El miedo o pavora que algunos seres inspiran, es un signo de respeto en sus perseguidos, conquistado macabramente por medio del terror.

Y ya sonaba el minuto espeluznante de la pólvora que estalla y de la sangre que fluye de la herida, lavando la mancha, sellando los labios, apretando el gatillo ante la daga reluciente y la arremetida brusca y enigmática, cuando, de súbito, fulguró el pensamiento atormentado, recordando el aforismo de que "quien calla, otorga", y eligiendo la senda de la razón y de la verdad, que aclara el proceder y señala el error.

La autosugestión pudo atenuarse en aquel individuo que forjó el castillo de su acusación junto con los imaginarios causantes de su ruina.

Hay cierta calma; hay un silencio: es un deseo que el sol alumbra, disipando las furias de la tormenta.

* * *

Aquí reina la placidez.

En un repliegue de la cordillera, a la orilla de un río, en una playa que por casualidad forma el Chanchán, hay una casa campestre, alejada del vaivén ciudadano, adecuada para retiro de un filósofo y esteta, hastiado del mundo y de sus pompas y vanidades.

Se respira las brisas del océano Pacífico hacia este lado, a diferencia del altiplano de más arriba, tramontando un nudo de los Andes, en donde existe el *divortium aquarum* y nacen las corrientes que se precipitan en la cascada de Agoyán, rompiendo las breñas con rumbo al Amazonas, dilatándose, como una cinta de plata, hasta ingresar al Atlántico, rodeando la cintura de la América latina e indicando el camino del porvenir.

En la misma provincia del Chimborazo, viajando en ferrocarril, se contemplan y se despiden a las ondas que marchan presurosas a los dos océanos; y cuando en ella se reside, unos días va el espíritu, subyugado por el curso de las aguas, al poniente, sondeando el misterio y el origen del hombre; y otras horas abarca el oriente, el Africa indómita y vetusta y la Europa civilizada y científica, con su arte divino y su gesta inconmensurable.

En este declive del oeste, formando un telescopio de montañas abovedado por las nubes, se perfora el espacio y se examina atónitamente el archipiélago de Galápagos, incrustado en la inmensidad líquida del planeta, guardando talvez, a semejanza de la isla meridional de Pascua, el secreto de la Edad de Piedra y sorpresas inauditas que la mente no columbra; y más allá, al fondo, el sur de China, el Indostán, la tierra de las especies buscada por Colón cuando descubrió este continente, con sus Budas y Confucios que cimantan las religiones y centellean en la antigüedad humana, que es la reciente etapa terráquea.

Estamos todavía en el período del hielo; después, transcurridos los milenios, se descongelarán los polos, incrementándose el caudal acuoso de los mares, y sobrevendrá la época templada, aumentándose aún más el número de habitantes del globo y corriendo sin cesar los siglos, demorándose miles de años cada grado de evolución, rodando siempre a la noche ignota de lo infinito.

Y por un caso fortuito, por una enfermedad cualquiera, por un accidente jamás previsto, se apagan las vidas nuestras, acabándose la máquina corpórea, paralizándose el motor, rompiéndose las alas endebles y putrefactas; y lo que es más sensible y abismático, terminándose todo en un solo momento, sin dejar una estela del alma, un vestigio del pensamiento que siga vibrando, un átomo espiritual que divague en el éter, una leve palabra que se musite siquiera, probando que algo perdura del alto portento, del genio sublime que impulsa la idea, que crea la obra, que denota el lampo radioso del sér supremo que al mortal anima.



* * *

Un aposento silencioso y claro, con una mampara en donde se infiltran los rayos del sol mañanero; desde la mesa en que el autor escribe, llenando con lápiz las blancas cuartillas, se mira una ventana que enmarca un fragmento de breñas y abismos; suena un mugido de la vaca rejera; relincha el corcel; murmura la acequia el trino del agua argentada y cristalina; en una esquina del cuarto palpita el encanto de una visión: el lecho tendido, recuerdo constante del padre adorado, en cuyas frazadas y muelle colchón, un véspero ya distante, en un minuto tétrico, expiró sumiso, abnegado, impotente, al cabo del arduo bregar, del cruel vendaval.

El espejismo es grato y frecuente; no infunde recelo ni pena ni llanto; las lágrimas emanaron copiosas en fechas pretéritas; la resignación luego provino; y hoy el cuadro siniestro despide destellos de esperanza, voces de aliento, compañía agradable y sincera que fluye amorosa en la claridad solar, en la noche de luna, en las tinieblas sordas y negras del mundo y del alma, cuando el pesimismo asecha y persuade y corta el anhelo, limando su garra, cambiando su espectro en dulce aliciente que impulsa y serena, cobrando los bríos indispensables para prolongar el ensueño y descender la cuesta hacia su fin.

* * *

El arte es eterno.

No hay arte moderno, ni antiguo ni medio.

Son insustanciales y vacuos quienes suponen que la rima encontraron y el verso por primera vez esculpieron, con raros matices, extraños retoques, manchones enormes de absurdo lunar.

Las letras brotadas en todos los tiempos, reseñando el problema, pintando el bosquejo, labrando la huella, violando el arcano, tramando la leyenda, la historia y el cuento, son de hoy y de ayer; actuales, para el presente y el futuro, de rasgos sempiternos, porque se cincelaron en la roca, con base de granito, y vibraron con el soplo vital que despierta a la materia dormida.

Se sigue la forma que más le convenga al genio que traza y que pule.

Y dentro de la pauta idiomática, no hay un solo sendero, sino miles de rutas asaz caprichosas, todas conducentes a robustecer la idea con la belleza individual e inconfundible que sirve de molde y perdura.

En la incipiente república de la literatura patria, a más de artista y pensador, es menester, en primer término, ser un gramático rutinario, ya que en las imprentas y casas editoras, que también están en pañales, no disponen de hábiles correctores de pruebas como en otras naciones, y el abnegado peñolista se ve obligado a una labor improba y abrumadora que le distrae de su misión, entorpeciendo su cometido, y es un obrero manual y mecánico a más de productor de renglones y de páginas, destinadas a un público displicente y apático, en un ambiente todavía oscuro, en donde resulta doblemente meritorio este pequeño esfuerzo, que es una primorosa distracción, contribuyendo a que surja el entusiasmo y se cultive el apego a este campo del saber humano: antorcha que ilumina ilustrando y distrayendo.

* * *

La política es el terreno que todo lo absorbe, acapara y destruye.

Media vida de los ecuatorianos, que es mientras no duermen y están despiertos, la dedican a comentar y resolver fantásticamente los asuntos estatales y gubernistas, forjando castillos aéreos y ambicionando los vanos honores públicos y un filón de las arcas nacionales, por cuenta propia o indirecta.

El ministro de Educación debe combatir esta estrechez de aspiraciones y esta especie de virus que corrompe a la generalidad.

Todavía no hemos llegado al acatamiento de la democracia y normas administrativas: estamos en cmbrión por dondequiera que se nos considere.

Y, no obstante, nuestro actual mandatario, el doctor Velasco Ibarra, declara que va a gobernar con la ley como único sistema; que rehusa la dictadura y el dominio; que ningún apego le inspira el puesto

que ocupa, y que, en consecuencia, se irá a su vida privada el momento que le fastidien, cediendo el solio a sus detractores a que desplieguen sus conocimientos y lo desempeñen con mayor eficacia.

Es deplorable que piense así, mostrándose inconstante y voluble, olvidando nuestra historia, sin percatarse de su sitio, imaginándose que es el mandatario de Suiza, de Francia o de los Estados Unidos, en cuyos límites quizás, y lo dudamos, se idolatre la Constitución y sus leyes derivadas y se ciñan a sus sabias enseñanzas y mandamientos.

La situación es aquí diferente: nos acercamos a Venezuela con su Gómez; moramos encima de volcanes en plena erupción, cuya lava la sortearon eficazmente Rocafuerte, García Moreno y Alfaro, con carácter férreo y con fuerza de fusiles; no es posible que se abandone el poder por ceñirse a procedimientos utópicos e inadaptables, a los primeros embates de la oposición, dejando al país en un estado de anarquía.

Para una dictadura lo único difícil es encontrar el hombre apropiado: un estadista sagaz; un talento brillante en manejar el indómito potro nacional; un adalid honrado y valiente, que garantice la estabilidad, el orden y la paz, que son palabras desacreditadas en el uso y abuso cotidiano, de la abrumadora masa de ecuatorianos perezosos y politiqueros.

Confiamos en que detenga su despecho e impaciencia el nuevo magistrado, cuya aptitud intelectual es innegable, y sólo se espera de él que analice su puesto y que, en caso dado, afronte el peligro, como lo hicieron todos los héroes y grandes hombres de la pluma, de la palabra y de la pólvora.

* * *

Es medio día.

Hay calma y silencio; sólo el viento mece las enramadas y desgaja los pétalos de las rosas mustias; allá, en las ciudades, se debaten los hombres en la lucha tenaz, con la sonrisa en los labios y la punzada en los corazones; aquí, en el campo, hay una tregua, y en este intervalo se escribe y se piensa, hasta que

el deber nos arranque de la faena y vayamos otra vez a batallar en la ruda contienda cotidiana, en donde se deja, insensiblemente, jirones de nuestro ser esparcidos y sangrantes, como despojos inevitables, vestigios que se esfuman, huellas de la historia humana a su paso por la tierra, en su impenetrable destino.

Por algún tiempo más, será el fusil el que señale la impronta, mientras no se invente una arma más manejable; pero también es la ciencia, es el arte, es la pluma...

FIN

INDICE

	Pá g.
La huella de la historia	3
La cabalgata de las pasiones	20
La médula de la sublevación	64
En el año de 1931	78
Al arribo de los vencedores	87
Un ebanista notable	89
El Carabinero	90
Montalvo	95
Carlos Valdiviezo Chiriboga	99
El CXII aniversario del 21 de abril de 1822 ...	100
Escuchen	106
Es así	111
El símbolo	113
La coronación	116
Y sigue la huella	132

